

Elisa Ferrer

# TEMPORADA DE AVISPAS

*colección andanzas*

PREMIO  
TUSQUETS  
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS  
EDITORES

## Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

## SINOPSIS

Cuando Nuria, que trabaja de dibujante en una revista satírica, se queda sin empleo a causa de los recortes, se enfrenta a las avispas que duermen en la infancia. Una llamada telefónica es el aguijón que lo desencadena todo. Su verdadero padre, del que ella y su hermano Raúl perdieron el rastro hace años, ha reaparecido. Y está en la UCI. Su infancia luminosa con él, los encontronazos con su madre, su miedo a las avispas, un terror que Nuria conjura dibujándolas obsesivamente, emergen con fuerza, en contraste con su vida presente, insegura y precaria. Nuria va a descubrir por fin la historia oculta de su progenitor, los motivos por los que la abandonó, y tal vez entender muchas cosas, y darse una segunda oportunidad cuando plante cara a los últimos avisperos del jardín.

# ELISA FERRER TEMPORADA DE AVISPAS

El pasado septiembre de 2019, un jurado integrado por Almudena Grandes, en calidad de presidenta, Antonio Orejudo, Eva Cosculluela, María Tena, ganadora de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por unanimidad a esta obra de Elisa Ferrer el XV Premio Tusquets Editores de Novela.



Para mis padres y mis hermanas,  
por la ayuda incansable y su confianza  
en mí, en mis planes locos.

Para Matías,  
por creer en mí, esperarme, por ser,  
siempre, mi lugar seguro.

*Però el boomerang s'encallava entre les branques i no tornava mai. Però el boomerang reclamava la perícia d'un professional.*

MANEL

La superheroína imbatible que era de niña ha perdido sus poderes. Esta mañana, que me encantaría volar, desaparecer, viajar en el tiempo, detenerlo, solo siento un pinchazo espantoso en la cabeza, el regusto ácido de las copas de ayer. Ha sonado el teléfono y mi madre me ha despertado antes de las ocho de la mañana con su urgencia por hablar conmigo, aunque no tuviera nada que decirme: Nuria, cariño, ¿todo bien? Me ha costado levantarme, no sentirme culpable por tener a Juan respirando en mi nuca, ahogándome con su abrazo de cuchara. Me ha costado no enfadarme porque me prometí no liarme más con él. Y al final me cabreo, porque respondo cuando me llama, porque voy a verle, aunque ya no quiera. Me ha costado darme una ducha, salir de su casa, que, aunque hace un tiempo fue mía, ahora me es ajena, lejana, triste; meterme en el metro, en el ascensor. Pensar en encerrarme en el sarcófago de la oficina.

Llego a la redacción y, al abrir la puerta, Lucas me mira de reojo. Sabe de dónde vengo, el porqué de mi cara culpable y mi ropa de ayer y me sonrío como el que espera que en cualquier momento reviente una tormenta; ojalá la única tormenta fuera la que está por estallar en mi cabeza, el cráneo partido, la masa encefálica contra la pantalla del ordenador. ¡Buena resaca, ¿eh, Nuria?!, el grito de Héctor en mi oído. Le sonrío, pero querría escupirle. ¿Resaca?, repito. Ninguna. Y sonrío con más énfasis tras responder, aunque haya espadas apuñalándome las sienes.

Enciendo el ordenador con desgana, intentando olvidar que me esperan ocho horas en ese cubículo, y retomo la viñeta de ayer sobre la operación bikini y unas salchichas de Frankfurt. No la recordaba y resulta que es una mierda, a mi jefe le va a encantar.

Siempre llega el último, y no sé cómo lo hace, pero todos los días tiene una mancha de café o de tinta o de salsa en su camiseta de algodón. Camisetas que llevan escrito un texto gracioso que

pronuncia en voz alta cuando llega por las mañanas: «MADURANDO, DISCULPEN LAS MOLESTIAS». Hoy llega antes, apenas he encendido el ordenador, y ya ha abierto la puerta, KEEP CALM AND LOVE YOUR BOSS, señala su camiseta y mi dolor de cabeza detona tras el grito, el portazo.

Nada más sentarse, me llama a su mesa y mira de reojo mis dibujos mientras se corta las uñas con un cortaúñas roñoso y desportillado que guarda en el bote de los bolígrafos. Hay algo extraño en su modo de no mirarme a mí, cuando se concentra en valorar la viñeta. Creo que le gusta, que le gusta de verdad, lo creo por su hoyuelo, porque quiere asomarle en la mejilla, pero él no lo deja. Quiero comentarte una cosa, me dice serio, tengo que decirte algo. ¿Qué ocurre? Y me siento estúpida frente a mi jefe, con aliento a roncola, con mi ropa de ayer, con su intención de decir algo y luego callarse. Porque el tío se calla y mueve la mano como quien llama al camarero para decirme que luego, que hablamos luego, que cuando termine la viñeta escriba un artículo sobre la maternidad hoy. ¿Cómo? Sí, sobre ser madre hoy. ¿En qué contexto? En el que quieras, Nuria. Ser madre hoy.

Estoy harta. No sé escribir, no soy periodista, pero no te puedes quejar, me dicen, al menos tienes trabajo. Y hoy prefiero no protestar, callarme, agachar la cabeza, pasar desapercibida.

Lucas se acerca a mi cubículo para decirme que no me preocupe por lo de mi jefe, que no será nada, pero, aunque mueva las manos como si fuera una vendedora de Tupperware y le quite importancia, él también está preocupado. Y para rebajar la tensión, le corto del único modo que funciona, le hablo de sus canas, de las pocas que le han salido y ya asoman en la parte derecha de su cabeza. Más de quince canas en la derecha, Nuria, ni una en la izquierda. El asunto del desequilibrio capilar, así lo llamamos, «desequilibrio capilar», le pone nervioso, le desquicia. ¿Tú te acostarías con un tío con la cabeza dividida en dos colores? ¿Con la cabeza como una puñetera tarta helada? Y me obliga a arrancarle dos, tres canas mientras grita. Pero es el esfuerzo que debo hacer, dice, para seguir seduciendo a tipos tan guapos como yo. Le pido que me acompañe a fumarnos un porro en la azotea, pero me



responde que ni hablar, que eso me faltaba hoy, que me ve descentrada, resacosa, que acabe con el dibujo de una santa vez.

Intento concentrarme en la viñeta en la que trabajo con la tableta gráfica, pero mi mano se mueve sola y termina dibujando con el rotulador como tantas veces, como siempre, avispas en un papel. Las avispas que pueblan mis cuadernos, el corcho de la cocina, las servilletas del desayuno que se van a la basura junto a la corteza del pan de molde. El rotulador amarillo y el negro las trazan solas. La semana pasada dibujé avispas en chándal de tactel, en kimono, en posturas imposibles para una avispa, para el *Kamasutra*, y esta mañana a una le he puesto bigote y quizá la convierta en nazi. Ni lo pienso, la mano se mueve sola desde que empecé a dibujarlas en clase en lugar de tomar apuntes y aún hoy, como cuando era niña, me siento Batman, que vence su miedo a los murciélagos aliándose con ellos. A golpe de trazos amarillos y negros me crezco frente a esos agujijones afilados que de pequeña eran para mí más que un pinchazo caliente y doloroso, de hecho, representaban el final del juego.

Mi móvil vibra con insistencia y al final respondo. No es Juan, a pesar del martilleo de mensajes al que me ha sometido a lo largo de la mañana, se trata de un número que desconozco, pero es una voz que he oído antes, desgastada, de hombre mayor, una voz que me dice qué tal Nuria, pero la llamada se corta antes de que me dé tiempo a preguntar quién es, qué quiere, quién habla. Esa breve conversación me deja una sensación extraña, la vista clavada en la pantalla del teléfono, donde el reloj parece detenido, mientras mi mano se queda estancada sobre la ilustración sin acabar.

Apenas faltan diez minutos para salir, cuando termino la viñeta. ¿Qué tal vas?, pregunta mi jefe. Ya está, le digo. Él la mira en la pantalla del ordenador, el sol, los cráteres planetarios, la pierna trazada con ligereza, como si fuera real aun siendo un dibujo. Mañana a primera hora me pongo con el artículo ese de las madres, le digo. Y hace un gesto raro. Le encanta, sé que el dibujo le encanta, pero ni una palmadita en la espalda, ni un Buen trabajo, Nuria. Bien, bien. Mándame la viñeta y mañana vemos eso.

¿Querías hablar conmigo?, le pregunto. Pero Héctor le zarandea, tira de la manga de su camiseta, KEEP CALM AND LOVE YOUR BOSS. ¿Unas cañas? Ese zarandeo es el salvavidas al que se aferra mi jefe, que mira el reloj y claro, claro, anda si ya es la hora. Unas cañas, ¿por qué no? Y está incómodo. Bajáis, ¿verdad, Nuria? Y va a decir Lucas, pero siempre se queda en blanco y le llama Nicolás o Luis o tú, sin más, tú. Tú, ¿bajas?

El bar huele a humo, aunque no se pueda fumar. Quizá sigue allí ahogando los poros de los sillones de escay desde el último cigarrillo que se disfrutó antes de la prohibición. Héctor pide cañas para todos sin preguntar si las queremos, como tampoco preguntó si queríamos salir de la oficina, ni nos pidió permiso para interrumpirnos cuando al fin empezábamos a hablar.

Lucas, también sin consultarme, le dice al camarero que me traiga un sándwich con mucha mayonesa, con muchos pepinillos. Sabe que es lo único que puede evitar la hecatombe, la explosión de la resaca a media tarde. En la facultad escribí y dirigí un corto bélico, nos cuenta mi jefe al ver mi sándwich, en él los alemanes perdían la Segunda Guerra Mundial porque los Aliados tenían dos botes que parecían de pepinillos, pero en realidad contenían parte de los sesos encurtidos de un espía soviético que había implantado un sistema por el que vivía con solo medio cerebro, mientras la otra mitad estaba en ese bote viscoso y verde y seguía conectado a él, de manera que cuando recibía información la procesaba desde donde estuviera, y gracias a él los soviéticos ganaban la batalla de Stalingrado. Desde entonces no como pepinillos, dice, son resbalosos y siento que al comerlos podría estar cambiando el curso de la historia. ¿Por qué no utilizaste un bote de chucrut?, le pregunta Lucas. Es un plato muy alemán y recuerda a un montón de sesos hechos trizas. Mi jefe cree que el chucrut resultaría predecible y los tres empiezan a enumerar encurtidos, sus múltiples posibilidades en el espionaje. Héctor me pregunta cómo es que el sándwich no se me atraganta. Me gustan los sesos y me gusta perder batallas, ¿qué más se puede pedir?, le respondo antes de dar el último bocado, que me deja los labios llenos de mayonesa.

Vamos a fumar un cigarro, Nuria, propone mi jefe, y Héctor quiere venir, pero él lo detiene y le dice que le pida otra caña, que

ahora entramos.

Estoy nerviosa, está nervioso, pero sigue hablando de los puñeteros encurtidos. Me cae un poco de tabaco a la acera mientras me lío el cigarrillo porque me tiemblan las manos. ¿Qué pasa?, pregunto. En serio, ¿qué pasa? Mi jefe me mira sin atreverse a mirarme. Mañana te lo dirán, susurra, los de recursos humanos, creo que estás despedida. ¿Crees? Bueno, no, lo estás. Estás despedida.

Tengo la sensación de que mis sesos van a estallar, que mis pensamientos salpicarán la cara de mi jefe, la puerta del bar, el coche aparcado, la acera. ¿Por qué? Y le cambia la cara, abre los ojos y la boca y las aletas de la nariz, se agarra el pecho, el brazo. Eres buena, Nuria. ¿Entonces? ¿Por qué me despides? No hay dinero, me dice, tampoco cojones. Deja de hablar, su cara se pone pálida y se le tuerce el labio. Me ahogo, me está dando un infarto o me va a explotar el miocardio, llama a alguien, me suplica. Se agarra el brazo izquierdo y ni siquiera parpadea. Me ahogo, Nuria, me ahogo, dice. Llama a una ambulancia, por favor. La cara de mi jefe está pálida como una vela. Dice que tiene miedo, que se ahoga, que llame, por favor, que marque el cero noventa y uno o el cero doce o el maldito número que sea, que siempre se le olvida, que piensa que él es inmortal como el Doctor Mist.

Empieza a amoratarse, se ahoga de tanto hablar, y yo sigo paralizada. Llama a una ambulancia, Nuria, llama, joder. Y yo qué sé, al final llamo e intento explicar dónde tienen que venir, pero es difícil porque él se aferra a mis manos. Se sienta en un portal y ahí, agarrado a mí, se queja y dice que tengo algo, que soy buena, pero no hay dinero. Me dice que, aunque quiera a su mujer, a sus hijas, siente algo especial por mí y quiero soltarle la mano, pero él la aprieta con más fuerza. Ya vienen, le digo al colgar, no va a pasar nada. Jamás pensé en morirme en un portal, me dice. No te vas a morir. Siempre creí que moriría en un accidente doméstico, una de esas muertes extrañas que hacen gracia y la gente cuenta en las bodas. Estornudó y se tropezó en la bañera, una caída letal, pobre. Subió a cambiar una bombilla, la ventana estaba abierta, la silla se venció y cayó al vacío. Apareció colgado de una lámpara con los pantalones bajados, ¿suicidio o masturbación? Esas muertes de

titular, ¿me entiendes, Nuria? Esas muertes que se recuerdan, que hacen gracia. Yo le pido que se calle y respire mientras intento que suelte mi mano. Me jode que te vayas, me dice. Quizá te quiero, a lo mejor por eso he dicho tu nombre, no me malinterpretes. Tira aún más de mi mano y me obliga a agacharme. Creo que estoy enamorado.

Se oye a lo lejos la ambulancia ululando y sale Héctor y nos ve sentados en el portal, abrazados como dos indigentes. Mi jefe con la cabeza apoyada en mi hombro, yo estirada sin apenas tocarle, sintiendo pena por él, aunque sean mis sesos los que están a punto de estallar, de salpicarlo todo.

Llega la ambulancia. ¿Quién es el paciente?, grita un tipo pequeño y redondo que viste un chaleco reflectante y al saltar de la ambulancia rebota en el asfalto. Es él, grito, ¡es él! Y mientras señalo a mi jefe intento librarme de su mano, que sigue aferrándose a la mía como si con ello pudiera salvar su vida, sin importarle, claro, si me quiebra los huesos de los dedos. ¡Es él!, grito. Héctor se acerca a nosotros. ¿Qué ocurre, Nuria? ¿Estáis bien? Parece el vecino pesado que se cree el salvador, el conductor que se mete en medio de un accidente para socorrer a las víctimas y acaba saltando por los aires.

Los chicos de la ambulancia suben a mi jefe a una camilla mientras él se lamenta. ¡Voy a morir!, grita. ¿En serio voy a morir?, pregunta con los ojos llorosos. Yo aparto la mirada de sus pantalones porque tiene la bragueta mojada. Al chico bola le suda el bigote y se lo chupa a cada poco. Nos pregunta qué relación tenemos con el paciente y Héctor le explica quiénes somos mientras él y su compañero suben la camilla donde mi jefe se remueve y grita y babea. Le ponen el desfibrilador en el pecho y descargan, una, dos, tres veces, y mi jefe se contorsiona e intenta arrancarse la mascarilla de oxígeno que le acaban de poner. Cuando sepamos algo os informamos, nos dice el chico bola. Por favor, llamen a sus familiares. Y cierra la puerta de la ambulancia de un golpetazo. La sirena se aleja entre las calles ignorando el rojo de los semáforos, los coches que zigzaguean cansados.

Lucas nos mira desde la puerta del bar sin entender, y Héctor se erige como el pacificador. Tranquilos, yo llamo a su mujer, dice

mientras se aleja con el teléfono. Yo abrazo a Lucas, que me pregunta si vamos al hospital y le digo que no, que me voy a casa, que mañana le cuento. Él quiere acompañarme, entender algo, pero prefiero pasear sola, que pase un coche y al pisar un charco me llene de barro. ¿Mañana hablamos?, pregunta Lucas. Te llamo, sí, te llamo, y le doy un beso en la mejilla antes de irme.

Ando sin saber cómo o adónde, mezclo calles conocidas con otras que no recuerdo y no sé cuánto tiempo ha pasado cuando vibra el móvil. Es la mujer de mi jefe que me da las gracias. ¿Cómo está? Bien, bien, ha sido un ataque de pánico muy fuerte. Le han dado ansiolíticos y ahora está dormido. Gracias, Nuria, si no hubiera sido por ti, no sé qué se le habría ocurrido hacer. Imagina lo pesado que se pondrá cuando se despierte y vea que mañana no puede ir a la revista. Pero vaya, a ti qué te voy a contar, no sé ni cómo le soportáis con lo intensito que se pone, y lo dice con tanto cariño que parece un halago. Me da las gracias de nuevo antes de colgar. Tengo varias llamadas de ese número desconocido que insiste en hablar conmigo. Llamo, intrigada ante tanta insistencia. Este es el teléfono de, dice una voz automática de mujer, Ignacio, dice una voz de hombre, grabada tras la de la mujer con torpeza. Cuelgo y vuelvo a llamar. Lo escucho de nuevo. Y entonces lo reconozco, es el tío Nacho. Hace años que no sé nada del tío Nacho. Lo recuerdo asando sardinas en el jardín de la casa de la playa, jugando conmigo a la peonza, y pienso en mi padre y vuelven a latirme las sienes, vuelve a estallarme la cabeza. Mejor llamar mañana, mejor liarme un cigarro y luego otro. Pasear sin rumbo, fumar sin rumbo hasta cansarme.

He debido de andar durante horas porque no siento la nariz, tampoco las manos. Tengo frío. No sé por qué hace tanto frío si es primavera. Veo un bar, uno de esos de madera que quieren ser irlandeses, pero apenas huelen a moqueta. Entro y al cerrar la puerta me doy cuenta de lo agitado de mi respiración, de lo ridículo de mi presencia. Aun así, me dirijo a la barra, solo hay dos mesas ocupadas, poca luz y una música suave, hortera, que nunca imaginaría que pudiera escuchar el camarero, tatuado como un

mosaico. Me siento en un taburete y le pido una caña. Una doble, mejor una doble. Detrás de él hay un enorme bote de pepinillos, apenas transparente, ya lechoso. Quizá lo miro raro porque el camarero me pregunta si me ocurre algo, pero nada. Qué va, estoy bien, y me centro en frotarme las manos para entrar en calor, en dejar de pensar en mi jefe, en mi tío. En mi padre. Bebo la cerveza en dos, tres sorbos y pido otra. Extiendo una servilleta y trazo un par de líneas con el boli, unas cuantas rayas, las antenas negras, las alas que imagino traslúcidas y dibujo un bote de sesos encurtidos, la hoz, el martillo. Y trazo más avispa, apenas cuatro líneas y una nazi y una con el ala en cabestrillo, una enfermera de la Segunda Guerra Mundial. Malgasto servilletas, una tras otra, y poco a poco deja de dolerme la cabeza.

¿Qué es?, me pregunta el camarero. Para entonces he olvidado dónde estoy, no sé, me encojo de hombros. ¿Una avispa comunista?, pregunta. Y yo, seria, le respondo que es una espía soviética. Me encantan las avispa, dice. ¿Por qué?, le pregunto. No subestimes el poder de lo pequeño, suelta con la intensidad de un *coach*. Si me dejas que cuelgue esa servilleta en el corcho, y señala mi avispa espía, te invito a la última cerveza. Me sorprende. ¿La avispa? Me encanta, me dice, es buena. Me sirve una doble muy fría y clava la servilleta con una chincheta, como un galón, un triunfo. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que el bar está vacío, de que está cerrando. Le dejo un par de monedas y el camarero me pide que vuelva otro día. Yo apuro la cerveza y salgo a la calle.

Es tarde y sigue haciendo uno de esos fríos para los que nunca se está preparada porque vienen sin avisar. Mi boca expulsa humo y, al verlo salir, me doy cuenta de que llevo días aguantando la respiración, ahogándome. Intento tomar bocanadas de aire. Rítmicas. Enormes. Con fuerza. Y ando calle abajo porque, aunque mañana no trabaje, ya va siendo hora de que vuelva a casa.

Tu madre se reía y echaba la cabeza hacia atrás y movía el pelo, tan bonito, y se le veían los dientes de atrás y uno era de plata. Tu madre se reía y chupaba el cigarrillo y echaba el humo lejos de ti y lo apartaba con la mano porque a lo mejor no sabía que te gustaba olerlo. Tu madre se reía esa tarde, tan guapa, y probaba el martillo de caramelo rojo y brillante que te había comprado al llegar a la feria. Tú casi no lo habías chupado, te daba miedo romperlo, que te rompiera los dientes; te daba miedo acabártelo y volver a casa, no subir a la noria y ver a Raúl dormir todo el rato, llorar todo el rato, agarrarse a las tetas de tu madre con las dos manos. Te daba miedo que ella se quedara sentada mirando por la ventana como hacía esos días, sin decirte nada, ni que recogieras los juguetes, ni que no hicieras ruido, ni hay que ver esta niña, que apenas sabe hablar y ya canta el *Parole, parole*; solo fumando, mientras jugabas a sus pies y sus pantalones eran un túnel para los Playmobil y sus pantuflas, una montaña que escalaban con cuerdas, una montaña que escondía un tesoro. Tu madre se reía y te preguntaba a qué querías subir, y tú querías subir a todo, pero eras demasiado pequeña y aunque te ataran fuerte podías caer, salir volando. Por eso subías al tiovivo, que era bonito pero te aburría con su solo dar vueltas. Subiste tres veces, otra, mamá, otra, porque el hombre que vendía los papelitos y te ayudaba a montarte tenía una barba igual que la de papá y te gustaba cómo contaba las monedas, cómo te gritaba a ti y a los otros niños, con las caras sucias de algodón de azúcar que los padres repasaban con pañuelos mojados en saliva, si estabais preparados para el viaje. Te gustaba cómo movía el brazo, chu-chu, como si el tren ya zarpara. Que hablara con tu madre y le apartara el pelo de la cara y le encendiera el cigarro poniéndole el mechero muy cerca, tanto que la llama le hacía brillar los ojos y casi le quemaba el flequillo. Te gustaba que te llamara aviadora y te pusiera el casco que colgaba del cochecito y que tu madre te lo quitara

cuando él se alejaba diciendo algo de las bacterias y las liendres y qué guarrería, por favor. El cochecito, que tenía pintada una cara parecida a la de la Abeja Maya, pero más gorda, subía y bajaba en su solo dar vueltas y preferirías montar en los coches de choque porque se daban golpes sin hacerte daño. Los coches de choque te hipnotizaban con su música fuerte, con sus bombillas parecidas a las que vendía papá en su trabajo, pero estas no eran blancas como las suyas, estas cambiaban del rojo al azul, del rojo al verde, del rojo a otro color que no sabías nombrar. Estabas agarrada de la mano de tu madre y ella te daba tirones, pero tú querías subir a los coches y había mucha gente y a lo mejor gritaste y te pusiste a llorar para que te hiciera caso, pero son para niños grandes, Nuria. Y tú seguro que apenas asomabas la cabeza por detrás del volante como esa niña que iba sentada en las rodillas de su hermano mayor y abría la boca de tan contenta. Te imaginabas que montabas en el coche encima de Raúl y ni por esas llegabas, y se ponía a llorar porque le aplastabas de pequeñazo que era. Te imaginabas que entrabas en la pista con el carrito de tu hermano y él lloraba dentro, y tú devolvías los golpes de los coches con las ruedecitas del carro y abrías la boca como esa niña. Que tu padre subía contigo y te sentabas en su regazo y llevaba el coche tan bien como conducía el suyo, pero hacía ya muchos días que no llegaba a casa, tantos que habías crecido una rayita en el marco de la puerta. Te imaginabas que crecías tres, cuatro, cinco rayitas más y subías sola y movías el volante como si fuera el Batmóvil y ningún coche te golpeaba y tú golpeabas a todos con tu superfuerza y salían volando de la pista y agarraste otra vez la mano de tu madre y había aún más gente, tanta que estabas hecha un lío y al levantar la cabeza viste que esa mano no era la que creías. Querías soltarte, gritar, irte corriendo, pero te quedaste parada, sin poderte mover, undostresalesconditeinglés, y empezaste a llorar. Y la dueña de esa mano, que era alta y era rubia y era guapa y fea a la vez, con su boca grande, su nariz grande y unos ojos azules y pequeños, te preguntó con quién venías, cómo te llamabas, dónde estaban tus padres. Tú dijiste que tu padre, no, y tu madre, cerca, pero ella no te entendía porque las lágrimas se quedaban en tu nariz y en tu garganta y te taponaban las palabras. Viste que ella estaba con otra



señora, que en realidad eran dos, porque eran la mujer rubia, pero también una morena con cara de lápiz igual que esa señora que salía por la tele y solo hacía que decir bobadas y cocinar cosas que nunca se comía, y entre las dos te apartaron de la gente y se pararon detrás de una caseta de manzanas de caramelo y nubes pegajosas que no te gustaban porque se te enredaban en el pelo.

¿Cómo te llamas? Dijiste Nuria sin parar de llorar y pensaste que tu madre ya estaría en casa de tus abuelos recogiendo a Raúl porque con un hijo tenía bastante. ¿Con quién has venido? ¿Dónde están tus padres? Y seguiste llorando sin decir nada mientras te imaginabas durmiendo en el regazo de la rubia en el sofá de una casa con escaleras y una chimenea y respiraste fuerte y muchas veces para que las lágrimas se pararan. Nuria, pequeña, ¿y tus padres? Repetiste que tu padre, no, y tu madre, cerca. Allí, o en casa de tus abuelos o vete tú a saber, y la bola de las lágrimas se estaba haciendo tan grande en tu garganta que cerraste los ojos y te imaginaste otra vez la casa llena de escaleras y un sofá de colorines en el que también dormía un perro. La caralápiz te cogió de la mano que tenías libre y tiró de ti hacia el gentío. ¿Vamos a buscarlos? Tú te quedaste parada, quizá lloraste más y les preguntaste si podías quedarte con ellas, si tenían una casa grande, si tenían un perro, y pensaste que si tenían un perro le podrías llamar *Robin* porque querías que Robin fuera un perro y no el pesado que va siempre detrás de Batman. La rubia se rio, pero la caralápiz le dio con el codo y dijo que teníais que buscar a tus padres, dar una vuelta y si no preguntar a la policía, eras pequeña, no podías andar sola. Tú te agarraste aún más fuerte de la mano de la rubia y pensaste que la casa con escaleras sería mejor si solo vivían ella y el perro y no la caralápiz. Vamos, pequeña, te dijeron, y ya estabas harta de que te llamaran pequeña y gritaste que no querías ir a ningún sitio y seguiste llorando. La caralápiz te quiso comprar un algodón rosa pegajoso, así que te abrazaste a la pierna de la rubia y en ese momento decidiste que iba a ser tu nueva madre. Ella te levantó, te cogió en brazos —olía a caramelo y a clase de gimnasia—, y apoyaste la cabeza en su hombro para no ver a la caralápiz, que empezó a andar, y tu nueva madre, con su cara guapa y fea, fue tras ella. Cerraste los ojos porque te mareaba la música, que

sonaba distinta en cada caseta, en cada esquina. Porque te mareaban las luces rojas y azules y de ese color que era nuevo para ti. Te diste cuenta de que habías perdido el martillo de caramelo brillante y rojo que te había comprado tu madre, la madre de antes, y entonces sí te agobiaste de verdad, y al abrir los ojos de nuevo había tanta gente y estabas tan lejos que supiste que nunca ibas a volver a tu casa, a tu cama, a tu colegio. Rezaste o algo parecido para que tu casa nueva fuera bonita, para que tuviera un padre, para que tuviera un perro. Anduvisteis un rato y ellas cantaron canciones de a, e, i, o, u y la escuela y de un señor que construía relojes que nunca daban la hora que era. El sol se había escondido por detrás de las casas cuando llegasteis a un sitio de paredes blancas y sucias donde vivían los policías que vestían de azul oscuro, pero no llevaban gorra ni pistola. Te pusieron una manta sobre los hombros y te sentaron en una silla; como llorabas te dieron un peluche de un gato que estaba sucio y tenía solo un ojo. Había un policía simpático, estaba muy flaco y se llamaba Agente, tenía el pelo de dos colores. Te hizo preguntas y habló con ellas y llamó por teléfono.

Aunque pasó mucho rato, aún seguías mareada y quizá te dormiste porque solo recuerdas que abriste los ojos y estaba tu madre, la de antes, que hablaba con ellas y tenía las mejillas llenas de negro de las pinturas de cara que se le habían borrado. Se sentó a tu lado y te abrazó como si estuviera loca porque casi hizo que te atragantases del apretón. Ellas dijeron que habías sido una niña muy buena, que te habías portado muy bien. La caralápiz te hablaba como si fueras medio tonta y no le contestaste, pero querías irte a casa con la mujer rubia y subir y bajar todas esas escaleras y sacar a pasear a *Robin*. Tu madre susurró que no pasaba nada, que ya estabais juntas otra vez y te abrochó bien la chaqueta, la cremallera tan hasta arriba que te ahogaba, y le dijo adiós a Agente, que te regaló una piruleta y te dijo que te podías quedar con el gato, pero tú lo tiraste a una papelería porque estaba medio ciego y solo tenía un pelo en el bigote. La caralápiz te tocó un poco el brazo, como si fuera boba, y la rubia te dio un beso en la mejilla. Tú le tiraste de la pierna para quedarte con ella, pero ella te dijo adiós con la mano y te pusiste a llorar. Tu madre y tú salisteis a la calle, seguías llorando,

por eso ella te dio el martillo de caramelo que se había partido por la mitad y te dio otro abrazo de los que apretaban. Tú te apartaste y le dijiste que solo volverías a casa si te regalaba un perro, si dejaba de medirte en el marco de la puerta, si volvía a colgar la foto en la que tu padre te levantaba por los pies, si Raúl se iba por donde había venido. Le dijiste que ahora tu madre era la rubia, que querías irte con ella. Y tiraste al suelo el martillo de caramelo rojo brillante.

Estaba roto, ya no lo querías.

¿A qué hora te has levantado esta mañana? Tras preguntar, Clara bosteza, bosteza sin taparse la boca, quizá para anunciarnos que en un rato querrá irse a dormir, para indicarnos que es una anfitriona educada y que, sin que sea necesario pedirlo, tendremos que irnos de su casa después de la cena. Me he levantado a las nueve, miento. En realidad, he salido de la cama a las doce. Quizá a la una, ¿qué más le da? No voy a explicarle que esta mañana la habitación seguía oscura y para mí era de noche, que la montaña de ropa sobre la silla era un hombre gigante y desfigurado, que el despertador dejó de sonar y aunque apenas dormí dos minutos habían pasado tres horas y el sol estaba ya alto y era mediodía. Qué fuerza de voluntad, dice Clara, si yo estuviera en el paro ni me levantaba, estoy harta. Y se estira en su silla de diseño, sus pies descalzos sobre la alfombra color gris perla, carísima, su preferida, y se masajea las sienes con dos dedos, como hace mi madre cuando le duele la cabeza.

Yo sí, yo madrugaría y retomaría los *collages* y las tiras cómicas del Hombre Pato para mi fanzine. Lo tengo abandonado, suelta César. Desde que está sin novia tras su última ruptura (la quinta del año, pero esta vez parece que ha sido dramática y sonora), le ha dado por ponerse pañuelos al cuello que ahora se llaman *pashmina* y los nombra con un énfasis en la ese del que nunca le habría imaginado capaz. Y le dan un aire distinguido que le habría avergonzado cuando estábamos en la facultad y llegaba con la coleta floja, los pantalones llenos de manchas de pintura. Estoy quemado, joder, insiste. Has tenido huevos dejando el curro, Nuria.

Lucas le mira, ofendido: César, la han echado, me defiende. Sí, protesto, me han dado la patada. La gran patada. Has tenido huevos, Nuria, repite César, a mí me encantaría dejar el curro y largarme en una furgoneta a dibujar paisajes y follarme a las alemanas que me encontrase haciendo autostop. Pero ¿te crees

que estás en 1960 y que eres bohemio y vives en un país que acaba de salir de la autarquía o qué cojones?, le corta Lucas. ¿Y quién hace autostop ahora? Lucas parece molesto, siempre lo está cuando habla a esa velocidad que le enreda la lengua y le seca la boca. César le llena la copa de vino sin prestarle atención. Las alemanas, Lucas, las alemanas, le dice. Aunque no te lo creas, sueño con eso todos los días. Al oírlo, Lucas me mira de reojo y mueve los labios: ma-chi-ru-lo.

César nunca va a dejar el trabajo, nunca va a atreverse a subir a su coche a nadie que haga autostop. Le gusta llegar a los sitios en taxi, decir que está estresado, llevar dos móviles en el bolsillo, tener una tarjeta con su nombre y su cargo y su teléfono y extenderla antes de presentarse. ¿Te estás poniendo a dibujar?, me pregunta. Aprovecha ahora que luego te saldrá el curro de tu vida y te arrepentirás. César sienta cátedra mientras rechupetea el cigarrillo electrónico que lleva colgado del cuello con un cordón, el trasto se le enreda en la cadenita de las gafas, en la dichosa pashmina. Sí, claro, me estoy poniendo, respondo. ¿Con qué?, me pregunta, y yo siento un foco en mi cara, la sala de interrogaciones. Un proyecto que empecé hace tiempo, miento. Y no sé por qué le miento cuando en realidad no he dibujado nada. Bueno, sí, avispas. Quizá porque me avergüenza encontrarme con recortes, con cuadernos, con servilletas llenas de avispas, con avispas garabateadas en rotulador en los espejos, los cristales de las ventanas, asomando por las esquinas de mis cajas de mudanza. Avispas, avispas, avispas.

Me lleno la copa de vino salpicando el mantel, y Lucas me hace un gesto de reproche, como si fuera mi hermano mayor, como si fuera abstemio. Vale, quizá las copas se llenan hasta un poco menos de la mitad, pero yo siempre me he considerado una optimista.

Me tienes que dejar ver lo que estás haciendo, conozco a gente, se empeña César, y yo asiento tras rebajar el vino. Va un poco lento, y suena a excusa, pero cuando lo termine serás el primero al que se lo enseñe. Lucas me interroga con la mirada, no sabe de qué estoy hablando. Clara se levanta a cambiar la cara del vinilo en un tocadiscos que quiere ser viejo y luego recoge los platos

en los que aún hay restos de salsa, pan, espinas, cabezas de pescado con ojos amarillos, de poliuretano.

Desde que se ha mudado a este piso y la vajilla tiene todas sus piezas idénticas, de color hueso, emparejadas, sus guisos saben mejor. Llevo algunos platos a la cocina, aprovechando para escapar, y Clara me cuenta que va todo estupendo con Jesús. Ay, estamos tan a gusto aquí en casa, la verdad. Era el cambio que necesitábamos. Y alarga el brazo señalando la cocina, más grande que mi apartamento, metalizada, blanca, una película futurista. Nunca imaginé que Jesús tendría este buen gusto, que la convivencia sería tan agradable, pone boquita de piñón cuando pronuncia «agradable», que nos reiríamos con tonterías como pintar las paredes, elegir las cortinas, fingir que no estamos en casa cuando viene su madre y apagamos la luz y nos escondemos en el armario o cuando pedimos chino y damos la dirección de los del piso de arriba. A veces también nos ponemos aquí en casa. Encendemos velas y hala, emedemeá, venga a chupar cristalitos. Luego a la cama o a gritar por el balcón, según la noche. Sigue aclarando los platos para ponerlos en el lavavajillas, la rebeca color beige con las mangas subidas para no mojarlas, el cabello recogido como una bailarina de ballet, ni un pelo escapando del moño.

Está contenta. Exultante. Se acerca en un arrebató y me agarra por los hombros con algo parecido a la euforia y me habla como si susurrara sin darse cuenta de que en realidad grita: Nuria, no lo digas, pero estamos buscando. ¿Buscando? ¿Buscando, qué?, pregunto. Aunque ya sé lo que están buscando, claro, y quiero darle ánimos, pero solo me viene a la cabeza la foto en blanco y negro que cuelga torcida en la pared del pasillo, un gato peludo que mira por la ventana con los ojos rojos y bizquea. ¿Qué pasa?, pregunta, quizá con decepción. Nada, le digo. ¿No te alegras?, insiste. Claro que me alegro, pero ¿lo habéis pensado bien? Me mira y asiente con la cabeza, al borde del desnuque. Jesús ha nacido para ser padre. Y al decir «padre» no parpadea. Bueno, Jesús nació para ser hijo, el hijo de dios. Recorro al chiste malo cuando no sé qué decir y Clara se ríe, aunque no sé si me ha oído. Si tú estás contenta, yo también, miento otra vez y ella me abraza y yo soy como una muñeca de trapo con los brazos flojos. Deshace el abrazo y

volvemos a los platos, al lavavajillas y dice que basta de ella, que qué tal yo, que está preocupada por mí, que estoy ausente, que parece que no escucho, que cómo llevo el paro, la ruptura con Juan. Y me doy cuenta de que las copas tienen rastro de pintalabios, pero no solo la mía y la de Clara, sino las cuatro. Quizá he bebido más de lo que pensaba. Veo en la estantería una taza de *Los Goonies*, como una que tenía cuando era pequeña, la taza que me regaló mi padre. Tiene el asa rota, el dibujo desconchado, y resalta junto a las otras, todas blancas, limpias, con el asa en el mismo ángulo. Me gustaría tirar la copa al suelo con la grasa roja del carmín y las huellas dactilares rompiéndose junto al cristal, estampándose contra las baldosas color hueso.

Clara increpa a César y a Lucas para que muevan el culo y quiten la mesa y yo me meto en el baño, cierro el pestillo, me siento en la taza. Por la ventana se ven los tejados, los ventanucos a los que nadie se asoma, los rascacielos pegados a un *collage* parcheado de grúas que parecen distantes, ajenos. En la bañera hay champús para el pelo graso, el pelo seco, el pelo rizado, el pelo teñido, champú anticaída y para la caspa y solo un gel de marca blanca, pH 5.5. Me miro al espejo y tengo ojeras. Estoy guapa, pero tengo ojeras, y me extraña porque duermo mucho, duermo todo el día, quizá demasiado, y las ojeras parecen exigirme que duerma más, que piense menos. El espejo es un armario y me recuerda a las estanterías que al mover un candelabro llevan a laberintos secretos en mansiones que esconden parricidios, sobres lacrados, incestos, árboles familiares intrincados, de ficción. Oigo a Clara gritar, pregunta si quiero una copa y respondo a voces que sí, que claro, que un roncola. Abro el armario sin hacer ruido: hay tres tubos de espuma de afeitar y botes de pastillas amarillos, transparentes, con etiquetas, unos con el nombre de Clara, otros con el nombre de Jesús. Muchos botes de pastillas. El armario está lleno de botes de pastillas. Frascos amarillos, transparentes, todos con etiquetas como los de las farmacias norteamericanas, esas que parecen supermercados. También hay dos botes con el nombre de un tal Jaime. Jaime V. Cojo una pastilla de ese bote, la aprieto entre los dedos, está rellena de un polvito marrón que rebosa, me la meto en la boca y la trago bebiendo agua del grifo.

Luego vuelvo al salón, ¿dónde está ese roncola?, digo. César me pasa la copa con peladura de naranja y bolitas que flotan entre los cubitos de hielo, y lo cierto es que me dan grima. Cuenta un sueño que le despertó la otra noche, se encontraba consigo mismo de pequeño en un vagón de metro. El vagón estaba vacío, excepto por una señora que dormitaba al fondo y llevaba las zapatillas de ir por casa cambiadas de pie, dice. Yo estaba cogido de la barra central junto a la puerta y también yo, pero de niño, estaba agarrado a la misma barra, y al levantar la cabeza y verme a mí mismo de mayor, empezaba a reírme. A carcajadas. Intenté hablar con él, es decir, conmigo de pequeño, continúa César, quería presentarme, hablarle de la vida, darle pistas para que fuera feliz, para que no la cagara como yo la cagué, pero el niño, sin escucharme, se reía de mí cada vez más fuerte y al llegar a la siguiente parada se bajaba. A la espalda llevaba una mochila grande y cuando las puertas del vagón volvían a cerrarse el niño se quedaba en el andén y, con los ojos clavados en mí, me hacía un corte de manga. César lo cuenta, afectado.

Eso es que estás decepcionado con tu vida, suelta Clara. César cree que sí, que se está fallando a sí mismo. Nos estás fallando a todos, joder, le vacila Lucas. César le da un cachete, pero está serio.

Yo le digo que cuando pienso en mí de niña, me recuerdo como si fuera otra persona. Una persona ajena a mí y que me despierta ternura, a la que le hablaría como si fuera otra porque esa criatura ya no soy yo. O mejor, una persona a la que pediría que me contara qué piensa, quién es, porque quizá ya no me acuerdo. A la que preferiría no dar lecciones porque a esa edad no importa lo que te digan, tienes que meterte la arena en la boca y masticarla para comprobar por ti misma el puto asco que da. Clara me dice que un poquito de Prozac no me vendría mal. Y de la autoayuda esa encubierta que leía en la facultad. Se burlan, por enésima vez, de los libros que me acompañaron en los años de universidad y quedaron olvidados el último curso en la estantería de Juan, cuando dejé de ponerme pendientes largos, collares de semillas, camisetas por encima del ombligo, cuando dejé de teñirme el pelo de azul y morado. Cuando te volviste una rancia, grita César, y a mí me



sobreviene la arcada. Estás pálida, Nuria. Las sienes me laten, las venas del cuello me laten, las bolitas flotan entre la peladura de naranja, me late la tripa, me mareo. César insiste en que el niño que llevamos dentro nunca puede estar contento con las decisiones que tomamos, Lucas no está de acuerdo. Puede estar contento, dice, solo depende de las decisiones que tomamos.

Y yo vomito.

Vomito sobre la alfombra gris perla, una alfombra mullida y carísima, la preferida de Clara, por la que nos hemos descalzado al entrar en su casa y nos hemos puesto unas pantuflas blancas que estaban apiladas en una cesta del recibidor bajo un cartel de bienvenida: OKAERINASAI.

Hay un cadáver debajo de la cama. ¿Qué? Juan me zarandea y me despierto y no sé dónde estoy y le veo a mi lado y veo su casa, su cama, su póster torcido en la pared y empiezo a toser. Mierda. Tengo frío. ¿Qué has dicho? Que hay un cadáver debajo de la cama, repito. Está desnudo. ¿Qué dices?, Juan me mira sin entender y se recuesta y cierra los ojos y hace ruiditos con la boca, como si soplara para dentro y creara artesanías en vidrio, pero solo sopla en mi nuca y entonces sí me despierto. Él se vuelve a dormir, como en el sueño. En el sueño sacábamos el cadáver de debajo de la cama y lo tendíamos encima. Tenía el torso lleno de picaduras de avispa, también los brazos, las piernas, y alguna marca más en la espalda. Juan se dormía junto a él, creo que también le abrazaba. Hay que vestirle. Pero Juan quería seguir con los ojos cerrados, y yo le empecé a zarandear para que se despertara. No me puedes dejar sola con el cadáver, joder, está muerto. Me dan miedo los muertos. Y discutíamos.

El cadáver desnudo era un hombre guapo. Algo mayor, muerto, pero guapo. Hay que vestirle. Juan quería ponerle una camiseta del Hard Rock Cafe de Malta que tenía un agujero. No puede estar uno muerto y llevar puesta esa camiseta vieja, decía yo y sacaba el traje de Juan. Juan solo tiene un traje, el de las bodas. Le queda grande de hombros y le hace la espalda rara. De todas formas, él insistía en no vestirlo así, el traje es incómodo, la corbata agobia. Pero está muerto, Juan, protestaba yo. Y Juan replicaba que tendríamos que planchar la camisa y ni él ni yo sabemos planchar camisas, el cuello nos queda siempre levantado, las mangas muy arrugadas y los puños, tiesos. Siempre planchaba las camisas su madre, aprovechaba para venir a casa cuando no estábamos, y yo imaginaba su nariz colándose en mis armarios, en mi nevera, en mis cremas, en mi váter; imaginaba cómo ella abría el cajón de las bragas, las examinaba, y soltaba bolas de alcanfor entre nuestros

calcetines desparejados. Durante un tiempo me obsesionó la idea de que nos pinchaba los condones, mi suegra me miraba raro si me encontraba mal, me daba cervezas sin alcohol cuando nos invitaba a comer.

Al final, al cadáver le poníamos un jersey de rombos y unos pantalones de pana que a Juan ya no le gustaban. Tendrá calor en el más allá, ¿no crees? Y después, una vez vestido, no sabíamos qué hacer con él. ¿Llamamos a alguien por teléfono? ¿La policía? ¿La funeraria? Y si nos preguntan por qué hay un cadáver en la cama, ¿qué? Juan no sabía por qué estaba allí, pero era su casa, ya hacía tiempo que no era la mía, yo acababa de llegar y ni siquiera tenía una coartada porque ¿qué había hecho antes? ¿Qué hacía allí? ¿Qué día era? Quizá terminábamos en la cárcel. Y entonces el cadáver movía un brazo y me miraba y se reía y al abrir la boca empezaban a salirle avispas, muchas, tantas que le cubrían la cara, los brazos, el cuerpo y tapaban también a Juan, la cama y venían a por mí y zumbaban, zumbaban, zumbaban, y yo no podía moverme y las veía acercarse como si fueran una sola o un ser monstruoso sin cara.

Al despertarme estoy en casa de Juan sin saber cómo he llegado aquí, sudando, con frío. Recuerdo una cena anoche, la casa de Clara y sus muebles del rastro restaurados, únicos, pijos. Recuerdo a Lucas, tomarme una pastilla, recuerdo a César, y un corte de manga. Juan cambia de postura, sigue dormido o finge que duerme. ¿Cómo llegué aquí anoche?, le pregunto, pero él aprieta los ojos. Yo le zarandeo. ¿Por qué vine anoche? No sé, responde con los ojos cerrados, me dijiste que tus amigos te habían dejado en casa, pero no querías dormir sola. ¿Eso te dije? No, pero es lo que querías decirme. Y se vuelve a arropar y a encoger, cierra los ojos, me da la espalda. Le zarandeo de nuevo, no responde y entonces me viene una arcada y corro al baño, pero no tengo nada en el estómago más que bilis y algo que parece una piedra y también es amargo. Arrodillada delante del váter se me clava el frío de las baldosas. La cisterna está rota, hace medio año que me fui y la cisterna sigue sin funcionar. Me quedo de rodillas pensando si irme a casa, si volver a la cama, qué día es hoy, qué tengo que hacer.

Juan me despierta, no sé qué hora es. Mis rodillas continúan clavadas en el suelo, sigo abrazada a la taza. Te tienes que ir, Nuria. Desnudo, me mira apoyado en la puerta del baño, su polla cuelga como una mueca triste y él pone la cara de circunstancias que siempre ponía su padre, el mismo gesto que odiaba en su padre, la expresión que nunca quiso que fuera suya y siempre estuvo ahí, agazapada. Te tienes que ir, repite. Yo, con las rodillas hincadas en el suelo, frío y sucio, no sé si soy capaz de ir más allá de esa baldosa. Estoy a gusto. ¿Por qué tanta prisa?, remoloneo. Va a venir Alba, se calla nada más decirlo y suena a culpa. Y la imagino sonriente, gritona, con pulseras de colores, con horquillas de colores y quiero volver a la cama, esconderme debajo del edredón, que llegue quien quiera y dormir hasta mañana. Follad tranquilos, me voy en un rato.

Pero me levanto, me cuesta, y aun así, me pongo en pie. Voy a la habitación, me visto con calma, aunque me tiembla el labio, me visto con calma y le miro de reojo como si fuera un gato. Tenía que habértelo dicho, se disculpa. No pasa nada, miento. Llevamos juntos un tiempo. Es una relación seria, suelta. ¿Qué es una relación seria? Pero no lo pregunto, solo lo pienso y considero las veces que he dormido en esa cama los últimos cinco meses, en posición de cuchara y sin bragas. Lo nuestro es distinto, estabas primero, no le soy infiel, ¿qué tiene que ver con ella? Tenía que habértelo dicho. Y lo repite varias veces. Siempre ha sido práctico, Juan. Y le suda el labio desde que se ha afeitado la barba. Desde que tiene más canas. Tranquilo, ya me voy, digo mientras empiezo a quitar las sábanas. Déjalas, tapo la cama y ya está. Se quedan los ácaros, le digo. Si la tapas y ya está se quedan los ácaros, lo vi en un documental. Los ácaros, las babas, los fluidos, pienso. Pero ¿qué más da? Suena mi móvil y corta mi intención de profundizar sobre los ácaros, sobre su aspecto horripilante cuando los ves a través de un microscopio, y su modo angustiante de convivir con nosotros, de estar en todos lados sin que lo sepamos, sobre el asco que me da pensar en cuántas veces habrá follado con Alba y sin cambiar las sábanas luego lo hacía conmigo. Y el sonido del teléfono insiste, viene de debajo de la cama. No quiero mirar. ¿Cómo coño ha llegado el móvil ahí? Juan se arrodilla y lo agarra, sigue sonando. Es

un número desconocido, deberías responder. A lo mejor te llaman de alguna oferta de trabajo. Lo dice con voz chillona, como si yo fuera una niña pequeña a la que quiere endosarle la cucharada de papilla, una por papi, una por mami, un avión que se estampa contra los dientes. Aún no he movido el currículum. ¿Y a qué esperas?, pregunta. Me despidieron hace una semana, Juan, no me agobies. Y el teléfono no se cansa. No me apetece cogerlo, tengo que irme, va a venir Alba. Pero él descuelga y me lo pega al oído.

Yo miro la pantalla antes de responder, es el número que me ha llamado estos días, el de mi tío, y no quiero hablar, pero oigo un hola del otro lado. ¿Sí? Apenas balbuceo. Hola, Nuria, ¿qué tal? Soy tu tío, le reconozco en esa voz que suena a antes. Te llamo desde la oficina, aún trabajando, dice. Se me encoge el estómago, la piel de gallina, la bola vuelve a la garganta. ¿Qué ocurre? Nada, quería saber cómo estabas, y suena a mentira. Bien, estoy bien, ¿qué pasa? Insisto. Es tu padre, dice, con voz insegura, apática. Me siento en la cama llena de ácaros, de babas, de pelos míos, de Alba. Me flojean las piernas y doy un salto cuando me toca algo que sobresale por debajo; las zapatillas de Juan. ¿Qué padre? Me han llamado, tu padre está en el hospital, en la UCI. No acierto a decir nada, titubeo. Di algo, Nuria. Congelé a mi padre en aquella foto en la que salía abrazado a mi madre y tenía la cara cubierta por una barba espesa, yo me aferraba a su pierna y apenas le llegaba a la rodilla y después de eso le enterré. Le enterré bajo el limonero de la casa de la playa, bajo la alfombra con el polvo, con la mierda, con esa foto hecha trizas. Está en la Fundación Jiménez Díaz, no hace falta que vayas. Solo te llamo porque, bueno, porque creo que debes saberlo. Y le agradezco la llamada, le pregunto si ha ido, aún no, he estado liado, se excusa. Le pregunto si ha llamado a Raúl, no, dice, te agradecería que le llamaras tú. ¿Quién te ha avisado? Él me corta con prisa porque tiene que seguir trabajando. Hasta luego, nos vemos pronto y no sé si es mi imaginación, pero oigo de fondo la voz de la tía Lola, el sonido de la campana extractora, de algo friéndose con mucho aceite.

Cuelgo y me quedo callada, pero Juan me conoce y pregunta sin hablar. Nada importante, le digo. Quédate si quieres, me propone mientras tapa la cama con las mismas sábanas, festín de

ácaros y fluidos. Quédate, en serio. Y me abraza. Pero me zafo, aunque quizá lo dice en serio, me zafo y salgo y me despido con un beso que ni roza y no espero el ascensor y bajo los seis pisos corriendo porque creo ver una avispa, que al fijarme es solo una mosca, que se golpea contra el cristal de la ventana del rellano, que intenta salir y se estampa contra su reflejo una vez tras otra, sin cambiar de estrategia.

A Raúl le daban miedo los murciélagos desde que uno salió de la chimenea y voló medio mareado por el salón. Tu madre le dio con la escoba y el murciélago fue hacia Raúl, que le vio los colmillos y la nariz levantada y las orejas desproporcionadas como abanicos abiertos. Y salió corriendo. Tú le contaste un cuento esa noche, pero él te preguntaba por los ratones con alas y le dijiste que dormían boca abajo enganchados a las piedras, sin cerrar nunca los ojos. Eso último quizá te lo inventaste porque a ti no te daban miedo. Aun así, empezaste a jugar a que eras Batman. Él quería ser Robin, pero le decías que no. No te gustaba que apareciera Robin, Robin lo estropeaba todo. Lo único que querías era quitarle el miedo a los murciélagos. Entonces yo me pido ser Batman, decía Raúl, pero era pequeño y daba igual lo que quisiera, en tus juegos mandabas tú.

Tú eras Batman y jugabas en la calle, enfrente de casa. Él correteaba detrás de ti y, aunque casi ni le entendías de lo mal que hablaba, te recordaba todo el rato que eras una chica y no podías ser Batman. Eso te enfadaba, aunque a veces le dejabas que te iluminara con la linterna para hacer el símbolo del murciélago en la pared. Parecía un pájaro. Algunos días decidías que podía ser el mayordomo y le dejabas jugar, aunque nunca te preparaba el Batmóvil a tiempo cuando se lo pedías.

Vuestra madre siempre os decía a las siete que ya tocaba volver a casa y era cuando Batman estaba a punto de salvar a *Gorbachov*, el gato que se paseaba por vuestra calle y tenía la cara manchada y cruzada de arañazos, el pelo lechoso, o a Tomás, que era el hijo de Félix, tu profe particular de dibujo y el que más sabía de cómics del mundo mundial, y de Lidia, que era maestra en tu cole. Pero Tomás, con los mocos colgando y un colador de espaguetis en la cabeza, decía que era corredor de fórmula uno, aunque no tuviera nada que ver con Gotham, con el Batmóvil. A vuestra madre le daba lo mismo y os obligaba a subir porque había

que bañarse, había que cenar los purés que se hacían bola o la carne que se hacía bola o el pescado con espinas que también se hacía bola y pinchaba. Aunque algunas veces vuestra madre os escuchaba y había patatas con huevo frito. A las nueve os decía que os fuerais a la cama y os ibais, y luego tú volvías a gatas y te escondías detrás del sofá donde tu madre siempre se quedaba dormida de tan cansada que estaba, y veías esos programas en los que había señores que tenían bigote y corbata y decían ECU y OTAN y mire usted y otras palabras que no entendías, o esas películas en las que los mayores se besaban chupeteándose las lenguas. Imaginabas a tu madre y a tu padre besándose así y te daba asco, pero a la vez te cosquilleaba la tripa. Aunque tu padre ya hacía tiempo que se había perdido en una carretera o estaba escondido y esperaba a que lo encontrases, o quizá era que no quería conocer a Raúl y se cayó a un mar como el del verano y vivía bajo el agua, con los peces y las medusas que a él nunca le picaban.

Quizá tu madre ya lo había olvidado porque nunca decía nada. A tu hermano le contabas que vuestro padre era pelirrojo porque no querías que supiera que tan solo era moreno, que estaba medio calvo. Te gustaba pensar que era pelirrojo como vosotros y vivía debajo del agua. A lo mejor por el sabor salado. O por Hiedra Venenosa, tu mala preferida de los cuentos de Batman. Ella y el Joker, claro. A Raúl el Joker le daba aún más miedo que los murciélagos. Pero Raúl era pequeño y no entendía nada.

Tus sábanas tenían el símbolo de Batman dibujado y a Batman y a Robin que se acercaban corriendo. Antes de dormir jugabas a que los dos hablaban, a que bailaban, a que corrían rápido y lento, y lento y rápido, porque parecía que se movían cuando agitabas la sábana. A veces los dibujabas en tu cuaderno para enseñárselo a Félix. Algunos días, debajo del edredón, cuando todos dormían, rezabas para que el termómetro dijera que tenías unas décimas y no ir a la escuela al día siguiente. Aunque tu madre te preparara zumo del bueno y leche con mucho ColaCao con grumos y te diera abrazos y te hiciera cosquillas, odiabas ir a la escuela al día siguiente. Por eso, por las mañanas siempre tosías y apretabas los ojos, con tal de que pareciera que tenías unas décimas, que era lo



único que servía para no ponerte la mochila a la espalda y andar con el frío por la calle como los demás niños, con sus macutos y sus madres como la tuya, que caminaba detrás de ti y de tu hermano, y os decía que no dierais guerra y os comierais el bocadillo y aprendierais de los maestros aunque os dijeran que el mundo era una bola redonda, como os contaba don Ramón, aquel maestro que llamabais el Cerilla.

Esa mañana tampoco tenías unas décimas, lo único que te importaba era encontrar el cuaderno. La noche anterior el dibujo de Hiedra Venenosa te había quedado superbonito y querías enseñárselo a Félix, pero pensabas que Raúl había arrancado los dibujos y los había roto en pedacitos y los había tirado por la ventana. Le gustaba romper las cosas en trocitos y tirarlas por la ventana. Seguro que había hecho lo mismo con esa foto en la que aparecías con mamá, con papá, esa en la que ella estaba gorda y estabais contentos porque Raúl aún no había nacido, aunque ya estaba ahí dentro.

Al llegar con tu madre a la puerta de la escuela, viste a Félix y Lidia acompañando a Tomás. Félix tenía las uñas largas, como de chica, sucias por las acuarelas, la barba llena de pelos blancos y negros y una melena también de chica, de dos colores. Un pelo igual de largo que el de Lidia, pero el de ella era rubio y con pasadores bonitos, y también tenía pelo debajo de los brazos y en las piernas. Era guapa y nunca se ponía pintalabios, a diferencia de tu madre, que siempre llevaba los labios de color rojo y te manchaba la cara cuando te besaba. Te dieron los buenos días y Lidia se fue corriendo porque era maestra y llegaba tarde. Félix te preguntó cómo estabas, Nuriqui, y le dijiste que la noche anterior habías dibujado algo muy chulo, pero lo había roto tu hermano y no lo tendrías listo para la clase de la tarde. Quizá no te creyó porque te dijo que si no te esforzabas no ibas a llegar a ser dibujante de la Marvel y te dolió la tripa al oírle, aunque te dio un abrazo y te prestó un tebeo de Tintín antes de irse a casa. No lo conocías y te pareció medio tonto cuando lo viste en la portada, con ese perro pequeño y el flequillo levantado.

Tomás y tú ibais a la misma clase, y por el pasillo quiso saber si creías que detrás de la tele había una puerta para meterse dentro y

pensaste que él también era tonto. No entendías por qué Félix había tenido un hijo que ni siquiera sabía dibujar y no te había tenido a ti. Con lo que te habría gustado ser hija de Félix y que te llamara Nuriqui todo el tiempo y estar en su casa dibujando sin tener que ir a la escuela ni hacer gimnasia. Ese día tocaba gimnasia y os pasabais la hora corriendo por el patio, por detrás del edificio del gimnasio y alrededor del campo de fútbol, una cancha con las rayas medio borradas y las porterías desteñidas y con la madera hinchada y rota. No te gustaba correr sin tener que ir a ningún sitio. ¿A quién le iba a gustar? Te ahogabas y te dolían las piernas y te sentías mema con el chándal rosa con coderas encima de los agujeros y las deportivas, que se desataban todo el rato por más fuerte que las ataras. Tampoco te gustaba don Miguel, con esa tripa gorda y las patas cortas y sus gritos para que corrierais más rápido mientras él ni se movía, sentado en una silla plegable y con una visera de la Caja Rural en la frente para que no le diera el sol en su cara de mueble. Cuando pasabais por detrás del gimnasio ibais más lento, casi andabais, porque don Miguel no se asomaba a ver qué hacíais, nunca se levantaba de su silla plegable. Se tiraba allí las mañanas entre una clase y otra, y en el recreo le veíais comerse un bocadillo de salchichón y hablar con los otros maestros sin cerrar la boca cuando masticaba.

Ese día Tomás y tú andabais despacio, cansados, con las camisetas de publicidad mojadas por el sudor. Él te contaba que había encontrado una caja llena de fotos de su madre y su padre sin ropa, y se reía nervioso, con la boca abierta, y podías ver todos sus dientes, ver cómo le temblaba la campanilla. Movía mucho las manos cuando hablaba, Tomás, y pasó una avispa volando porque hacía calor o había migas de los bocadillos en el suelo o porque volvía a su nido o vete tú a saber, él la golpeó sin darse cuenta y fue a parar a tu cuello y te mordió con el aguijón como un vampiro. La boca se te quedó dura y no podías tragar saliva y te picaban las piernas y los brazos y la garganta y te caíste al suelo. Te contaron que Tomás empezó a gritar porque tu cara estaba rara y tenías los ojos abiertos, aunque no veías porque estabas dormida o desmayada o incluso en coma o vete tú a saber porque no te acuerdas de nada.

Te contaron que don Miguel se levantó por fin de la silla plegable, te llevó al gimnasio y te acostó en una colchoneta. Vino Pepe desde el ambulatorio para pincharte una cosa que debió de dolerte mucho porque abriste los ojos enseguida. Y eso que Pepe era el único médico que sabía pincharte sin que te doliera. Entonces llamaron a tu madre, pero no estaba en casa o eso decía don Miguel. Pepe se sentó un rato contigo en la colchoneta para que estuvieras tranquila. Te dijo que al día siguiente debías ir al ambulatorio con tu madre para que te dieran un agujijón que te defendiera del veneno de las avispas, que hacía que se te durmiera el cuerpo, hasta el pensamiento. Y te hizo gracia que Pepe te hablara como si fueras mema o pequeña y no supieras que ese agujijón del que te hablaba era una jeringuilla, pero no dijiste nada porque sentías como si tu cabeza estuviera a un lado del gimnasio y tu cuerpo al otro, o metido en una mochila cortado en pedacitos. Pepe te regaló una piruleta con forma de corazón antes de irse, pero no la podías chupar porque tenías la lengua hinchada como la colchoneta, y cuando decías Nuria en voz alta parecía que decías «nube» y tus amigos se reían y te preguntaban todo el tiempo cómo te llamabas.

Lidia pasó a buscarte, los niños de su clase tenían gimnasia y ella podía salir antes del colegio y estar contigo hasta que tu madre volviera. El teléfono gris habría estado sonando en tu casa vacía, dando saltos encima de la mesilla del salón, con esa foto tuya disfrazada de mariquita enmarcada al lado. No te gustaba esa foto, el lazo en el pelo, los círculos rojos llenos de pecas que tu madre te había dibujado en las mejillas y te hacían parecer enferma de varicela. Y te fuiste hacia casa con Lidia, que te cogía de la mano y tarareaba una canción y olía a vainilla, a plantas raras. Fue la única que no te preguntó cómo estabas porque ya se veía que estabas bien, pero en cambio quiso saber por qué te gustaba dibujar, te dijo que le encantaban tus ilustraciones, y te alegró, aunque ni siquiera sabías qué significaba «ilustraciones», que Félix guardaba alguna, se las había enseñado y su preferida era la del gato *Gorbachov* bañándose en un charco. Luego te contó un chiste de gatos del que solo recuerdas que te reíste tan fuerte que te dolió la barriga. Hasta que dejaste de reír cuando Lidia abrió la puerta de su casa. Ella

también se quedó muda. Porque ahí en el sofá estaba tu madre, sin camiseta, y Félix, también sin camiseta y sin pantalones y sin nada, como en las fotos que había encontrado Tomás, y daban saltos y grititos y soplaban.

Lidia se quedó tan callada que solo se dieron cuenta de que había entrado cuando salió dando un portazo. Y tú te quedaste ahí, congelada, mirando los cuadros de Félix que estaban apoyados en la pared, uno encima del otro, sin poderte mover, como antes en el gimnasio, cuando te había picado la avispa. Ellos también te miraban. Tu madre se puso una camiseta encima como si fueras boba y no la hubieras visto con las tetas fuera. Cariño, ¿qué haces aquí? Y entonces sí, entonces saliste corriendo calle abajo sin saber adónde ir, como en la clase de don Miguel, pero más rápido. Te asfixiabas, a lo mejor por lo de la avispa, y tu madre te alcanzó pronto porque paraste a coger aire entre los setos de unos vecinos viejos que jugaban a cartas en el patio y oían las noticias y la música muy altas porque estaban sordos. ¿Qué haces, Nuria? Estate quieta. Y quisiste correr de nuevo. Por favor, Nuria, ¿por qué no te estás quieta? Déjame que te explique, gritaba tu madre. Tenía la cara rara, los ojos muy abiertos y parecía que tuviera ganas de llorar o de gritar como si acabara de perder el bolso. Pero no hizo nada, solo te miró y te abrazó tan fuerte que casi te ahoga. Luego os fuisteis a casa sin hablar, aunque tenías ganas de seguir corriendo o de volver a la escuela o de hacer cualquier cosa menos andar de su mano.

Te metiste en la cama después de una ducha y oíste cómo ella llamaba al colegio y a Pepe. Fingiste que dormías cuando entró a verte, a preguntarte qué tal. Y te dejó un zumo de naranja en la mesilla, y querías bebértelo pero no lo hiciste e imaginaste las vitaminas que salían volando, disparadas, que explotaban por los aires. Cuando se fue abriste los ojos, ya te escocían de tanto apretarlos, y te quedaste mirando por la ventana cómo *Gorbachov* se paseaba por las tejas sin caerse y cómo Tomás, con el colador en la cabeza, corría alrededor de Félix, que tenía el coche mal aparcado en la acera y lo llenaba de maletas y de cajas con cosas y de sus cuadros y de carpetas donde a lo mejor también llevaba tus dibujos. Raúl estuvo todo el tiempo jugando a los pies de tu cama y

contándote historias, aunque no le entendías mucho porque aún era pequeño y no hablaba bien. Papá era moreno y no tenía mucho pelo, y se lo dijiste de repente, sin saber por qué. Pero ya lo habrás visto en las fotos. Aunque Raúl no tenía ni idea de qué fotos le hablabas y no te hizo mucho caso.

Esa noche le pediste que te trajera tus cartulinas, tus tijeras, tus Plastidecor. Te preguntó si ibas a dibujar para la clase de Félix, pero le dijiste que se fuera a dormir que mañana tenía guardería. Y empezaste a dibujarle un antifaz de Robin de color verde, con sus agujeros para los ojos y una goma para que le quedara bien sujeto a su cabeza de cacahuete. A Félix le habría gustado.

Por la mañana le regalaste a Raúl el antifaz y se puso pesado de tan contento. Esa tarde no tuviste clase con Félix porque Félix ya no estaba. Tomás tampoco salió a jugar con su colador, y Lidia, aunque todavía estuvo algún tiempo en el colegio, luego no volvió más y a los pequeños les pusieron una maestra vieja que olía a manzanilla y cantaba todo el rato. A los pocos días la casa de Lidia, Tomás y Félix estaba cerrada y tenía un cartel porque se vendía. Y tú, una tarde que no había nadie por la acera, se lo arrancaste. Después de arrancarlo, le diste patadas.

Y seguiste jugando en la calle a que eras Batman, pero dejaste que Raúl jugara contigo, que fuera Robin. Porque quizá le necesitabas para vencer a los murciélagos. Aunque aún fuera pequeño y el pobre no entendiera nada.

## 6

Salgo del coche para abrir la verja, Raúl simula que duerme. Siempre hace lo mismo, habla durante el viaje, habla sin parar, sin dejarme dormir y cuando llegamos ante la verja cierra los ojos. Yo veo que le tiemblan los párpados, ni siquiera finge bien. De pequeño se aguantaba la risa de esa forma suya tan característica, como si tuviera aire y le pesara en la boca, como si le hiciera cosquillas en la nariz y le levantara las aletas hasta ponerle cara de orangután. Abrid, chicos, grita mi madre. Y yo tengo que levantarme. Venga, Nuria, deja dormir a tu hermano, que viene cansado, y abre la puerta. La puerta pesa y desde que la recuerdo está desconchada y la pintura, que es antióxido, como insiste cada verano mi madre, está oxidada y deja las manos llenas de manchas anaranjadas, manchas que me gustaba chupar de pequeña porque sabían a hierro, a playa. Raúl está cansadísimo de jugar al videojuego y tocarse los huevos, mamá. Nuria, no seas susceptible, me reprende. Hago fuerza para abrir. Pesa más de lo que recuerdo y a los goznes les cuesta ceder, hinchados y hartos de aguantar una puerta que casi siempre está cerrada.

El jardín está lleno de rastrojos, de césped seco. Los bancos de piedra parecen lápidas llenas de moho. Hace meses que nadie se acerca por allí. Vamos, limpiamos y lo tenemos listo para el verano, nos dijo mi madre. Siempre quiere ir a limpiar cuando uno de esos amantes con maletín y americana de pana, con poco pelo, pero largo, con cara de vendedor de biblias, decide no volver a llamar; cuando su jefa ignora una vez más su nombre en la lista de ascensos; cuando se entera de algo relacionado con mi padre. El columpio, un neumático que se retuerce colgado de una cadena vieja al que le debo un par de puntos en la barbilla y una funda en un incisivo, chirría mecido por el viento. Qué día más bueno nos ha salido, dice mi madre. Yo pienso que le cuesta ver la realidad, hace un calor pegajoso, lleno de nubes, de esos que pesan, que te

obligan a andar con la espalda encorvada. Y empieza a descargar las cosas del coche. La ayudo con la maleta y un par de bolsas a rebosar de comida. ¿Piensas engordarnos y vendernos al carnicero? Joder, mamá, son solo dos días. Golpeo la portezuela, insulto a mi hermano y le lanzo su mochila. Haz algo, hijo malcriado de esta sociedad infame y heteropatriarcal, empiezo a pegarle con las palmas de las manos como cuando tenía doce años, a decir idioteces sobre su cara de bulldog. Cuando en realidad, con mis treinta, con sus veintitantos, debería sentarme frente a él y hablarle de mi padre, de nuestro padre, de su puto don de la oportunidad para venir a morirse cerca, para venir a morirse ahora.

La casa huele a mar, al polvo de las mantas a cuadros que siempre se me agarra en la garganta y me obliga a toser, huele a Cucal, a revenido. Ahí siguen las paredes beige de gotelé, el crucifijo que colgó mi abuelo y que siempre queremos quitar, y al final nunca quitamos, los libros que quedaron olvidados en la estantería, sus páginas hinchadas por la humedad. Mi madre ya está en la cocina apilando comida en los armarios, enchufando la nevera. ¿Te ayudo? Pero me aparta con esa actitud insoportable de mujer abandonada que se ha hecho a sí misma, qué remedio. Mamá, quita, que te ayudo. Y me saca de la cocina con dos golpes de trapo. Vete a airear las habitaciones que aquí me descolocas las cosas y luego a ver quién las encuentra. Abro la ventana de la habitación de mi madre y la luz levanta el polvo del suelo, ilumina el cubrecama amarillento de ganchillo; la foto en la que golpeo a Raúl con un rastrillo de playa y él llora, y está gracioso con su bañador medio caído, y qué alto, decían, se parece a su padre, qué disgusto. En la imagen le asoma un diente. La cortina de luz enfoca la minibiblia de mi abuelo a la que apenas le quedan salmos porque Raúl y yo le arrancábamos las páginas para fumar porros a escondidas. Hay una cucaracha que se esconde bajo el armario, y al verla, corro a nuestra habitación y grito y me lanzo sobre Raúl, que está tumbado boca abajo en su cama.

Nuria, ¿no te puedes estar quieta?, mi hermano se molesta y ni siquiera suena enfadado, suena adulto, y me siento ridícula encima de él, aplastándole con mis tetas, a punto de hacerle cosquillas. A través de la ventana se ve que el bochorno va a caer en forma de

lluvia, y suenan truenos y las nubes se han teñido de un color rojizo que me recuerda a la última viñeta que publiqué en la revista donde trabajaba, mi viñeta póstuma, dos piernas, que en realidad son unas salchichas de Frankfurt muy hechas, tomando el sol en Mercurio, la crema flotando por la falta de gravedad. El sol está más cerca de lo que crees, protégete, escribió Héctor. Infame, pero a mi madre le hizo gracia y la colgó en la nevera con el imán de la Torre Eiffel.

Raúl se mueve incómodo y yo me levanto. Ridícula y pesada. Le apetece estar solo. Me debería callar, dejarle en paz, pero no quiero. ¿Nos bañamos?, señalo la piscina, aunque es pretencioso de cojones llamar piscina a esa alberca estrecha de riego que se vuelve verdosa por la sal que echan junto al cloro para tratar el agua. Raúl me mira sin necesidad de contestarme mientras yo me pongo el bikini lanzándole la ropa a la cara. Aunque quiera que le deje tranquilo, tengo que hablar con él. Pero le pasa algo y no me lo dice, y entonces pienso que me da rabia que se haya hecho mayor sin pedirme permiso. ¿No vienes?, insisto estirándome el bikini por debajo de las ingles. Pero él me da la espalda, se tapa la cabeza con un cojín.

Las hojas se amontonan en la piscina, igual que los insectos, rebusco con la red recogehojas alguna avispa moribunda, convertida en una bola, capaz de despertar de nuevo, de clavar su aguijón en la carne. Pero no hay ninguna entre los cadáveres de bichos que dibujan constelaciones junto a una colchoneta naranja medio desinflada que recuerdo allí desde siempre. Aunque el palo de la red es muy largo e impide que roce siquiera los insectos, me tiemblan las canillas, la piel se me eriza mientras imagino avispas ahogadas, alas pegadas y brillantes, hasta que los saco todos y ninguno flota en el agua. Qué puto asco. ¡Nuria, hace frío!, chilló mi madre desde la ventana de la cocina. ¿Estás loca? ¡Espérate un poco, que hay avispas! No le contesto, exagera, a estas horas ya no hay ninguna. Y me imagino a Raúl mirando desde nuestra habitación, escondido tras la cortina como hacía de pequeño, cuando mamá le castigaba y él envidiaba al resto de los niños que jugábamos en la calle. Me tiro de cabeza y las hojas mustias me rozan los brazos, las piernas y me sumerjo hasta rozar el suelo y evitarlas, hasta que solo siento el olor a cloro, el temblor de la



depuradora siempre encendida, el ruido acolchado del agua, como imagino que será el del espacio, la cabeza en la escafandra, afuera el vacío. Y floto. Me hago la muerta boca abajo. ¡Nuria, sal de la piscina! Me tapo los oídos con las manos, mis dedos se arrugan e intento parar de pensar. Pero, aunque no quiera, pienso. Pienso en mi madre que grita en el jardín, en mi piel que se arruga bajo el agua, mientras en una habitación insípida se marchita la de mi padre.

¡Nuria, bonita! ¿Cuándo habéis llegado? Reconozco a Pura en su voz de cristales rotos, me doy la vuelta y la veo tras la valla, sentada en una de las tumbonas descoloridas de su chalé de paredes salmón, enanos de jardín, enredaderas que se comen las ventanas, rosales muertos. Me saluda con efusión y me señala a un hombre que riega los arbustos, tres pelos en cortinilla que apenas tapan su calva, un bañador ceñido más allá de lo pudoroso. Este es Arturo, el hombre levanta la mano para saludarme, la tripa metida con escaso éxito porque asoma por los costados. Ella es Nuria, le dice al tal Arturo, la conocí cuando era un garbanzo y mira qué mujerona. Tengo frío y la palabra mujerona me aplasta contra el fondo de la piscina. Salgo del agua y los saludo con la mano arrugada. Es una Lolita mustia que a pesar de sus más de setenta, se sienta igual de erguida, con su bikini pequeño y rojo, su pelo cardado tras un lazo de raso. Tira la ceniza del cigarrillo con el brazo extendido, los dedos en punta. Su bronceado es irreal, naranja. ¿Cómo estás? ¿Dónde te has dejado a Juan?, me interroga. Lleva unas gafas de sol demasiado grandes y aun así veo sus ojos saltones asomar por detrás. Le gusta preguntar, pero nunca deja espacio entre pregunta y pregunta. Dile a tu madre que se eche un novio, grita, que siempre viene aquí con la cara compungida, hija, que parece un higo seco, y lo que necesita es un buen... Y mueve los brazos esqueléticos sacando músculo y le cuelga la carne y vuelve su risa que son grititos, la risa que nos despertaba de la siesta verano tras verano. Maldita sea la Pura, gritaba mi abuelo. Todo cambia con el tiempo, excepto la risa de Pura. Y ahora, cuando se carcajea, le tiembla la papada.

¡Nuria! Mi madre me vuelve a llamar y Pura pone su cara de pillá. Lo que te digo, que se eche novio y se ponga a lo suyo, así os

dejaría un poquito en paz a tu hermano y a ti, suelta. Si ni la vemos, me sorprende defendiendo a mi madre. Además, ella no necesita a nadie que le riegue el césped. Pura vuelve a reírse. ¡Hay más cosas que regar, querida! Arturo también se ríe y el chorro de la manguera se desvía hacia las tumbonas. Ella se sube las gafas de sol a la cabeza para clavarme la mirada. Oye, bonita, ¿sabes algo de tu padre? Quizá empalidezco porque vuelve a cubrirse los ojos con las gafas. ¿Quién se lo habrá dicho? No, no sé nada. Ay, perdona, cariño, es que he oído que, bueno, que creen que es él un hombre al que encontraron en las afueras de Madrid. Digo que no, pero ella insiste. Dicen que lo encontraron en una cuneta o en un bar o algo así y ahora está en una clínica de desintoxicación, ¿es cierto? Empiezo a andar hacia atrás. Ay, no sé, tonterías que dice la gente. Pero tú no hagas caso. Que la gente habla mucho sin saber. A mí me extraña que esté él en un sitio de esos, con lo recto que era y lo trabajador. Yo siempre digo, para acallar a los chismosos, que algo le tuvo que pasar, tan bueno que se le veía cuando venía aquí y jugabais en la piscina. Aunque, quién sabe, también se fue y dejó a tu madre con una mano delante y otra detrás, y el Raúl que ni había asomado la cabeza. Habla sin respirar, como si fuera un discurso estudiado. No, no sé nada, repito, aunque Pura no me escuche. Bah, seguro que no es él porque de este dicen que se casó con una mujer más joven y que tenía asuntillos raros, tú ya me entiendes. Aunque ya te digo, no será él, insiste Pura, que quizá ha olvidado que habla conmigo. Quién sabe, cariño, todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario, proclama el señor del bañador exiguo, como si estuviera citando a Descartes. Eso dicen, ¿no? Y ella se da la vuelta. Arturo, bebé, échame aceite por la espalda. Y se tumba en la hamaca como si hubiera sol y no unas nubes negras a punto de descargar la cólera de dios.

Me meto en la ducha, el agua ardiendo. La esponja, un estropajo con el que me froto, me froto, me froto. Maldigo a Pura, maldigo al pecho palomo de Arturo. Aunque, joder, ¿por qué no estoy maldiciendo a mi padre? ¿Qué le digo a mi hermano? Me hago un corte con la cuchilla de afeitar en la pierna. ¡Mierda! Es pequeño, pero sale sangre, y las baldosas blancas con flores se tiñen y con el agua la sangre se vuelve más líquida. No quiero

marearme y aprieto el rasguño con la mano. Sale sangre hasta que cubro el corte con un trozo de papel higiénico después de secarme. Recuerdo el papel higiénico que tanta gracia me hacía pegado en la cara de mi padre cuando se afeitaba.

Aún es pronto, pero mi madre ya ha puesto la mesa, el hule de naturalezas muertas, el pan cortado, las migas, las sillas metálicas que graban figuras en las piernas, la tortilla fría que viene en el coche sudando en un táper. Recuerdo la salmonelosis de Juan, entubado en el hospital, lívido como la clara del huevo, diciéndome que me quería, que sabía que había hecho cosas mal, pero que si se moría merecía ir al cielo. Él que es ateo. Y dramático y absurdo. ¿Está cuajada, mamá?, pregunto. ¿Cuajada qué? La tortilla, digo. Le molesta la pregunta. Sécate, vístete y siéntate a la mesa. Se le llena la boca de imperativos y yo me bebo un vaso de agua despacio mientras la miro. A ver si se cansa. Me visto y vengo, le suelto. Y me balanceo hacia la habitación, pasos lentos y medidos.

Cuando vuelvo y me siento a la mesa ya están cenando, en mi plato apenas un tercio de tortilla de patata, el huevo que asoma, caldoso. Me meto un trozo de pan en la boca y con la lengua hago una bola. No tengo hambre. ¿Qué hacemos mañana? ¿Quién se encarga del jardín y quién de la casa?, nos pregunta mi madre cantando, yo resoplo. Mamá, necesito dormir un poco. ¿Por qué no empezamos por la tarde? Tampoco hay tanto que hacer. Me mira como si acabara de traicionar a la familia. Cariño, tu hermano está con la tesis y no se queja tanto. Pocas veces os pido un favor. Y tú ahora estás sin hacer mucho, dice mi madre con cuidado excesivo. Raúl nos mira a las dos con media sonrisa. Sin soltar palabra. Puedes decir que estoy en el paro, mamá, no es una palabra tabú. Pues eso, que estás en el paro y tu hermano en cambio anda muy liado con la tesis y no se queja tanto como tú. Raúl solo ha escrito el índice de su puta tesis, mamá. Mi madre parece harta y me da igual. ¿Qué te pasa, Nuria? Nada, la tortilla no está cuajada y va a darnos una salmonelosis o algo, pero tú misma, le suelto y me arrepiento al instante. ¡Para estar así, te quedas en tu casa!, me grita. Rechupo la bola de pan que tengo en la boca. Pues sí, me tendría que haber quedado. Voy a por vino, dice mi hermano, que se levanta y va a la cocina. Me siento estúpida cuando le hablo así a mi madre, pero a

veces no lo puedo evitar. Ella me mira de reojo, dolida, mordiéndose el labio. Raúl vuelve con la botella y finge que no pasa nada, la abre y llena las copas. Bebe despacio, nos mira midiéndonos, sopesando el ambiente. Antes, nos dice, cuando Nuria se estaba duchando, he salido a tirar la basura y he visto por la ventana a Pura y a su amigo. No os lo podéis imaginar. Estaban los dos en pelotas, lo juro, suelta Raúl. ¡Durísimo! Mi madre y yo le miramos. No estoy seguro, pero creo que ella tenía un dildo en la mano. ¡Raúl!, grita mi madre, escandalizada. ¡Un puto consolador gigante, mamá!, se ríe. Eres un perverso, ¿te has quedado a mirar?, le pregunto. Él nos enseña un raspón en la rodilla, aún tierno. ¿Qué dices? Me he caído de bruces cuando he salido corriendo. Mi madre intenta estar seria, pero no puede evitarlo y empieza a reírse y escupe el vino por la nariz y le mancha la camiseta blanca a mi hermano y esparce sobre el mantel los restos de tortilla. Él sonrío y se llena la copa de vino, satisfecho. Sabe cómo noquearnos. Fuera ha empezado a llover con la mala hostia con la que suele hacerlo cuando termina el verano, aunque solo estamos a finales de abril.

La casa se estremece con los truenos, los relámpagos fotografían los muebles. En la habitación, mi hermano hojea el *National Geographic* tirado sobre la cama. A su lado, tres libros de física que ha traído para que cojan polvo. Agarro uno de los libros como si me interesara y al mirar la pared, al lado de mi cama, sitúo en el gotelé la cara del hombre que fuma, la que veía cada mañana cuando me despertaba. Nuria, no me rondes, dice Raúl sin levantar los ojos de la revista. ¿Qué? Que no me rondes, que ya sé que quieres hablar conmigo. Me acerco a su cama. Iba a ir a tu casa hace unos días, pero al final se complicó, me escaqueo. Ya sé lo que quieres decirme, suelta Raúl, la revista abierta sobre las rodillas. Quiero interrumpirle, pero él sigue. Ya lo sé, no te tortures con hacer el papel de hermana mayor que arrastra el peso de la familia y esas mierdas que te gustan. A veces es imbécil, pero quizá el muy imbécil tenga razón. Sé que el innumerable está en el hospital. Me vuelve a noquear. ¿Qué dices? Que Voldemort ha vuelto. Pero ¿quién te lo ha dicho? He ido a verle, me sorprende Raúl. ¿Se lo has dicho a mamá? Él niega con la cabeza. ¿Sabes por qué he ido a verle? Su voz suena tan serena que parece una

persona que no conozco. Pierdo en el gotelé al hombre que fuma y en la pared solo hay grumos. He ido a intentar adivinar qué superpoder tenía ese señor para que sigamos perdiendo el tiempo con él. ¿Y?, me tiemblan los labios. Mi hermano niega con la cabeza y deja de mirarme. Es un viejo entubado, Nuria. Un viejo entubado que no tiene nada que ver contigo, conmigo, con mamá. Con nosotros. Me siento en la cama y busco los ojos de mi hermano. Es nuestro padre, digo. Raúl lo niega. Unos cuantos genes no le convierten en mi padre. Nos quedamos callados en la cama, la misma cama donde él me preguntaba si papá era fuerte, si hablaba en inglés, en francés, si sabía conducir el Batmóvil. Mi hermano me acaricia el brazo. ¿Qué podemos hacer ahora por él?, pregunta, y yo me encojo de hombros. Me da un beso en la cabeza. Ve si quieres, pero ya verás: nada. Y vuelve a mirar la revista, a pasar las hojas, dando por terminada la conversación, como si yo ya no estuviera allí.

La luz del salón es amarilla. Prendo un cigarrillo liado con el salmo noventa y uno porque no encuentro el papel de fumar. Está asqueroso, pero me da igual, doy otra calada. Oigo los ronquidos de mi madre, oigo los ronquidos de Raúl. Apoyada en el hule dibujo una avispa en otro de los salmos. Lleva el brazo en cabestrillo, sombrero de aviadora. Quizá es por el olor del rotulador o la tormenta, que aunque empieza a amainar aún retumba en las paredes, quizá es por la bola de pan que ha quedado atascada en mi garganta, quizá es por la salmonelosis que acecha, pero estoy mareada. La cabeza me da vueltas y la apoyo sobre el hule, sobre el salmo, siento en mis piernas la silla metálica, fría. Arrugo el dibujo de la avispa, me incorporo y lo rompo en pedazos y lo tiro a la basura. Salgo al jardín a que me dé el aire. Apenas llueve, huele bien, huele a mojado, a hierba. Apago el cigarrillo y me siento en el neumático. Me columpio sin que me importe el chirriar, sin que me importe mojarme los pantalones. Lío otro cigarrillo, aunque es difícil prenderlo con el papel húmedo.

Cuando entro en casa, estoy congelada. Ni rastro del calor que hacía esta tarde. Mi cama está sin deshacer y miro a Raúl, que apenas cabe en la suya. En la oscuridad es un bulto deforme, el pie asomando por debajo, como la cola del monstruo que le daba miedo

de pequeño, que creía que se escondía al fondo del armario. No enciendo la luz para no despertarle. Me quito la ropa mojada antes de acostarme y, aunque me arropo, soy incapaz de quitarme el frío. Acaricio los grumos del gotelé como si solo tocándolo pudiera ver algo, pero no hay nada y la bola vuelve a mi garganta, no me deja cerrar los ojos.

Sin hacer ruido, me levanto y ando por el pasillo acariciando el gotelé hasta la habitación de mi madre. Está dormida, huelo su colonia en el aire, en las paredes. Me meto en su cama. Las sábanas cálidas, ella respirando como si quisiera engullir todo el aire de la habitación, pausada, como siempre. Cuando yo era pequeña me decía que era su manera de soplar a las velas del barco para ponerme rumbo a los sueños divertidos. Me arropo en posición fetal, me pego a ella. Cada vez hace menos frío, la bola se va haciendo más chiquitita. Me quedo un poco más, me digo: solo un poquito más y me vuelvo a mi habitación. Pero no lo hago.

Lo último en lo que pienso antes de quedarme dormida es en que me he dejado la biblia encima del cenicero lleno de colillas y quizá se prenda, en que tengo que levantarme, volver a mi cama, en que no quiero que mi madre me vea en la suya.

Los hospitales huelen fuerte, ni mal ni bien. Fuerte. Siempre lo pienso cuando alguien se queja del olor. A mí me gusta. Aunque tapone la nariz y se pegue en el paladar y se quede ahí durante horas, me gusta. Por lo indefinido, por lo aséptico. Te encanta ir de rarita, me dijo Raúl hace años cuando estábamos en urgencias esperando a que le enyesaran el brazo. Se acababa de caer de una escalera plegable poniendo la bombilla de la lámpara de la cocina. El hueso se veía descolocado por debajo de la piel, como si el brazo de mi hermano fuera el de un muñeco de goma. Impresionaba. A nadie le gusta el olor de los hospitales, huelen a muerte, insistía, aunque estaba pálido por el dolor. Y a vida, aquí nacen personas todo el rato, le dije yo, que me ponía más intensa aún para joderle porque estaba enfadada con él. ¿A quién se le ocurre subirse a una escalera sin que esté del todo abierta? Para haberte descalabrado, imbécil. Y no sé si estaba enfadada porque no me hizo caso o porque de repente me di cuenta de que me parecía a mi madre. Luego Raúl estuvo tres semanas con el brazo enyesado y como ella trabajaba, era yo la que tenía que prepararle las tostadas y el café y la cena y cortarle el pico del pan y pelarle la manzana. Si nunca comes manzana. Pero entonces le apetecía comer manzana, y acabé harta de él, de su brazo enyesado, de las putas manzanas.

Me duele la tripa. No sé por qué he venido, qué me voy a encontrar, a quién. Escucho el trasiego de las camillas, de la gente, de las voces por el megáfono, las caras descompuestas por las noticias, el cansancio. Pero compruebo que me sigue gustando el olor a hospital. Huelen a yodoformo, me dijo un chico una vez. Nos encontramos en una fiesta en la que ni él ni yo conocíamos a nadie, bueno, sí, a la dueña de la casa, que estaba demasiado ocupada en que todo el mundo comiera, bebiera, en cambiar la música, en angustiarse y pedirnos que bajáramos la voz. Era químico y apenas recuerdo su cara, pero sí que tenía una patilla más larga que la otra.

Y hablamos por hablar, por no quedarnos solos, yo apenas podía concentrarme en lo que decía, solo miraba sus patillas. Nos aburrimos. Aun así, me intentó besar. Quizá era uno de esos absurdos que piensan que no se puede perder la noche hablando con una chica sin más. Tuve que hacerle la cobra y luego ya me despedí, porque era incómodo seguir allí con él, con sus patillas desparejadas, con mi amiga al borde del colapso, sin apenas cerveza. Pero lo del yodoformo se me quedó grabado, como se queda grabado su olor y vuelve cada vez que pisas un hospital.

Mi padre sigue en la unidad de cuidados intensivos. Cuando llamé me dijeron que llevaba un mes allí. Hay mapas del edificio por todos lados, con colores chillones, como si estuviéramos en un puto centro comercial. En el ascensor, una anciana arrastra la silla de ruedas de su marido. Él está sonrosado, sonriente, ella parece que va a dormirse ahí, apoyada en la pared, agarrada a la silla. El hombre chasquea la lengua y bajan en el tercero. No sé quién arrastra a quién. El ascensor continúa subiendo. Me tiemblan las manos. Sudo, pero estoy helada. Las puertas se abren frente a la unidad de cuidados intensivos.

En el mostrador de control veo sentado a un enfermero sesentón con ínfulas hippies, camisa de flores bajo la bata blanca, pelo largo, gafas redondas; parece un brujo. Buenas tardes, ¿le puedo ayudar? Venía a visitar a Roberto Soto. Ajá, y sus ojos me registran de arriba abajo, como si fuera el escáner de seguridad. Es el tercer box, dice, el del pasillo de la izquierda. Debe dejar su bolso y su chaqueta junto a la puerta, me dice, y yo le doy las gracias. ¿Qué relación tiene con el paciente?, pregunta. Y no sé si es obligatorio o es un cotilla. Es mi padre. Lo digo sin pensar y oírme es una bofetada, o como si algo se hiciera realidad, como un hechizo. El enfermero me mira con sorpresa por detrás de las gafas. Usted es la primera vez que viene, ¿verdad?, pregunta, extrañado. Asiento, aunque no entiendo el retintín, y me quedo con las ganas de que me explique por qué pregunta tanto.

Me gustaría que el pasillo fuera el de *El resplandor*, con las gemelas agarradas de la mano, para poder salir corriendo. Que fuera el de la casa del terror, con Jason y la motosierra. Pero es un pasillo luminoso, limpio, los boxes como peceras de cristal por los



que la luz entra a borbotones. Me quedo parada y vuelvo a mirar el control de enfermería. ¿Alguna cosa más?, pregunta el hombre desde detrás de las gafas. ¿Cómo está el paciente?, quiero saber. Está estable, pero no ha habido avances. De todos modos, la doctora da el parte a su familia cada día. Aparece de nuevo el retintín en su voz, y me invade la tentación de ir a por un café, de volver a casa bajando las escaleras una a una, de insultar al enfermero, pero no me atrevo. ¿La familia viene todos los días a visitarle?, me envalentona. Sí, sí, todos los días, dice, como si fuera un miembro más de ese clan del que no formo parte. Pero a mediodía lo tienen difícil, ya sabe. Parece que el enfermero me anima con la mirada, así que vuelvo hacia el pasillo.

Frente al box, deseo que se vaya la luz, que sea una pecera y me ahogue el agua. Y que adentro, en lugar de mi padre, haya pececitos rojos que no pestañean. El box también huele a yodoformo y por primera vez me molesta. En una cama rodeada por máquinas que recuerdan a los Spectrum de los ochenta, hay un lío de cables, un amasijo de huesos, de sondas, de piel blanca, y no me atrevo a mirar. No me atrevo a verle la cara. Tantos años esperando y ahora no quiero que esté ahí, tras el respirador artificial. No quiero verle.

Aun así, apoyado en los almohadones, bajo la bomba de fármacos, está mi padre. Difícil reconocerle, pero es él.

Cuesta distinguir su rostro, aunque es evidente que es mi padre, un tubo en la boca, las cuencas hundidas, la piel que parece empalidecer por minutos. Apenas le queda pelo y no tiene barba. Me lo quedo mirando durante un buen rato. Los ojos cerrados. Pero los recuerdo, negros y vivos. Y entonces me viene el columpio. La piscina. Las noches a los pies de mi cama. Los juegos de pelota. Los cuentos susurrados. Ellos dos en el sofá, yo escondida detrás viendo sus cabezas apoyadas la una en la otra. Los días en los que venía tarde, y luego cuando dejó de venir. Quiero cogerle la mano para asir los recuerdos, agarrarlos y que se queden sin escurrirse tan rápido. Pero no me atrevo. Papá, soy Nuria. Los Spectrum no dicen nada. Yo creía que iban a empezar a pitar como en las películas, que mi padre iba a abrir los ojos, que me iba a abrazar: Nuria, hija. Pero los ojos cerrados, las constantes vitales dibujando

las mismas líneas, los mismos pitidos. Yo le miro la mano, la piel blanca. ¿Dónde estás? ¿Dónde has estado? Es como si ese cuerpo viniera del futuro, tan viejo, como si él no estuviera dentro. Solo haz un gesto. Dime algo.

Me atrevo a rozar la mano de mi padre, a pesar de la sonda, a pesar de que me había prometido no tocarlo, de que me había propuesto mirarlo solamente; ni siquiera hablarle. Está escuálido. Intento imaginar por qué esas arrugas tan marcadas alrededor de los ojos, ¿con quién se habrá reído? Por qué esas otras en las mejillas. Por qué tiene las manos tan ásperas, ¿en qué habrá trabajado? ¿Por qué está tan delgado? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Y me gustaría llorar, pero no puedo, no sé si por tristeza o por rabia o por el ruido de todas esas máquinas que agobian, que alteran y dan miedo. O porque en su cara veo la cara de Raúl, la cara de mi abuelo, pero no veo la suya, no veo su cara.

He ido a por churros con chocolate antes de venir, papá, donde Esteban. Ya no tienen el doble con crema, han cambiado la carta y ahora hay chocolate de algarrobo con leche de soja. Le he preguntado al camarero que qué porquería era esa, tú le habrías preguntado lo mismo, ¿a que sí? Esteban no estaba. Los churros son menos aceitosos también. No saben a nada. ¿Has ido últimamente? Son asquerosos. Mi padre no se mueve, no cambia su expresión, no varía la línea en el Spectrum. Y pienso en que a esa churrería fui con mi padre quizá una vez o dos. Con quien he ido bastante es con mi madre, con mis amigas, con Raúl, con los abuelos. Él seguro que ni siquiera la recuerda.

Me quedo ahí, pegada a la cama, donde imagino que se queda su mujer cuando viene y le peina el poco pelo con agua de colonia. Y me pregunto por qué ella no está aquí y miro el pasillo cada poco, por si llega, para irme corriendo. Al agachar la cabeza veo una mancha en su brazo. Una mancha marrón que le recorre el antebrazo y se detiene en la muñeca. En un impulso, la toco levemente, apenas la rozo, quiero saber si es real, y, al acariciarla, me estremezco. Solo se distingue por su color, café con leche, una forma alargada que va desde la muñeca hasta la parte de atrás del codo. Miro con fijeza esa mancha que nunca vi antes, que no

recuerdo. Y no me atrevo a tocarla de nuevo porque sé que no existe, que nunca existió.

No me queda duda de que es él. Es mi padre. Parece que sonrío, que está tranquilo como cuando se dormía en el sofá y yo le mesaba la barba. Y en su cara está Raúl, y un poco yo, también. Estamos los dos en sus ojos cerrados. Pero nunca estuvimos en esa mancha. No puedo recordar esa marca marrón, ese mapa alargado en el brazo de mi padre. La bola en mi garganta crece tanto que me quedo sin aire, que me ahogo como cuando me pica una avispa. Me ahoga el olor a colonia, el olor a yodoformo. Ver esa mancha.

Salgo al pasillo para coger aire, para dejar de mirar su cuerpo inanimado, para olvidar que he visto esa marca desconocida. Distingo más amasijos de huesos, más despojos de piel en otras camas, en otras peceras desde las que también se oyen pitidos. Corro hacia la salida, al pasar por el control de enfermería, el hombre me hace un gesto. ¿Todo bien? Asiento sin detenerme. Por el pasillo esquivo a una chica, también a una pareja con un ramo de flores. En el ascensor recupero el resuello. Antes de que se cierren las puertas, veo que la chica con la que me he cruzado se para frente al box de mi padre. Parece de mi edad. Debo volver, preguntarle, entender. Pero antes, tengo que salir a la calle para recomponerme. Necesito quitarme el puto olor a yodoformo.

Me apoyo en un coche cualquiera. No encuentro el mío. Apenas puedo respirar, pero necesito un cigarro, tapar el olor a hospital con alquitrán, con humo. Me cuesta encenderlo, me tiemblan las manos. ¿A cuántos metros del edificio estaba permitido fumar? A mi alrededor los coches brillan. Capotas metalizadas que rebotan colores a la luz del sol. Uno de esos debe de ser el mío. No recuerdo dónde he aparcado. Fijo la mirada en la entrada. Desde aquí puedo ver salir a esa chica, pero no sé si quiero. Tengo la imagen de la mancha en el brazo de mi padre pegada a mis pupilas, la veo sin siquiera cerrar los ojos. Nosotros en la playa jugando a darnos la vuelta como leones marinos. En el jardín librando una batalla a manguerazos. Las arrugas en la cara de mi padre entorpecen los recuerdos. Y el pelo ralo, blanquecino, no es como lo imaginaba. La boca en esa mueca extraña, ni seria ni sonriente, inexpresiva. Muerta.

Al fin veo la capota blanca, sucia, mi Opel Corsa torcido, quitándole espacio a la camioneta de al lado. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había aparcado así, como si solo estuviera yo en el hospital. Hace calor, al meterme en el coche, me quemo las manos con el volante. Bajo las ventanillas para refrescar el aire. Pienso en irme a casa, llamar a Lucas, bajar a tomar una cerveza. Pero me quedo ahí, asándome, el aire acondicionado a tope, los ojos en la puerta del hospital. Empiezo a liarme otro cigarro y entonces la veo salir. El tabaco se me escurre del papel, me cae por las piernas. Intento recogerlo, pero al moverme se me escapa de las manos, me cae en el vestido. Mierda.

Ella camina hacia el aparcamiento decidida, con prisa. Es alta, más que yo, y es delgada, elegante. Al llegar, alarga un mando a distancia y abre su coche, un monovolumen azul. Yo arranco, y con el motor en marcha espero a que salga del aparcamiento. El tabaco entre las piernas, el papel y el filtro perdidos entre los pedales.

Cuando veo su coche enfilarse hacia la carretera, salgo tras él y también tomo el primer desvío a la derecha, las mismas salidas en cada rotonda. Y al poco estoy en la M-30 persiguiéndola entre el tráfico.

Cada vez hay más circulación y se me hace difícil seguirla. Aun así, no la pierdo de vista, su coche azul metalizado, la antena doblada, la matrícula acabada en siete, la pegatina de bebé a bordo. ¿Ese bebé será de mi padre? El monovolumen cambia de carril en el último momento y gira a la derecha. Doy un volantazo y cruzo dos carriles en diagonal obligando a frenar a un par de coches. Recibo el quejido de las bocinas, imagino insultos que no puedo oír gracias a la radio, al ruido del aire acondicionado. Mi móvil empieza a sonar. Veo por el manos libres que me está llamando mi madre. No respondo.

El monovolumen gira a la izquierda y se detiene en doble fila frente a un colegio; la calle llena de padres, de coches. Enciendo los cuatro intermitentes y me quedo también en doble fila. La veo salir del coche. De nuevo con prisa, rebuscando en el bolso hasta que saca un bocadillo envuelto en papel de plata. La pierdo entre el montón de gente que espera frente a la puerta del colegio. Salgo de mi coche y la busco con la mirada. Al fin la distingo entre la multitud. Debe de ser de mi edad, pero al mismo tiempo parece mayor. Por la actitud. Por la ropa, quizá, elegante y cara. O por el dominio de esos tacones finos, de ejecutiva, de señora. Está junto a una mujer de cuerpo gallináceo, melena rubia decorada con mechones rosa y un hombre barbudo y pálido. Me acerco.

Me quedo allí de pie, tras ellos, escuchándolos. La mujer de las mechones rosa habla sin parar, ni siquiera parpadea, gesticula demasiado. Que salgan a las tres me mata, dice, tengo que recoger a Vera, dejarla donde mis padres y volver al curro. Y muchos días a las cuatro me toca a mí dar biodanza a los chavales y me noto con la energía muy baja, estoy agotada, se queja mientras con una mano dibuja círculos frente a su pecho. Hoy ni he comido. Y ya no sé qué voy a hacer en verano. El tipo barbudo dice que él trabaja en casa, que su hija se puede quedar con su hijo jugando algunas tardes, que él los recogería a los dos. Ay, no sabes cómo te lo agradezco, quizá te tome la palabra. Se ríe y le da un codazo a la

chica. Este Jorge es un tesoro. Y ella solo asiente, sonríe, no dice nada.

Se abren las puertas y salen los niños en estampida, gritando, sucios y felices. Una niña grandota y mofletuda arrastra la mochila con una mano y a un niño menudo y blancuzco con la otra. Ella se abalanza sobre su madre, la de las mechas, y la abraza; el niño se agarra a la mano del barbudo sin siquiera saludarle. Tras ellos, un cr o rubio y ojeroso, de unos cuatro años, con el mismo gesto serio de la chica se acerca a ella corriendo y le arrebató el bocadillo de la mano. Ella sonríe por primera vez, le despeina. Me quedo atontada mirando al niño, buscando un gesto, un rasgo. El barbudo se despide de las dos mujeres y se aleja con su hijo, ellas se quedan hablando. Podr a presentarme, soy Nuria, la hija de Roberto; podría pedirle perdón por seguirla, invitarla a un café.  Ser  ella también su hija?  Ser  su mujer, su cuidadora? La chica agarra la mano del niño, la de las mechas tiende una manzana a su hija, que la coge con avidez, y los cuatro se dan la vuelta para irse. Me quedo frente a ellas, que me miran con sorpresa al ver que me interpongo en su camino. Hola, digo mirando a la chica, que me responde con otro hola. Tiene una voz gruesa, casi masculina, y unos ojos que más que mirar escrutan. Me quedo de pie, callada, ellas me miran esperando que hable, esperando una reacción.  Quer as algo?, pregunta la chica. Soy periodista, suelto, estoy haciendo un reportaje y me gustaría hacerle unas preguntas.  A mí?, se sorprende,  por qué a mí? Porque, porque, porque es un reportaje sobre madres. S , sobre madres, le regalo una sonrisa forzada que me estira las mejillas. Señalo a su hijo, que se come el bocadillo, mientras la hija de la de las mechas intenta alisar el pelo del niño, todo bucles dorados, con las manos pegajosas por la manzana.  Sobre madres, qué?, pregunta y, no s  si es mi imaginación, pero sus ojos se quedan congelados en los míos apenas un segundo. Sobre la maternidad hoy, digo. Uy, yo te cuento lo que quieras, bonita, dice la de las mechas, y rompe el silencio raro que flotaba entre las tres. Vuelvo a mirar a la mujer de mi padre, o a la hija de mi padre, o a lo que sea de mi padre. Me gustaría entrevistarte, insisto, es sobre madres estresadas. Vaya,  mi tema preferido!, proclama la chica de las mechas. Creo que es la enfermedad del siglo XXI, yo

trabajo con distintas terapias para aliviarlo. La interrumpo, madres estresadas, madres trabajadoras, madres... ¿Y por qué a mí?, me corta la chica. Parece molesta. O me está retando. No, no, me gustaría entrevistaros a las dos, les digo, ya que no me puedo quitar de encima a la mujer de las mechas, que cambia de posición a cada poco para interponerse entre la chica y yo. Es un reportaje sobre diferentes puntos de vista de las madres en la actualidad, les digo. Ya he entrevistado a varias mujeres. ¿Y qué ves de especial en nosotras?, la chica se dirige a mí, siempre seria. Eso lo veremos en la entrevista, invento. El reportaje va a mostrar distintas miradas sobre algunas madres en la misma ciudad. Qué interesante, dice la de las mechas, nosotras no tenemos nada que ver, señala al hijo de la chica, yo nunca le daría un bocadillo a mi Luci, por ejemplo, la harina refinada es uno de los venenos blancos más extendidos. Genial, la corto de nuevo, porque busco perfiles distintos, con diferentes ideas sobre la crianza, me invento, de diferentes entornos sociales. Madres que trabajan, madres amas de casa. Madres todas. Iguales, pero diferentes. Yo escogí ser madre soltera sin el apoyo de mi familia, dice la de las mechas, que asiente todo el tiempo, sonriente, encantada con mi propuesta. Te puedo contar lo que quieras de eso, si ayuda a las siguientes, ¡bienvenido sea! La chica, en cambio, cada vez parece más molesta, más harta. Se come las uñas y no aparta la mirada de su hijo, minúsculo al lado de la niña, que sigue estirándole los rizos. ¿Para qué revista es?, pregunta, brusca. Me quedo un momento parada, hasta que empiezo a rebuscar en el bolso y doy con la tarjeta de la revista para la que trabajaba, en la que está el nombre de la jefa de redacción, tarjeta de la que siempre llevaba un montoncito en el bolso para cuando me caía alguno de esos marrones en forma de artículo que me tenían harta. *Be Yourself*, la revista de las mujeres de hoy, digo, tendiéndole la tarjeta color rosa chicle, algo arrugada. Entonces, ¿os puedo entrevistar?, insisto. La chica desvía su mirada ahora a su hijo, ahora a su reloj. El pequeño se agarra a los pantalones de su madre, la niña se pone al lado de la de las mechas y se come su manzana dedicándome toda su atención, pose adulta, mirada seria. Su madre va a hablar, pero yo miro a la chica, como pidiéndole una respuesta. Hoy me viene fatal, y suena tensa y clava sus ojos en los

míos, ¿me sigue retando? No, no hace falta que sea hoy. Cualquier día de esta semana, insisto. Me agacho, sonrío al niño y le acaricio el pelo. El reflejo de la chica es cubrir a su hijo, molesta porque me he acercado a él. Cada vez hay menos gente en la puerta del colegio y la chica vuelve a mirar el reloj varias veces. ¿Vengo aquí a esta hora y os invito a un café?, les pregunto. Es una entrevista cortita, cuatro o cinco preguntas. Pongo la cara de súplica que nunca me ha fallado. Desde niña. Venga, Laura, será divertido, dice la de las mechas. Así te despejas de todo el rollo y le hacemos un favor a esta muchacha, ¿no?, la zarandea con ganas, abrazándola por detrás y Laura, seria, apenas cambia su expresión. Al menos ya sé que se llama Laura. Ella se encoge de hombros. Os prometo que no será más de media hora, les digo. Venga, pero media hora, responde. Quizá acepta para deshacerse de mí. Me observa con desconfianza mientras me dan sus números de teléfono, yo escribo el mío sobre la tarjeta. Mejor os apunto mi móvil, ¿vale? Que este es el número de la oficina y nunca estoy, y tacho el teléfono que aparece en la tarjeta para escribir el mío. ¿Mañana, entonces?, insisto. Asienten. Gracias, Inés, me dice la de las mechas tras buscar mi nombre en la tarjeta que les acabo de dar. Gracias a vosotras, Laura, digo. Gracias... Y la de las mechas me acaba de decir su nombre y no me acuerdo. Susi, me vuelve a decir, ¡Susi! Me despido de ellas y su hija mueve la mano para decirme adiós, sonriente. Yo les doy las gracias de nuevo y voy hacia el coche.

Apenas me he dado la vuelta y ya estoy arrepentida. ¿Qué cojones acabo de hacer? Si llaman a la revista y preguntan por Inés o por el dichoso reportaje... Mierda. Qué facilidad para mentir, qué facilidad para el ridículo. Cómo me gusta meterme en líos. ¿Qué hostias me pasa por la cabeza? Me giro, descubro que Laura tenía los ojos fijos en mi nuca y, al mirarla, los aparta con disimulo. Habría sido mejor presentarme en el hospital. Con normalidad, joder, Nuria. Como una persona adulta. Hola, ¿qué tal? Soy la hija de Roberto, el enfermero me ha dicho que eres familia suya. ¿Quién eres? ¿Cómo está? ¿Qué sabes de él? ¿Qué es para ti mi padre? ¿Cómo se ha portado contigo? ¿También ha sido un desgraciado invisible o ha estado presente en tu vida? He visto demasiadas películas. Si Raúl se entera de esto, me mata.



Me meto en el coche. Antes de arrancar, busco entre los contactos favoritos del móvil. Llamo, suenan dos pitidos y Lucas descuelga. Nunca falla, siempre tiene el móvil pegado a la mano. Aló, Nuria HelpLine. Para hablar de Juan, pulse uno, para hablar de frustración profesional, pulse dos, para tema *random*, espere a ser atendida. No seas imbécil, Lucas, le corto. Se ríe al otro lado. Va, dime, que estoy en la revista y tengo que seguir. ¿Esta noche tienes un hueco? Sí, claro, Nuria HelpLine *twenty four hours* a su servicio. ¿Unas cervezas?, le pregunto. Lucas vuelve a reírse. Por tu voz adivino que tendrías que haber pulsado todos los botones a la puta vez. ¡¿Lucas?! Sí, venga, pesada, a las nueve paso a por ti, pero luego me largo, que he quedado con Salva y creo que va en serio. Oye, le digo, ¿te cayó a ti el marrón del artículo ese sobre madres? Pues claro, ¿a quién si no?, me responde. ¿Y ya salió?, le digo. Sí, en el último número. Mierda, pienso, ojalá ni Laura ni la de las mechas lo vean. ¿No lo leíste? Eres la hostia, nena. Pues para que lo sepas, me quedó de puta madre una viñeta de una tipa con un sacaleches en medio de una reunión de ejecutivos trajeados. Quiero mentirle y decirle que sí, que me suena, pero, como siempre, cuelga sin despedirse y me deja con la palabra en la boca. Entra un mensaje de mi madre: ¿Sigue en pie lo de las cuatro? Joder, había quedado con ella para acompañarla a comprar el regalo de cumpleaños de Raúl. Si no hay tráfico puedo llegar a tiempo, pero me siento incapaz, ahora no puedo verla. Le respondo que me perdona, que se me hará tarde porque tengo una entrevista de trabajo, que siento no haberla avisado. Hoy tengo una facilidad pasmosa para mentir. Me siento mal nada más mandarle el mensaje. Y guardo el móvil en la guantera para quitarlo de mi vista.

Rebusco en mi bolso por si me queda tabaco. Nada. Un par de hebras pegadas a un pintalabios, cuatro monedas color cobre, los chicles, la cartera medio abierta. Qué tristeza. Arranco y hago maniobra para cambiar de sentido. Veo a Laura por el retrovisor, juguetea con el pelo de su hijo, que se come el bocadillo sin apartar la vista de mí. Mis ojos me reprenden desde el espejito de la visera del coche, y yo me pongo las gafas de sol. Al fin logro enderezar y me alejo del colegio. Al pisar el acelerador me doy cuenta de que

aún me tiemblan las piernas. De que tengo unas ganas enormes de fumarme otro cigarro.

Raúl se subía a los hombros de ese señor y chillaba porque estaban a punto de pasar los Reyes Magos. Y le gustaban las carrozas, la gente disfrazada que bailaba, los caramelos que lanzaban por todos lados, la música que a ti ya te tenía harta. Estaba nervioso. Lo sabías porque se reía a gritos, porque daba saltos, porque apretaba los dientes y parecía que se iba a partir las muelas de leche.

Seguía creyendo que los Reyes Magos venían en camello desde Oriente, por mucho que tú le contaras que se tardaba tanto que ni te podías imaginar qué día tenían que salir de allí para llegar a vuestra casa; para llegar a todas las casas encima de un camello. Por mucho que tú le preguntaras qué edad tenían ya o si eran inmortales o por qué sabían todos los idiomas o por qué cada año tenían una cara distinta. Él siempre tenía una respuesta: los Reyes son magos y se cambian la cara todo el tiempo para que los periodistas y los niños no les molesten por la calle. Viajan en camello, pero cuando van muy lejos cierran los ojos y se mueven rápido, con magia. Y tú envidiabas creer en esa magia. Envidiabas creer en ese señor.

Ese señor estaba en casa desde hacía meses. Siempre estaba en casa, aunque tuviera la suya. A veces, tu madre estaba trabajando y él estaba allí con vosotros y se comía vuestro queso, se bebía vuestra leche, vuestra Coca-Cola. Se sentaba en vuestro sofá y no os dejaba ver *Bola de Dragón*. Su nombre era Javier, como el de tu amigo Javi, pero él, porque era grande, quería que le llamarais Javier. Tú le llamabas «señor» porque ni siquiera tenía cara de Javier, sino más bien de Pedro o Miguel Ángel o Toño, como el perro de tu amiga Sara. Y para él, el nombre de Señor era gracioso, pero a tu madre le enfadaba. ¿Qué ibas a hacerle? No te salía llamarlo de otra forma. Tenía el labio raro, parecía un conejo. Un día te contó que nació con el labio de arriba partido en dos, como unas cortinas que se abrían, y por eso los doctores habían

tenido que cosérselo. Después de explicártelo, te agarró los dedos y los pasó por debajo de su nariz, por esa raya torcida que le ponía la cara rara, como si todo le oliera mal. Te dio asco, pero no dijiste nada, y durante todo el día, aunque te lavaste las manos un montón de veces, tuviste las cosquillas de esa cicatriz rasposa en los dedos.

Ese señor te llamaba Nuri, aunque ya le hubieras dicho que odiabas que te llamaran así. Se sentaba en tu sitio cuando venía a cenar porque quería ver los partidos de fútbol y a ti te dejaba de culo a la tele. Arrugaba las páginas de tu cómic de Batman porque las pasaba rápido para que creyeras que lo estaba leyendo, como si no supieras que no le interesaba. Tu madre le miraba raro y le hablaba cantando como si fuera boba. Porque tu madre parecía boba desde que Javier estaba siempre en vuestra casa y andaba como con sueño, riéndose todo el tiempo. A ti te daba igual, tú tenías siete años y habías decidido que, si tu madre había buscado ese padre para vosotros, te escaparías y ya está. Te quedaban once años para ser mayor y saberlo todo, pero antes de eso encontrarías a tu padre de verdad y él te daría de comer y te compraría ropa con menos lazos que la que te compraba mamá. Y sin tantos adornos que picaban en el cuello.

A Raúl no le molestaba que ese señor estuviera en casa y se reía de sus bromas como si no fueran una grandísima tontería, como si no fuera un calvo con coleta de chica que disimulaba poniéndose los pelos por toda la cabeza. A Raúl le gustaba jugar al parchís o salir a pasear con él aunque no estuviera mamá. Le gustaba acompañarlo al cine. El pobre pensaba que porque viniera a casa, ya era su padre. Por eso saltaba como loco sobre sus hombros mientras esperaba a los Reyes. Pensabas que tu hermano se creía todas las mentiras y querías contarle la verdad, que los Reyes Magos no existían, que ese señor no era vuestro padre y solo venía a casa para dormir con mamá y tocarle las tetas, para comerse vuestra comida y ver vuestra tele. Pero Raúl era pequeño y a lo mejor no te creería y se pondría a llorar y serías mala para siempre.

Mamá también estaba contenta en la cabalgata. Te agarraba de las dos manos y te movía para que bailaras, pero a ti no te apetecía. Raúl empezó a saltar más alto y casi tiró a ese señor, que tampoco

era tan fuerte. ¡Melchor, Melchor, Melchor!, gritaba tu hermano. Y tu madre y ese señor empezaron a gritar con él. Todo porque un hombre disfrazado con una barba blanca y una capa pasaba saludando sentado en un trono. Había unos niños vestidos de paje que tiraban caramelos y tú intentaste coger un montón. Los esconderías debajo de la cama y el día en que le contaras toda la verdad a Raúl, se los darías para que no se enfadara contigo. Aunque no sabías si te atreverías, siempre era buena idea tener caramelos escondidos. Tenías una cajita atada a las maderas de debajo de la cama y ahí guardabas tus tesoros, tus objetos secretos, tu diario, tus cromos, los botones brillantes que te encontrabas por casa de los abuelos. También escondías una carta. La habías escrito tú con letras que habías recortado de muchas revistas y luego pegabas en un folio formando palabras. Te había dado la idea tu amiga Sara, se le había ocurrido viendo una serie que ponían en la tele por la tarde y que a veces veáis con su abuela, *Belleza y poder*. En uno de los capítulos, una loca enamorada de un hombre casado le escribía una carta así a la esposa de él en la que le contaba que su marido estaba con otra. Sara te había ayudado a preparar la carta para tu madre. Os habíais inventado que alguien había visto a Javier dándose un beso con una mujer muy guapa y rubia y con el pelo largo cerca del quiosco de Trini. Sara te decía lo que tenías que poner, cosas como «Javier tiene otra novia», «enamorado» o «amante». Esa última palabra habías tenido que preguntarle qué significaba porque no la habías oído nunca, jamás. A lo mejor tenía razón la señora Ana, vuestra maestra, cuando le decía que veía mucha tele. Sara quería que mandarás la carta enseguida y te decía que le hicieras caso porque era un año más mayor que tú y sabía más cosas, aunque en realidad, pensabas a veces, si supiera tanto no habría repetido curso. Tú no estabas muy segura de su idea y desde hacía semanas la carta seguía escondida y no te atrevías a dejarla en el buzón. Había quedado un poco fea porque tenía letras muy grandes pegadas al lado de otras muy pequeñas, pero es que no era tan fácil encontrarlas todas y que encima fueran iguales. En ocasiones, por las noches, si Raúl estaba dormido, leías la carta un montón de veces y volvías a esconderla

cuando él empezaba a moverse en la cama porque te daba miedo que abriera los ojos, que te descubriera.

Raúl siguió saltando, nervioso, cuando pasó Gaspar, pero sobre todo cuando pasó Baltasar, un señor con la cara pintada de negro y los labios de rojo, como una chica. Era su rey preferido. También había sido el tuyo. Hasta que te diste cuenta de que si Baltasar era negro, no tenía por qué andar pintándose la cara. Lo habías pensado hacía tiempo, cuando viste una foto tuya en la que tendrías tres años o menos. Estabas al lado de Baltasar, tu mejilla con una mancha negra después de darle dos besos. Al ver la foto, habías descubierto que el rey era el padre de tu amigo Fran. Fue entonces cuando supiste que lo que te había dicho tu madre todos esos años era mentira y que Sara tenía razón, los Reyes Magos eran un invento de los mayores.

De camino a casa, Raúl seguía pesadísimo, no paraba de hablar. Agarraba a tu madre de una mano y a Javier de la otra. Ellos le decían que saltara y él abría mucho la boca en cada salto. Tu madre te cogió con la otra mano y te miró, contenta. Tú hiciste como que también estabas contenta, sonriendo mucho, con las mejillas estiradas, pero te dolía la tripa porque, desde que estaba ese señor, tu madre y tu hermano se habían vuelto raros. Tú eras la única que seguía siendo normal.

Cuando llegasteis a casa, mamá y ese señor sacaron una cena muy rica, y luego os comisteis el roscón y Raúl y tú le quitasteis toda esa fruta asquerosa que tenía por encima. Era de los de nata por dentro, aunque a ti te gustaba más el que tenía chocolate. Ese señor había comprado el de nata porque era el preferido de mamá. En tu trozo salió el haba, y mamá y el señor se rieron y dijeron que te tocaba pagar el roscón. A ti te dieron ganas de llorar, pero seguías mostrando una gran sonrisa, con las mejillas estiradas. A él le salió una figurita de un Rey Mago y tu madre le puso la corona en la cabeza. Te acordaste de que en las últimas navidades la figurita le tocó al abuelo, que te dio la corona a ti, y te habían hecho tantas fotos con la boca manchada de chocolate y la corona en la cabeza que te habría gustado no irte a dormir nunca.

Mamá se fue a la cocina para hacer café y dijo que había oído ruido en el balcón, que debíais asomaros porque a lo mejor eran los

Reyes. Raúl empezó a gritar que le habían traído el Scalextric. Javier insistía en que lo único que se merecía era carbón mientras le hacía cosquillas y él quería enfadarse, pero no podía porque no paraba de reírse. Tú habías pedido unos patines y una Barbie Malibú y sabías que iban a estar en el balcón porque tu madre había ido al Toys'R'Us y te lo había comprado todo, lo había empaquetado y lo había dejado ahí, como si fueras mema y aún pensaras que los Reyes eran de verdad.

Raúl salió corriendo al balcón para ver los regalos, también querías estar contenta y saliste detrás de él. Mamá y Javier fueron con vosotros y os miraban, sonrientes, agarrados de la mano. Ahí estaba tu caja fucsia con la Barbie Malibú, que llevaba el pelo peinado con muchas ondas y para arriba, como te habría gustado que fuera tu pelo, rubio y tan bonito. También estaban tus patines, seguro que te quedaban perfectos porque tu madre era la única que sabía medirte los pies. Ese señor te señaló un paquete que tenía tu nombre y no te esperabas. Cuando lo abriste, casi se te paró la respiración: era un cómic de Batman. Pero era diferente de los otros que tenías, era viejo y tenía unos dibujos bonitos y con colores antiguos. Viste que tu madre os miraba con la cara de boba a ese señor y a ti. Él también te miraba, y te pusiste seria para que no supieran que el cómic te había gustado tanto que lo ibas a leer todos los días por lo menos tres veces.

Raúl ya estaba en el suelo del salón abriendo a tirones la caja del Scalextric. Tu madre gritaba que te probaras los patines y no paraba de reírse. Te quedaban bien y te habría gustado salir a la calle para patinar e irte superlejos, hasta la Pedriza o más. A ese señor también le habían dejado algo los Reyes, una caja alargada con una bufanda a cuadros. Qué guapo está Javier, niños. Raúl ni siquiera lo miró porque estaba como loco montando el Scalextric y tú hiciste como que no habías oído nada. Para mamá había una caja grande, envuelta con un papel muy bonito y un lazo. Dentro había un jersey rosa y, claro, supiste que era el regalo de ese señor porque le gustaba demasiado el color más ridículo del universo. De dentro del jersey cayó un paquetito. Era cuadrado y pequeño, y al verlo tu madre se puso tan roja como tu libro de sociales. Javier le decía que lo abriera, que qué esperaba. Y tu madre le miró con cara

rara y os miró a vosotros. Se dijeron algo muy bajo como si no os dierais cuenta. Tu madre estaba cada vez más roja y le entró esa risa que la ahogaba y que parecía no tener final. Abrió la cajita y dio un grito. Un grito que era de alegría pero que a Raúl y a ti os asustó. Empezó a dar saltos y abrazó a ese señor y empezó a decir sí, sí, sí quiero. Y se quedaron abrazados en medio del salón. Entonces supiste que en la caja había un anillo y que ese señor iba a estar en casa todos los días, que te obligarían a ponerte un vestido rosa en su boda y te dieron tantas ganas de llorar que te fuiste corriendo al baño. Cuando volviste seguían abrazados y Raúl también les abrazaba. Tu madre tiró de ti para que te unieras. Te molestó mucho estar metida en medio de mamá y ese señor como si fueras el jamón del bocata. Te dolía la oreja de estar ahí, encogida. Tu madre te enseñó el anillo. Era bonito, con una piedra de cristal, y el dolor de tripa se te agarró más fuerte. Te imaginaste que tu madre os pediría a Raúl y a ti que llamarais papá a ese señor. Raúl y él estaban juntos montando el Scalextric, y tú pensaste que papá solo se lo llamarías a tu padre de verdad, y te fuiste a dormir porque ya estabas harta de tanta tontería.

El lunes tardasteis un montón en llegar a la escuela, aunque ibas montada en tus patines, porque Raúl se entretenía con los juguetes nuevos, en cada cuesta tiraba los coches a ver cuál llegaba antes abajo. Y tu madre no se daba cuenta de la hora que era y se paraba a charlar con cada persona que conocía. Tú tirabas de Raúl y le decías a tu madre que os teníais que dar prisa, pero tampoco ibas muy rápido porque pensabas todo el rato en tu madre vestida de blanco casándose con el pesado de Javier. Tenías ganas de escaparte. Imaginaste que, como en esa película en la que viajaban por el tiempo con un coche antiguo, las fotos con tu padre se estaban borrando. Primero sus brazos, luego sus piernas, luego su tripa, así hasta que su cara desaparecía de todas vuestras fotos.

Al volver a casa, ni lo pensaste. Fuiste a por la carta de debajo de la cama para dejarla en el buzón. Estaba pegajosa de tantas veces que habías puesto y quitado algunas letras. Te daba un poco de miedo, pero sabías que tenías que hacerlo. Lo habías hablado muchas veces con Sara y era la única solución. Metiste la carta en el buzón de la entrada del edificio y te fuiste corriendo a casa de tu



amiga para que tu madre no notara nada. Jugasteis con las Barbies toda la tarde, pero no te podías concentrar en la historia que se había inventado Sara, vuestras muñecas descubrían que eran hermanas cuando ya tenían dieciséis años y las dos estaban enamoradas del mismo Ken. Y no podías parar de pensar en la carta.

Esa tarde, a tu regreso, tu madre y ese señor se habían puesto guapos y se iban a cenar por ahí. Tu madre os dijo que podíais comer pizza, aunque no fuera ningún día especial. Os puso la mitad a cada uno en un plato. Era la que más te gustaba, la que tenía muchos quesos diferentes, hasta uno con cosas azules que sabía raro, pero riquísimo. Por la noche, patinabas por un pasillo muy largo que parecía que no tenía final ninguno. Querías patinar más deprisa para salir de ahí, te ahogabas y querías gritar, pero tenías la boca cosida y no podías abrirla y entonces te tropezabas con unas cortinas muy largas que empezaban a enredarse alrededor de tus pies y, sin saber cómo, te colabas por un agujero que parecía que tampoco se acababa nunca. Y caías y caías y caías, hasta que, al llegar al suelo, había un avispero que pisabas sin querer con las ruedas de tus patines y cuando empezaban a salir las avispas, te despertaste.

Corriste a la habitación de tu madre y por el pasillo solo oías los latidos de tu corazón que tapaban hasta los ruidos raros de la nevera. Abriste la puerta para subirte corriendo a la cama de mamá y dormir con ella. Pero al encender la luz para que se despertara, viste que estaba dormida con ese señor abrazado a su espalda. En la mesilla de noche estaba tu carta abierta. Él se dio la vuelta y, al verte, te preguntó si estabas bien, pero tú apagaste la luz sin decirle nada, cerraste la puerta sin mirarle y regresaste a tu habitación. Aún tenías ganas de llorar, pero te aguantaste y te metiste en la cama. Sabías que no ibas a poder dormir más, así que sacaste la linterna y te pusiste a leer tu nuevo cómic de Batman debajo de las sábanas. Te daba un poco de miedo, sobre todo por el Sombrerero Loco, un malvado que era la primera vez que veías y que sabía controlar las mentes de todas las personas que vivían en Gotham. Cuanto más leías, más te dabas cuenta de lo que pasaba, ese señor era como el Sombrerero Loco y controlaba la mente de mamá, la de Raúl. Por

eso estaban tan raros, por eso parecían medio tontos. Supiste que tenías que hacer algo. Pensaste que la solución era entrenar muy duro como Batman para ser fuerte, para aprender a defender tu mente de los ataques. No había un plan mejor, tenías que esforzarte porque tú eras la única que te habías dado cuenta de lo que pasaba. Y solo tú podías salvar a Raúl, solo tú podías salvar a mamá.

Me despierta el sol o quizá son los ronquidos de Lucas. Está en el sofá, pero le oigo desde mi cama. Mi cama en alto para aprovechar los escasos metros cuadrados de la casa, para poder encajar un armario debajo y tener la sensación de un dormitorio, de un salón, aunque solo haya una puerta en todo el piso para separar el baño y otra para salir al balcón. Gracias, mercado inmobiliario. Al principio, me daba vértigo acostarme aquí. Es una cama de obra, no se caerá aunque des saltos, me decía la chica de la agencia inmobiliaria, moño de bailarina, falda de tubo, tacones de aguja, mientras me guiñaba el ojo, controlaba su reloj, sonreía y echaba un vistazo a su carpeta. Pero, a pesar de su mira qué luz, mira qué elección de colores, mira la cantidad de altillos para guardar cosas, porque las chicas, ya sabes, ¿dónde vamos a meter tantos zapatos?, y pleno centro, cariño, pleno centro, le costaba disimular en su mirada la pena de quien nunca viviría en un estudio tan pequeño porque tiene un piso de al menos dos habitaciones, armarios empotrados, calefacción central. Aun así, me encanta mi casa. Techos altos. Cocina blanca, electrodomésticos metalizados. Paredes claras que engañan a la vista y dan una falsa sensación de amplitud. Muebles grises, suelo blanco, resplandeciente. De diseño, chica, de diseño. Y yo le decía: sí, bueno, de diseño Ikea, y ella se reía porque ya sabía que iba a firmar, que iba a alquilarlo, y el resto le daba igual. Seguro que pensaba que yo era otra jovencita incauta que quería vivir en el centro. Pero a mí lo que me enamoró fue la luz que entra a raudales por el balcón y da en mi escritorio, la luz que me obliga a sentarme a dibujar durante horas.

Mi madre no lo entiende. Cuando viene a buscarme, haga frío o llueva, siempre me espera abajo. Cuando sube se agobia, le dan calores. Se pone un vaso de agua porque se ahoga, y termina mojándose la cara, el cuello. Al principio de cada visita, todas y cada una de las veces, dice que es por la menopausia, pero, aunque

intente fingir, siempre me pregunta cómo no me da un ataque en esa casa tan pequeña, cómo puedo vivir así. Y acabamos discutiendo cuando le digo que solo me cuesta quinientos euros. ¿Tanto dinero pagas por este agujero?, repite cada vez, aunque le diga que a mis treinta y pocos no tengo ganas de compartir piso, que el buen rollo de *Friends* es una mentira del mundo capitalista para tenernos felices conviviendo siendo adultos, que si quiero una habitación más, me arruino. Ella siempre sale con lo de que vuelva a casa hasta que vengan tiempos mejores. Y no sé cómo explicarle que en mi oficio no hay tiempos mejores, al menos no creo que los haya para mí. No sé cómo explicarle que si vuelvo nos matamos. Si ya nos peleamos en esos desayunos que ha impuesto un sábado al mes, y en las comidas de los domingos. Ella aprovecha cualquier descuido para insistir en lo mismo, en que me vine muy rápido cuando Juan y yo lo dejamos. Que con lo bien que estábamos Juan y yo. Para seguidamente escupir al aire un ay, estos jóvenes no aguantan nada. Y cuando pronuncia ese *nada* tan cargado, se me ocurren muchas cosas que responderle sobre su propia vida y me muerdo el labio para evitar el estallido de una guerra que, aunque latente, nunca termina de declararse.

Los números de mi radio despertador anuncian las siete de la mañana. Se nos olvidó cerrar las cortinas. Bueno, se me olvidó cerrar las cortinas. Lucas llegó casi dormido. Le traje a rastras, le metí en un taxi, le acosté en el sofá cama mientras él cantaba una canción de Raphael que ni siquiera era de las conocidas. Hoy va a sufrir. Esta noche, durmiendo en mi estudio, ha sido como una de esas plantas que, según dicen, es mejor no tener en la habitación porque te roban el oxígeno. Le veo desde aquí arriba al lado del aloe vera que también respira mi aire. Y hasta aquí llega el olor a alcohol que lleva transpirando toda la noche. Pálido. Yo apenas bebí, el estómago cerrado, la bola en la garganta. La cabeza en otro sitio.

Aun así, anoche estuvo bien. Tomamos cañas en el bar de Sergio. Como siempre. La barra con los pinchos de tortilla de color sospechoso. El calendario mugriento del 93 colgado al lado de los jamones. Las baldosas de la pared que algún día fueron blancas. Nadie en el bar, solo nosotros: Lucas, Clara y Jesús, César y su

ligue. Sergio nos cerró la persiana después de las doce para que pudiéramos fumar. A César le prohibió el cigarrillo electrónico. Aquí o se fuma o no se fuma, pero esas mariconadas de vapear, no en mi local. César nos presentó a su nuevo ligue como su novia, lo hace siempre. Es Sonia, me ha cambiado la vida. Aunque Lucas me dijo que llevaban apenas dos semanas. En la tercera cerveza nos contaron que iban a mudarse juntos. Al piso de Sonia, que es más grande. Y se reían a la vez y hablaban en plural y no se soltaron la mano en toda la noche. Hizo lo mismo con Nadia, con Agnès, que era parisina y pensó en venirse a Madrid solo para estar con él. Hizo lo mismo con Carmen, con Claudia y con ese chico, Rubén, con el que tonteo el mes en que decidió que era gay y mareó a Lucas para que le llevara a sus bares preferidos y Lucas, harto, le tuvo que decir que su bar preferido era el de Sergio, como el de todos. Ayer le tocó a Sonia. Entre tanto amor, César también tuvo su rato para darme consejos, la pashmina al cuello, aunque en el bar de Sergio siempre hace calor. Me dijo que debía parar ya. Madurar. Sentar la cabeza. Olvidarme de Juan o volver con él. Pero dejarme de tonterías. Y lo decía todo delante de Sonia, que asentía como si me conociera de siempre y tuviera derecho a opinar sobre mi vida mientras se acababa compulsivamente los platitos de cacahuets que Sergio siempre saca para mí porque sabe que me encantan. Vale, tu padre está en el hospital, me decía César, aunque yo no le había contado nada. Maldito Raúl. No sabe tener la boca cerrada. Puedes jugar a puzles, reconstruir las piezas, insistía César, pero tiene razón tu hermano. Es un señor que nada tiene que ver con vosotros. Estate atenta por si se despierta, le sueltas todos los reproches y luego ya, si quiere, que se muera. Pero pasa página, Nuria, pasa página.

César siempre tan práctico. Siempre sin tacto. Clara lo sabe, por eso vino a salvarme y me arrastró al otro lado de la barra. Bebía cerveza sin. Llevo semanas sin beber alcohol. He dejado de fumar. Estoy preparando el cuerpo, me dijo. Es mi templo. Pero no sé qué pasa, que no me quedo, me comentó, angustiada. Clara, ¿cuánto tiempo lleváis intentándolo? Dos meses ya. Dos meses sin fumar. Y le recuerdo que hace dos semanas estaba rechupeteando emedemeá en aquel concierto infame al que me llevó. Yo creo que

soy fértil, a lo mejor es Jesús, dice. Clara siempre ha sido así de exagerada. Le pidió a Sergio otra sin alcohol, él le preguntó cómo podía beberse ese meado. Clara me alejó un poco más del resto. Tenía ganas de hablar. No sé si quiero, Nuria. ¿Si quieres qué? ¿Tener hijos? Sí, me dijo. No sé si quiero. Pero si estabas deseándolo, Clara. Ella me miraba seria. Demasiado seria. Las piernas se te hinchan. Y las tetas. A mí ya no me dejan respirar, las tetas, no me dejan dormir boca abajo y ya las tengo caídas, ¿cómo me van a quedar después de dar el pecho? ¿Y los tobillos? Se inflaman y se te quedan las piernas de elefante. Me da miedo, Nuria. Y a mí, le contesté, ¿a quién no le da miedo parir? Y miró a Jesús que estaba apoyado en la barra grasienta y se reía hablando con Lucas, a quien le contaba por octava vez el mismo chiste sobre el Congreso de los Diputados. Él eso de los tobillos ni lo piensa, ni tiene por qué pensarlo. ¿Y si luego ya no me apetece follar nunca más? ¿Y si luego me convierto en una amargada cuya única obsesión es que no le pase nada a mi hija? ¿O a mi hijo? ¿O a mis gemelos? ¡Oh, dios! ¿Te imaginas que me quedo de gemelos? Me muero, Nuria, me muero. Creo que Clara estaba a punto de llorar, le temblaba el labio de abajo y ella, que siempre es tan cuidadosa con su ropa *vintage*, apoyaba los codos en la barra pegajosa, las mangas de su vestido años cincuenta sobre la grasa de jamón, los cercos de los vasos de cerveza. Y si no me embarazo también es una mierda porque me quedaré con las ganas de los tobillos de elefante, las tetas caídas, el bebé demandante, todo el pack, Nuria, a ratos quiero todo el pack y a ratos, ¡nada! Le estoy empezando a coger rabia a Jesús. Él será padre sin abrirse de piernas, sin desangrarse como un cerdo, joder. Los ojos cada vez más aguados. La abracé, a Clara siempre le ayudan los abrazos, y le dije al oído que se relajara. Me dio pena verla así, sentirme incapaz de ayudarla. Ella que siempre me ayuda a mí. Le di un trago a su cerveza sin. Qué asco, me tuve que llenar la boca de cacahuetes de un plato que Sergio dejó a este lado de la barra, mirando de reojo al ligue de César. Más vale que te quedes rápido, pasen los nueve meses y dejes de beber esta mierda, le dije. Y nos reímos. El resto, sentados frente a la barra, nos miraron como nos miran siempre que nos entra la risa porque Clara se ríe como sonrío, con esa risa

franca y luminosa que contagia a todos. Le dije al oído que se iba a quedar pronto y se le pasarían todas esas tonterías. Me miró como diciendo: ¿tú qué vas a saber? Y sí, ¿yo qué voy a saber? Si ni siquiera sé ser hija. Por eso la idea de hincharme hasta volverme deforme, la idea de llenarme de líquidos, de cargar con un ser que respira, de expulsarlo un día para enseñarle a vivir en un mundo en el que me cuesta vivir, me repele. Pero es lo que Clara quiere. O lo que cree querer. Seguro que te quedas, tonta. Y la volví a abrazar para darle ánimos.

Suena el despertador. ¿Cómo es posible que haya pasado una hora? Ya son las ocho, debería despertar a Lucas. Las nueve y media es lo más tarde que puede llegar a la revista. Estoy despejada, nerviosa. Hoy tengo que ver a Laura y no sé cómo voy a abordarla. Ayer, antes de que Lucas estuviera tan pedo, pensamos un plan genial. Bueno, no genial, adulto, como me dijo Lucas: ¡Adulto! Yo iba de nuevo a la salida del colegio, esperaba a Laura y a la chica de las mechas, daño colateral, y cuando llegaran le diría a Laura que quería hablar con ella a solas. Le explicaría que la había visto en el hospital, que me perdonara por abordarla así. Me presentaría como la hija de Roberto y le preguntaría qué relación tiene con mi padre. Hoy el plan me parece menos genial. Me siento incapaz de ejecutarlo. Sí, suena absurdo que esté preparada para fingir que soy periodista y no pueda ponerme delante de una persona y contarle quién soy en realidad, tener una conversación normal.

Bajo de la cama por las escaleras que la casera hizo muy bien en aprovechar y convirtió en cajones para guardar cosas. Cajones donde acumulo carpetas con esbozos, viñetas, tiras cómicas con mis preciadas avispa. Tienes un piso pequeño, pero infinitas posibilidades de almacenaje, me decía la de la inmobiliaria, y estoy segura de que aprendió a hablar así gracias a un catálogo de decoración. Bajo descalza, al tocar el suelo las baldosas están frías, a pesar de que lleva toda la mañana dándoles el sol, y lo agradezco, me gusta esa sensación, el contacto del suelo en la planta de los pies, como si me enraizara nada más levantarme. Si dijera esto en

voz alta, Lucas se reiría de mí. No te pega nada el rollo yogui, me dice siempre cuando, según él, me pongo mística. Me acerco al sofá cama, las sábanas enrolladas a los pies de Lucas, que duerme hecho un ovillo, le digo al oído que son las ocho, que es hora de levantarse. Asiente sin siquiera abrir los ojos. Se da la vuelta. Sigue vestido con la ropa de ayer. Su camisa apenas arrugada, el pelo perfecto, la piel radiante. Le digo que parece una de las chicas Bond y murmura algo en sueños. Pongo un par de huevos a hervir. Un huevo duro, una lata de sardinas, un café y un ibuprofeno de seiscientos es el desayuno que, inexplicablemente, le salva de la dolorosa resaca. Creo que Lucas es la única persona del universo capaz de comer sardinas después de una noche de pedo. Me meto en mi minibaño y me doy una ducha haciendo ruido para que se levante de una vez, canturreo una de Raphael, pero cuando salgo él sigue roncando. Me tienta dejarlo ahí, durmiendo. Anoche debería haberle llevado a su casa para no ver cómo amanece. Es imposible soportarle cuando se levanta de resaca. Le duele la cabeza y siempre intenta que les duela a los demás porque se queja sin descanso como un niño pequeño. Vuelvo a decirle al oído, con dulzura, que son las ocho y media. Ni caso. Levanto la voz, pero sigue dormido, como si nada.

Enciendo el ordenador y busco un vídeo en YouTube. Ayer estuvimos una hora riéndonos de él. Mi jefe, bueno, mi jefe, tiene un canal en el que habla sobre videojuegos. Parece que lo abrió hace años, pero Lucas lo acaba de descubrir y está en *shock*. Me lo enseñó anoche. Buenos días, excursionistas, dice mi jefe al principio de cada vídeo. Lleva una máscara de Darth Vader, pero aun así se le reconoce por la voz, por sus camisetas, su cuervo tatuado en el brazo derecho. En cada vídeo, la excusa es dar trucos para avanzar en sus videojuegos preferidos, pero estamos seguros de que lo que pretende es colar sus viñetas y, sobre todo, sus reflexiones filosóficas: ¿Nunca habéis pensado que no es que no haya vida más allá de la muerte, sino que la muerte es solo un punto de giro más en la existencia de cada persona y que esta continúa en un plano espacio temporal que desconocemos? ¿Nunca habéis pensado que somos los protagonistas de un videojuego y que nuestro destino está en manos del *gamer* que nos maneja? ¿Es morir a los



veintisiete lo único que dignifica al ser humano y tras sobrevivir a esa edad ya solo nos queda hacernos adictos a las redes sociales o a los videojuegos o al trabajo o a cualquier sustancia o engaño que nos haga olvidar la vejez? Tras él, una pizarra blanca con el esbozo de una viñeta de su cómic *Marte*, 3, 2, 1. Novela gráfica sobre la que nos hablaba en la oficina hasta que nos sangraban los oídos y que cuenta la historia de tres mujeres astronautas cuya misión en Marte es encontrar la fórmula de una sustancia química que puede salvar la atmósfera de la Tierra, que tiene los días contados. Ya sabéis, chicas y chicos, me importa mucho la igualdad de género, nos hacía saber cada vez que nos contaba los avances de su cómic a Héctor, a Lucas y a mí, a pesar de que todas sus protagonistas llevan miniuniformes que dejan ver sus curvas despampanantes y dudosamente estos pueden protegerlas de la atmósfera extraterrestre. Parece que, en cada vídeo, esboza una nueva viñeta de su cómic en la pizarra blanca y la pone de fondo. ¿Cuánto tiempo libre tiene? ¿Cuándo cuida de sus hijas, el muy cabrón? Es fácil reconocer el despacho de su casa a pesar de que la pizarra tapa gran parte del espacio, ¿cómo olvidarlo después de aquella fiesta en la que estuvimos? El escritorio de madera antigua, un par de ilustraciones originales de Todd McFarlane, que desde niña me parece el mejor dibujante de Spider-Man, garabateadas en servilletas y enmarcadas en la pared, uno de sus tesoros más preciados. Las conseguí en la Comic-Con de San Diego en 2002, nos contó. La casa enorme, paredes blancas, muebles mínimos, techos altos, vigas a la vista, juguetes repartidos por el salón, el parque de bolas para las pequeñas al lado del sofá. Las niñas rondando por la casa, el polvito blanco de la cocaína en el banco de la cocina, en la mesa del salón, en el mueble de la tele. Héctor pegado al culo de mi jefe y rellenándole la copa cada vez que se vaciaba, la directora de marketing tripeando con una canción en *loop* y tratando de besar a la mujer de mi jefe, Lucas y yo junto a la nevera bebiendo cerveza sin apenas movernos, viendo cómo Sodoma y Gomorra crecían a nuestro alrededor.

Decidido. Pongo uno de los vídeos y acerco el altavoz al oído de Lucas, el volumen al máximo. Por fin da un salto y me mira, espantado. ¡Hija de puta! ¡Buenos días, excursionista!, le grito

mientras abro el balcón y el ruido de la calle se cuele en casa. En la pared, sobre el sofá, algunas de mis avispa dibujadas en una especie de mural con referencias cercanas al infierno de Dante o más bien a la ciudad en blanco, negro y rojo de Frank Miller. Acercó una bandeja a la mesa con la lata de sardinas por abrir, los huevos duros. La cafetera está en marcha, le digo a Lucas y le doy un beso en la mejilla. Eres una cabrona. Menudo despertar de mierda. Sí, ¿verdad? Tu desayuno preferido, un ibuprofeno y mucho café. ¡Hay que ver qué mala es Nuria! Le digo que se dé prisa, que tiene que irse a currar. Pero, aun así, vuelve a poner el vídeo desde el principio y, como ayer, no para de reírse.

Doy a Lucas por perdido y me pongo a rebuscar ropa en el armario de debajo de la cama. Aún tengo mucho tiempo por delante, iré al colegio después de comer, pero me angustia decidir qué ponerme, ¿cómo viste una periodista? ¿Vaqueros o mejor una falda? ¿Camisa o algo más informal? Mi armario es un caos. A diferencia del resto de la casa, que por el poco espacio siempre intento tener ordenada, el armario es un desastre. Al abrirlo, veo que la ropa sucia está tirada junto a la limpia. Mierda. Las camisas están por planchar, ¿por qué me compro camisas si luego soy incapaz de plancharlas? Solo me quedan un par de vaqueros limpios y son los únicos que no me gustan. Puedo ponerme el vestido azul. Lo saco del armario, lo miro de cerca y, de repente, me parece absurdamente pequeño. Me siento y contemplo el armario desde el suelo. El vestido rojo es muy ajustado, el amarillo, llamativo. No quiero ir a hablar con Laura. No quiero saber nada de mi padre. No quiero vestirme para salir a la calle y jugar a que soy la protagonista de una serie de televisión, no quiero levantarme de la cama sin tener un trabajo, un objetivo, un sentido. Me tumbo en el suelo, que el frío de las baldosas me ayude a pensar.

Lucas se levanta, por fin, y se queda de pie frente a mí, mirándome desde arriba. ¿Qué coño haces?, pregunta. Y yo qué sé qué estoy haciendo, ni siquiera le respondo. Me da una patadita en el pie. No quiero ver a esa mujer, Lucas. Pues no vayas. ¿Cómo no voy a ir? Quiero saber quién es. ¿Quieres o no quieres? Me encojo de hombros. Él se agacha, me ayuda a levantarme del suelo, me empuja hacia el sofá. ¿Qué te apetece desayunar a ti? ¿Tostadas

con tomate? Lucas, ¡vete a currar! No vas a llegar, le corto, porque me pone nerviosa con su calma chicha. ¿*Seinfeld* y manta? ¿Huevos revueltos y más café? Lucas, ¡vete! Me dice que no con la cabeza. Da puta pena verte, Nuria, tienes la cara desencajada, me quedo aquí antes de que te dé por salir a la calle a hacer tus locuritas de culebrón. ¿Qué dices?, me sorprende. Le he mandado un mensaje al jefe, tengo migraña, suelta. No tienes migraña, tienes resaca, insisto. Hasta auras tengo ya. Ay, qué horror, y se aprieta las sienes con los dedos. Lo que tienes es morro, le digo. He salido tarde del curro todos los días, más de tres horas extras por jornada que no voy a cobrar. Me tienen harto. Va al banco de la cocina y trae otra taza, sirve café para los dos. ¿Qué van a hacer? ¿Despedirme?, pregunta. Y tiene razón. Nunca se van a deshacer de él. Les soluciona todos los marrones de diseño, de redacción y es, con mucho, el mejor dibujante. No, en ese sitio solo saben despedirme a mí, le digo, y nos reímos. Oye, tu vecino, ese raruno, ya está ahí mirando por la ventana, dice, y señala el edificio del otro lado de la calle, desde donde un chaval nos observa escondido tras una cortina. Mi vecino adolescente, siempre una gorra en la cabeza, la camiseta de un equipo de la NBA. El que se esconde veloz cuando miro hacia su casa mientras estoy en el balcón fumándome un pitillo. Al que me cruzo en el supermercado con su abuela comprando galletas y chucherías y siempre aparta la mirada, avergonzado. Déjalo, le digo a Lucas, el chaval se entretiene. A mí me da mal rollo el niño ese, Nuria, pero tú misma. Nos acercamos al balcón y miramos hacia la ventana, hasta que la silueta de mi vecino desaparece de detrás de la cortina.

Venga, uno de *Seinfeld*, dice Lucas, me arrastra al sofá y acerca el ordenador portátil. ¿Nos vemos el de George y el aparcamiento? ¿Cuál? El episodio en el que George encuentra aparcamiento al lado de casa de Jerry, pero otro tipo lo ve al mismo tiempo y se pelean por el sitio con los dos coches medio metidos en el hueco bloqueando el tráfico. Venga, le digo. Se levanta. ¿Pongo otra cafetera? Lucas siempre me lee la mente. Por favor, le pido. Y carga la otra cafetera mientras yo busco el capítulo. Vuelve y nos tapamos con la manta, aunque no haga frío. ¿Sabes que George me parece la hostia de atractivo?, me suelta Lucas. Tienes un gusto

pésimo para los tíos, le digo. Pues anda que tú. Ya, lo mío no tiene nombre. Y nos reímos. No tienes por qué ir a ningún sitio, Nuria, me dice cuando le acabo de dar al play. Tienes razón, respondo para que se calle, y me arrebujó a su lado bajo la manta.

Me quedo pensando que hasta las tres, la hora de salida del colegio, nos da tiempo a ver, por lo menos, una temporada.

Me siento en una de las mesas libres al fondo. La cafetería de paredes grises, fotos color sepia, impersonales, que muestran esquinas anodinas de la ciudad en los sesenta, está llena de gente trajeada. Algunos hablan por teléfono con aspavientos, como si de esa conversación dependiera cambiar el mundo, mientras otros remueven sus tacitas, los hombros caídos, el gesto derrotado de quien ha perdido una batalla y solo quiere esconder la cabeza en su café con leche, volver a casa.

Ignoro la razón por la que Laura me mandó un mensaje para cambiar el lugar en el que íbamos a encontrarnos. Esta cafetería está lejos del colegio, de su supuesto barrio. Lejos de todo. He pensado en no venir. Muchas veces. Pero Lucas se ha quedado dormido en el sofá y he aprovechado para escabullirme, ponerme unos vaqueros y una blusa transparentosa que no necesita plancha y meterme en el coche. Me he maquillado mirándome en el retrovisor con la escasa luz del garaje. A veces tengo demasiada confianza en mi pulso con el *eyeliner* y ahora me veo reflejada en el servilletero metálico, la raya de los ojos demasiado gruesa, grumosa. Parezco una auténtica mamarracha. Las manos me tiemblan, tengo palpitaciones, pero solo me apetece tomar un café. Un café doble. Un pico de cafeína, en lugar de tila o rooibos, como todas esas ideas de mierda que se me ocurren y sé que no tienen sentido. El olor a mantequilla de los cruasanes prefabricados, a bollería industrial que las pizarras de letra redonda anuncian como casera y reluce tras el mostrador exhalando grasas trans, me revuelve la tripa. Me molesta el ruido de la máquina de café a la que dos chicas con gorrito granate y una etiqueta con su nombre, que cuelga rígida de su pezón derecho, tratan a golpes al rellenar las tazas sobre las que dibujan espigas, corazones, sonrisas. Sonrisas como las que mantienen congeladas en sus caras de desidia.

Al venir, casi tengo un accidente con el coche. Una avispa se ha colado por la ventanilla y he sentido su zumbido, la he visto posarse sobre la radio, pequeña, amenazante, la piel erizada mientras la miraba de reojo. Ha movido las alas y mis brazos solo han sabido reaccionar con un volantazo. He imaginado que iba a dar vueltas de campana, mi cuerpo el badajo golpeando las puertas, el techo, el asiento; el airbag reventado. Pero nadie en dirección contraria, gracias, gracias, gracias, me he dicho, hiperventilando. Palpitaciones. Sudor frío. He abierto la puerta y he salido del coche con prisa. A veces me gustaría tener un Ventolin. Como los niños de mis primos. Chuparlo, morderlo, respirarlo para dentro cuando me da ansiedad, presionar el botoncito de las inhalaciones hasta que el oxígeno se me suba a la cabeza. Pero sola y sin Ventolin, he gritado fuerte, desde dentro, un rugido que me ha hecho daño y he esperado a que la maldita avispa saliera, volando lento, para atreverme de nuevo a entrar en el coche, sentarme, recuperar poco a poco algo parecido a la calma. Quizá ha sido una señal para cambiar de sentido, volver a casa. Pero el mensaje de Laura: «Soy la chica de la puerta del colegio, mejor quedemos en la cafetería Granier de la avenida General Perón» era inesperado, pero si no seguía adelante, me quedaría con ganas de saber qué había ocurrido ¿por qué Laura me citaba tan lejos de la escuela?, ¿vendría también la chica de las mechas?

Sentada, aún temblorosa, pienso que quizá Laura no venga. Quizá me espía desde la cristalera y se ríe de mí, esa periodista absurda que quiere hacer un reportaje sobre madres. Madres estresadas y madres que no. Madres que trabajan y madres que no. Madres que quieren a sus hijos y madres que los aborrecen. También pienso que quizá Laura trabaja cerca de aquí y hoy alguien recoge a su hijo. Y pienso de nuevo que no va a venir y me da miedo volver al hospital, encontrármela, que mi padre abra los ojos, que me vea, que no me reconozca.

Dibujó una avispa que conduce un autobús, Sandra Bullock en *Speed*. Entre los pasajeros, estoy yo, acostumbrada a dibujarme vestida de rayas, una avispa más, pero sin boca, mejillas estilo manga, también rayitas, los ojos casi invisibles, las manos grandes, el único rasgo humano, agarradas al asiento de delante. La

servilleta se me queda pequeña mientras entro en un estado eufórico dibujando avispas pasajeras, el interior del autobús torcido. Hola, levanto la cabeza y veo a Laura. Delante de mí, de pie, el rostro contraído en un gesto severo. Está sola. Está seria. Ni rastro de la chica de las mechas. Perdona el retraso. Se quita el pañuelo del cuello y lo cuelga en el respaldo de la silla. Va a colgar también su bolso, pero se detiene. ¿Has pedido?, y yo niego con la cabeza. Voy a pedir, ¿quieres algo?, me pregunta. Le digo que yo voy, que paga la revista, y ella dice que no con la cabeza, seca. Un café solo, digo. Doble, añado mientras me observa impaciente. Y hago una bola con la servilleta cuando se da la vuelta.

Vuelve esquivando a una chica trajeada que sale del local hablando por el móvil a gritos, las dos tazas haciendo equilibrios sobre una bandeja de plástico negra. La deja sobre la mesa y se sienta frente a mí, en tensión. Además de un té, ha pedido una de esas ensaimadas sudorosas y su olor a mantequilla caliente me revuelve la tripa de nuevo.

Gracias por venir, le digo. ¿Tu compañera al final no se ha animado?, pregunto en un tono que pretende ser fresquito, de reportera de programa de verano. Ella me corta con un gesto serio. Se echa el sobre de azúcar entero en el té y derrama una parte fuera de la taza. Déjate de tonterías, anda, suelta sin rodeos. Eres Nuria, ¿verdad? Me deja callada. Le diría que sí, que soy yo, pero no me sale la voz. ¿Qué quieres? ¿Quieres dinero? ¿Quieres hacerle daño a mi familia? En serio, ¿qué quieres?, se muerde las uñas estropeando el esmalte rojo, y yo solo niego con la cabeza. Cuando te vi me sonabas y al llegar a casa saqué la caja con las cosas de mi padre, sus fotos, sus papeles, y ahí estabas tú. Esa foto que escondió hace años para que mi madre y yo no la viéramos, mordisquea los pellejos de los dedos con ansia, sin parar de hablar. Pero yo siempre supe dónde escondía esa dichosa estampita tuya, remetida en la funda de su permiso de conducir en la cartera. Ahí ocultaba tu cara de bollo.

Me quemo los labios con el café, pero aun así le doy un trago y me abraso la lengua, la garganta. Sí, soy Nuria, le digo, y mi hilo de voz suena absurdo. A *cliffhanger* de culebrón. A película de mediodía. A obvio.

Y nos quedamos en silencio. Ella sigue retándome con la mirada mientras yo hundo los ojos en una taza de café demasiado pequeña, una taza en la que ya apenas queda poso. ¿Qué quieres?, la voz le sale de algún sitio muy profundo, la rabia. Dime, por favor, ¿qué quieres de nosotros? Tardo en responder, cómo articular lo que siento, lo que estoy haciendo, cómo explicarle lo que no entiendo a alguien que solo escupe odio desde el otro lado de la mesa. Quería saber cómo está mi padre, le digo al fin. Ella juguetea con sus dedos, se mira las uñas. ¿No te lo ha explicado el médico?, pregunta, desganada. Niego con la cabeza. Ella toma aire, como si le fuera a dar la fuerza que necesita para responder. Papá, bueno, mi padre tuvo un cáncer hace años, todo fue bien, me cuenta. Lo localizaron a tiempo, se recuperó, estábamos contentos, dice. Y me pregunto cuándo ocurrió eso, qué estaría haciendo yo, qué edad tendría. Ahora, tanto tiempo después, el corazón le está fallando por culpa de la radioterapia, añade y se queda callada y golpetea la mesa con las uñas. Yo también me quedo callada. Incómoda.

¿Algo más?, pregunta y su mirada se pierde tras la ventana. Yo quiero hablar, pero cómo empiezo. Bueno, digo. ¿Sí?, insiste, golpeteando más fuerte sobre la mesa. Quiero saber por qué nos abandonó. Y entonces en sus ojos entreveo un destello de locura. Un destello que desemboca en una risa histérica. Una risa que me incomoda, quizá también a los de la mesa cercana. ¿Os abandonó?, y no para de reírse. Ahora dice que los abandonó, hay que joderse. Y la miro. La miro con todas las preguntas que se me agolpan en la garganta, en esa bola que me ahoga a veces. Tantas. Pero no digo nada. A quien abandonó tu padre fue a nosotras. A mi madre y a mí. Que te quede claro, sigue riéndose. Mi cara debe de ser de compunción total, de vete tú a saber, porque Laura deja de reírse y se queda callada, como si algo le hiciera clic. Se levanta y se acerca a la barra sin decirme nada. Pensaba que iba a irse por la puerta, que iba a salir a la calle, a dejarme así, con todas las preguntas, con un desasosiego aún más grande del que tenía antes, al borde del ataque de ansiedad, de la bolsa de papel para recuperar la calma. Pero no se va, vuelve con un café que huele a whisky y se sienta frente a mí. Toma aire, una pausa que en realidad es corta, pero a mí me parece eterna. A ver, a ti ¿qué te han contado? Y yo me



encho de hombros. Nada, no me han contado nada, mi hilo de voz sigue a punto de romperse. ¿Tu madre, nada? ¿No? ¿Ni lo que hizo?, asiente con la cabeza y da un trago a su carajillo. Lo saborea, en silencio, mientras me mira con actitud analítica, valorando algo, parece un perito y yo una casa arrasada a causa de un incendio. ¿Cuántos años tienes, Nuria? Treinta y tres, respondo y siento que estoy ante mi doctora en la consulta médica. Tengo treinta y tres, insisto, por si al decirlo dos veces se hiciera realidad una cifra que ha crecido sin que yo me dé cuenta. Yo tengo treinta y siete. Echa cuentas, se apoya en el respaldo de la silla, desafiante, golpeteando con su anillo de casada sobre la mesa, royendo las uñas de la otra mano. Me siento una niña frente a esta mujerona que me reta con la mirada. ¿Entiendes ahora? La que se casó con mi padre fue mi madre, de eso que no te quepa duda. Y siguen casados, claro. Tu madre nunca llevó un anillo de mi padre, eso seguro.

Me tiemblan las manos, me tiemblan mucho. Voy un momento al servicio, le digo. Y me levanto, me meto en el baño, me mojo la cara, el cuello, me miro al espejo e intento respirar con algo de orden, no con ese inspirar y expirar desordenado que me ahoga. Más agua en el cuello, en la cara. La raya de ojos, espesa, empieza a desdibujarse, a convertirse en una mancha negra que me difumina los ojos. Vuelvo a salir y deseo que Laura no esté sentada a la mesa, que nunca lo haya estado, recoger mis cosas, irme del bar como si nada hubiera ocurrido. Levantarme mañana con la resaca de una pesadilla y seguir con mi vida. Me acerco a la barra y le pido un café a una de las camareras de gorro granate, a la menuda, cuyo nombre, Kelly, sigue firme en la teta derecha. Cuando se acerca con él a la barra, le pido que lo aliñe con un chorrito de ron. Se me derraman unas cuantas gotas de café sobre la bandeja negra. Al llegar frente a Laura, apilo la bandeja sobre las otras dos en una mesita que empieza a ser pequeña para tanto peso.

Laura y yo nos miramos sin decir nada. Permanecemos así un tiempo. Tiene los dientes de delante separados como los de Madonna. Como los de él. Como los de esa niña de mi colegio, Amanda, que les gustaba a todos los chicos. Decían que le cabía una polla entre diente y diente. Yo siempre quise que dijeran que me cabía una polla entre diente y diente. Quería tener los dientes de mi

padre, supongo, lijarlos con la lengua, escupir saliva por el hueco, como Amanda, que siempre lanzaba los escupitajos más lejos que nadie. Me tengo que ir, me dice Laura. Espera, le suelto. Ella mira su reloj. Mi mirada de súplica funciona porque saca la cartera y dice que va a pedirse algo. No puedo quedarme mucho rato más, insiste. Y va a la barra. Yo jugueteo con la servilleta hecha una bola hasta que Laura vuelve con dos cafés: el suyo huele a whisky, el mío, a ron.

¿Qué más quieres saber?, pregunta al sentarse, como si la perspectiva de beberse otro carajillo le diera fuerzas. Da un trago y empieza a hablar sin dejarme tiempo para responder. Te podría decir que mi padre le dio a mi madre muy mala vida. Que era un auténtico hijo de puta. Pero sería mentira. Siempre lo he querido. Siempre me ha parecido un buen padre. Incluso cuando desapareció, siendo yo niña, sabía que volvería. Y volvió, claro que volvió. Y después de eso, fue un buen marido. No te puedo decir nada más. Si buscas mierda, aquí no la vas a encontrar. Nos eligió a nosotras. Lo siento por ti y por tu madre, dice Laura, casi sin respirar. Bueno, por ella no tanto. Yo solo asiento, aunque tengo la sensación de que no me habla a mí, de que se habla a sí misma, convenciéndose de algo. Se bebe el café de un trago y mira su reloj otra vez. Repiquetea sobre la mesa con el dedo del anillo. Debería irme. Se pone de pie y apoya las dos manos sobre la mesa, como una abogada de película norteamericana. ¿Patinaba?, le pregunto no sé por qué. ¿Qué?, dice Laura. Si contigo también patinaba, pregunto de nuevo. Laura niega con la cabeza, como si yo fuera una niña tonta a la que no vale la pena escuchar. No me llames más, me corta. Nunca te prohibiría que fueras a verlo al hospital, pero, por favor, si quieres ir, ve a mediodía, que es cuando nosotras no podemos pasar. Digo que sí, aunque ni siquiera sé si volveré a acercarme. Mi madre ya se ha llevado bastantes disgustos, la pobre, solo le faltaba encontrarte allí. Mientras se anuda el pañuelo al cuello me levanto y hago ademán de despedirme con dos besos. Ella aparta la cara, alarga el brazo y me da la mano. El cuello estirado, digna. Entre dientes, susurra apenas un adiós y va hacia la puerta. La veo salir de la cafetería sin agachar la cabeza, sin darse la vuelta ni una sola vez.

Respiro, agitada, pero me bebo el café de un trago y dejo solo el poso en la tacita. Si alguien leyera esos restos de café, vería desastres. La servilleta con las avispa en el autobús está hecha una bola delante de mí, la estiro y veo la ilustración de nuevo. Jugueteo con el fondo, dibujando detalles en las ventanillas. Y tacho mi autorretrato de entre el resto de los pasajeros. Lo único que dejo son mis manos enormes agarradas al asiento de delante.

Al salir de la cafetería, siento que los carajillos de ron me golpean la cabeza. Mareada, distingo en la luna delantera de mi coche un papelito. Es una multa del ORA. He aparcado en zona azul y me he olvidado de echar las putas monedas. Si pago la multa ahora son solo tres euros. Pero qué más me da, pienso, mientras apoyo la espalda en el capó.

Y ahí tendida, medio pedo, con taquicardias, quemándome la espalda sobre el coche caliente, me sobreviene una sensación que arde más que el capó, más que toda la cafeína en mi esófago, la sensación de estar viviendo una vida que ni siquiera es mía.

Como si una prensa me comprimiera las sienes. Como si mis ojos quisieran salirse de las cuencas, así es la presión que noto en la cabeza.

Son más de las dos de la tarde, debo de haber dormido doce horas. Demasiado. Ayer ni siquiera cené, llegué a casa con un cansancio horrible y me quedé dormida en el sofá cama abierto, sobre la nota de Lucas. «Me he ido a casa, llámame cuando acabes con tu *Falcon Crest* particular, loca. No, en serio. Luego me cuentas. Te quiero.» Y su firma. La «c» de loca más grande que el resto de las letras, desequilibrada. Prefiero no llamarlo, me los imagino a Clara y a él hablando de mí, intranquilos, Nuria está pasándolo fatal con lo de su padre, y lo de estar sin curro tampoco ayuda, si al menos tuviera algo con lo que entretenerse. Como si los viera. Yo he hecho lo mismo con cada uno de ellos. Para eso están los amigos.

Sigo teniendo sueño. Tengo tanto sueño que me siento incapaz, un día más, de enfrentarme a las páginas de búsqueda de empleo, de mandar emails a revistas online para ofrecer mis tiras cómicas, de rehacer mi currículum, rebuscar entre contactos a los que hace años que no escribo para preguntarles si saben de algún curro. He pensado en ir al hospital, sentarme junto a la cama de mi padre y escrutar su rostro, leer las líneas de sus manos. He pensado en ir a ver a mi madre a la salida del trabajo, que me invite a un café. Hablar con ella, preguntarle. Pero me ducho, me visto y salgo a pasear sin rumbo, durante horas. Me siento frente a una obra como un jubilado y fumo un par de cigarrillos, me tomo un café en el bar de Sergio y lo pido con un solo gesto, sin decir nada, intentando no pensar en mi padre, al menos durante un rato, para poner un poco de orden en mi cabeza. Salgo a buscar calles desconocidas entre otras por las que he paseado muchas veces, sin acercarme al parque porque cuando el sol está alto las avispas bullen alteradas y

me aterran, aunque no las vea. Paso por delante de escaparates sin fijarme, colecciono las caras de la gente que pasa para olvidarlas al doblar cualquier esquina, me mezclo entre la muchedumbre que compra en el mercado por la mañana, me llevo especias que huelen raro y quizá nunca use. Intento olvidar, aunque me resulte imposible, que mi padre está en una habitación aséptica, que tengo una hermana, que mi madre fue la amante, que fue la odiada, la otra. Entro en una librería en la que nunca he estado y, sin decir hola, manoseo los libros, los cómics, por si entre esas líneas encuentro la posibilidad de ser una persona distinta, al menos durante un rato. Intento imaginar que no vivo en esta ciudad, trato de mirarla con los ojos de quien viene de fuera, admirando la belleza de algunas calles, la extrañeza de otras, el peso de los edificios que cargan con los años. Pienso en las historias que se esconderán tras cada balcón, tras cada ventana. Historias imposibles de relatar, como la mía, llenas de huecos, de malentendidos, de vacíos, de equivocaciones.

Paso por delante de la filmoteca y me detengo ante la cartelera, como hacía a veces, sin saber qué voy a encontrarme. Y me acerco a la taquilla a comprar la entrada porque en un rato van a proyectar *Les Triplettes de Belleville* y hace demasiado tiempo que no la veo.

*Les Triplettes* es la primera película que vi con Juan. Aquello pasó cuando nos mirábamos de reojo en clase y luego apartábamos la vista con disimulo al coincidir nuestras miradas, cuando saltaban chispas con apenas rozarnos, y nos quedábamos los últimos tomando cervezas y hablando de cualquier cosa para seguir juntos. Por aquellos días nunca me apetecía volver a casa y daba paseos sin rumbo como los de hoy. Yo acababa de entrar en la facultad y Juan estaba en tercero. Me prestaba cómics para que los leyera, era un dibujante increíble, conocía autores que el resto ignorábamos. Sabía de música, de literatura. Vaya, la historia de siempre. Aún recuerdo aquel mensaje de texto: «Película de animación francesa a las seis. ¿Quieres?». Y claro que quería. A veces tardaba un poco en contestar para que no creyera que estaba desesperada por verle. Ponía una alarma en el teléfono para que saltara tras una hora y tantos minutos y hasta que no sonaba, no le respondía. De adolescente era capaz de ese tipo de actos heroicos. Y ridículos.

Durante esa hora y pico el tiempo se detenía, a veces iba al gimnasio, o comía, o llamaba a Clara o a Lucas o hacía cualquier cosa para aguantarme las ganas hasta que, tras la alarma, le respondía como si nada: «Suenan bien, me apetece». Pero, en realidad, cada mensaje de Juan era una pequeña victoria, cada respuesta mía, un escribir, borrar, escribir, corregir incansable.

Aún no son ni las cuatro, falta más de media hora para el comienzo de la película. Entro en el hall de la filmoteca y veo al fondo, en el bar, al señor Ángel. Me acerco a saludarle y me sorprende descubrir cómo ha envejecido. Hace tiempo que no paso por aquí. ¿Va a ver la de la primera sesión, Ángel? Le pregunto. Él niega. *Centauros del desierto* de John Ford, seis y media. Este señor se pasa todas las tardes en el bar de la filmoteca hablando de películas con los camareros o con cualquiera que pase a tomar algo y le dé conversación. Pido un café y me siento junto a él en la barra. Huele fuerte, a lo que imaginas que huele al verle, a Varón Dandy y a puro y a coñac, a naftalina. Me pregunta cómo estoy, pero no me reconoce. Hace mucho que no paso por aquí. Debería venir más, me encanta este lugar, su aire colonial, sus columnas blancas, molduras sencillas, azulejos añil, vidrieras ahumadas, plantas que quieren ser palmeras y, en el suelo, un tablero de ajedrez. ¿Otra vez va a ver un *western*?, le pregunto. Recuerdo que cuando venía con Juan y nos quedábamos dibujando en una mesa se sentaba a nuestro lado y nos hablaba sobre cine del Oeste durante horas. Yo no veo películas de dibujos, responde como si le hubiera ofendido. Pero esta es de las buenas. Hágame caso. Los dibujantes son todos unos vagos, dice, y me echo a reír. Pero yo soy dibujante, me ofende. Me das la razón, alega, ¿quién está en el cine un martes a las cuatro de la tarde? Los jubilados como yo y las vagas como tú. Me río otra vez, claro. Sigue siendo igual de agradable que hace años, cuando nos decía a Juan y a mí que parecíamos vagabundos, tan andrajosos, y con esos cartones para taparnos. Cartones, así llamaba a las carpetas enormes en las que cargábamos los dibujos a carboncillo. ¿Y eso de ser dibujante para qué te sirve, bonita? Ángel interrumpe mis pensamientos. Para poco, Ángel, para poco. Para morirme de hambre. Mientras me habla, emocionado, ajeno a si le escucho o no, sobre cómo John Ford parecía colocar incluso

las nubes en el cielo en cada uno de los planos que rodaba, composición perfecta, le dibujo en el programa de *Les Triplettes de Belleville* una avispa con sombrero vaquero y un lazo de rodeo. Se la regalo. Pues está bonito el retrato, y pliega el programa con ternura y se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta, los ojos vivos, como los de un niño. Veo que abren la sala donde van a echar la película, así que pago el café y me despido de Ángel dándole la mano. La aprieta con la mirada perdida y me regala un hasta luego quebrado.

Me siento en la sala casi vacía, parece un teatro antiguo con sus butacas, sus palcos, su olor a madera, su pantalla cubierta por una cortina pesada, llena de polvo. Aún faltan veinte minutos para que empiece la película. Cuando la vi con Juan, apenas la disfruté, solo pensaba en qué comentar cuando saliéramos, qué decir para no parecer tonta. Para gustarle. Qué lástima la cantidad de tiempo que perdí tratando de seducirle. Ese día llegué a la cita con el estómago cerrado por los nervios, me había cambiado de ropa tres veces antes de decidirme, al final, a salir en vaqueros, camiseta y zapatillas. Me tomé un par de cervezas antes, en casa, quería llegar relajada, pero salí un poco pedo, quizá fueron los nervios. Tomaba las cervezas calientes sentada en el poyete de la ventana de mi habitación. Las tenía escondidas debajo de la cama en lugar de en la nevera solo para no tener que hablar con mi madre. En la adolescencia, prefería una cerveza caliente para evitar cualquier roce, cualquier conversación del tipo: ¿Qué haces bebiendo tú sola y a estas horas? El alcohol no es ninguna tontería, Nuria.

Estaba enfadada con ella. Todo lo que hacía me irritaba. Me irritaba que canturreara mientras trajinaba en la cocina o sentir que me hacía chantaje emocional para pedirme las cosas, por nimias que fueran, que flirteara con el peluquero cuando volvió a preocuparse por su aspecto y empezó a dejarse pasta en permanentes y cortes absurdos, que decidiera reformar el salón en época de exámenes. Me enfadé con ella por el ruido que metían los albañiles, le grité, y ella respondió que estudiaba Bellas Artes, que tampoco necesitaba concentrarme tanto, además, esa era su casa, ella la pagaba y, si algo me molestaba, ya sabía dónde estaba la puerta. En ese tiempo esa era su manera de poner fin a todas las

conversaciones. Mi respuesta de dramática dolida fue encerrarme en mi habitación la mayor parte del tiempo y salir a comer a deshora el plato que me dejaba al lado del microondas. Raúl era testigo de esa guerra y trataba de quitarle importancia bromeando acerca de que debía donar su cuerpo a la ciencia para que investigaran el nivel de melodrama tolerable para asegurar la supervivencia del ser humano, acerca de que podía forrarse poniendo una cámara en casa y vendiendo los vídeos a Televisa.

Entre mi madre y yo había una tensión continua, a la que es difícil ponerle una fecha de inicio. Quizá cuando lo dejó con Javier. Estuvo dos años enlazando bajas por depresión o por estrés en el trabajo. Sin teñirse el pelo, sin comprarse ropa nueva, algo extraño en mi madre. Y yo supongo que ayudaba poco, mocosa desconsiderada, deslizando el recuerdo de mi padre por cada esquina, exigiendo su dirección para irme a vivir con él. Ella me repetía que no sabía nada de mi padre, y que, si quería irme con él, lo buscara en las Páginas Amarillas y de paso le preguntara si podía ayudarla a pagarme la universidad. Yo no era más que una niña inconsciente. Raúl optó por irse a la biblioteca casi todo el tiempo. Tengo que estudiar, decía, aunque supongo que era para evitar los dardos envenenados que mi madre y yo nos disparábamos cuando nos teníamos a tiro. Es obvio que entre nosotras ocurría algo mucho más profundo que una reforma, más profundo que una inocente pelea entre madre e hija, pero yo, siempre tan madura, prefería evitarla, prefería tomar cervezas calientes en mi habitación.

Supongo que me volqué en Juan, que me obsesioné con Juan, porque sentía que mi vida era invivible (o así la magnificaba yo a los dieciocho años). Esas primeras citas eran una vía de escape, mi motor para aguantar la rutina. Me emocionaba hasta el simple hecho de salir del metro y encontrar a Juan esperándome. Ese día, tras las cervezas calientes, me esperaba mirando el reloj, con esa barba de dos días que tanto me gustaba. Nos dimos dos besos y nos fuimos a tomar otra caña antes de meternos en el cine. Parecía contento, me dijo que había estado encerrado dibujando, pero que por esta película valía la pena salir de casa. Lo imaginaba o, mejor, lo idealizaba en su habitación, fumando, sin parar de pintar, música de fondo en el tocadiscos, una copa de vino, rodeado de bocetos,



lienzos, pinceles. Ahora sé que se pasaba los días en casa jugando a videojuegos, comiendo pizza congelada. Yo hablaba poco en esas primeras citas, sentía que apenas sabía de arte, apenas de cómics. Él, en cambio, no callaba, me contó que el director de la película que íbamos a ver, Sylvain Chomet, había sido acusado de plagio por quien dibujaba habitualmente sus cómics, Nicolas de Crécy. ¿No sabes quiénes son?, me preguntó. Y yo negué con la cabeza y me sentí inculta, incapaz. Él sacó una novela gráfica de su mochila, *Léon La Came*. Toma, léela, te va a gustar. La escribió el director de *Les Triplettes* y la dibujó Crécy. Con esta película el tipo se indignó porque afirmaba que el director había plagiado su mundo. Yo le creo, por eso seguro que la peli es genial. Me adoctrinaba. ¿Sabes francés? Bueno, si no, fíjate en el trazo tan basto de Crécy, los colores crudos, una obra maestra. Me hablaba como si fuera una niña pequeña y yo, inocente, lo admiraba. Ni siquiera me daba cuenta de que se aprendía reseñas y críticas que encontraba en internet y las repetía de memoria.

Cuando nos metimos en el cine para ver la película llevaba tres cervezas en el cuerpo y tenía tantas ganas de ir al baño que cuando noté que Juan empezaba a acariciarme el brazo, la cintura y se acercaba a mi entrepierna, me tensé y pasé el tiempo aguantándome las ganas de mear. Él debió de pensar que me ponía nerviosa con sus caricias y se decidió a besarme por primera vez durante los títulos de crédito. Cuando salimos, después de que yo fuera corriendo al baño, me invitó a tomar algo. Tras unos cuantos roncolas, olvidé la timidez e insistí en que quería ver lo último que había dibujado. Me moría de ganas de acostarme con él, pero sobre todo me moría de ganas de no volver a casa. De dormir fuera y que mi madre se preocupara. Él aceptó con seguridad. Falsa seguridad, pensé después, en la cama, cuando empezó a respirar como un perro mientras me aplastaba, cuando terminó antes de que pudiera darme cuenta.

Éramos unos niñatos. Juan aún lo es. Aunque le tenga cariño. Aunque me pareciera maduro cuando lo conocí y estuviera enamorada y lo pasáramos bien. Creo que lo que más le gustaba de mí era que le idolatraba. Y hacía que yo me sintiera minúscula, para sentirse él grande. En especial ante esas entrevistas de trabajo en

las que me esforzaba tanto, en las que le terminaban contratando a él, aunque fingía no estar interesado, decía que solo se informaba para ayudarme a mí, que solo me acompañaba para darme suerte, y mandaba el currículum para pasar el mismo proceso que yo.

Me ha llamado estos días para ver cómo estaba, para saber qué había pasado al final con mi padre. Me ha preguntado también cómo estaba Raúl, cómo estaba mi madre. Se lo agradezco, pero la verdad es que apenas me ha dejado hablar, tenía que contarme cómo estaba él. Al detalle. Él y sus problemas insalvables, terriblemente dramáticos. Problemas de artista al que le han sacado una viñeta publicada con el color un tono más bajo del que quería. Preocupaciones extremas, como la sensación de que el fallecimiento de Bowie tuvo algo que ver con él. ¿No te parece una coincidencia que justo la noche anterior al anuncio de su muerte buscara en Google si el tour de *BlackStar* iba a pasar por Madrid? Me aterra haber tenido algo que ver con las energías de esa noche, Nuria, te lo juro. En sus llamadas también me ha pedido varias veces que tomemos una cerveza, que vayamos a comer, pero lo único que hago es procrastinar esa cita, una excusa tras otra, hasta que termine por desvanecerse.

Por fin se apagan las luces y en cuanto empieza la película, dejo de pensar y me relajo ante la animación elegante, estilizada, la caracterización de los personajes a través del movimiento, de los rasgos caricaturescos, disfruto de los fondos con rascacielos sin fin, vías de tren eternas. Me dejo envolver por la música vibrante, la historia sencilla, las ilustraciones originales, complejas. Durante un tiempo leía cómics, iba a exposiciones y veía películas de animación solo para tratar de aprender algo, demostrar algo. Intentaba descubrir un autor nuevo para sorprender a mis compañeros, para sorprender a Juan. Y me había olvidado de sorprenderme a mí misma, de gozar.

Al terminar la película, ni siquiera sé qué hora es. Me siento desorientada hasta que salgo de la filmoteca y veo que todavía luce el sol. Hay gente en las terrazas y decido andar hacia el otro lado, en lugar de recorrer las pocas manzanas que me quedan para volver a mi piso. Me gusta que el sol me dé en la cara. Paso por delante del bar irlandés, aquel en el que le regalé la avispa al

camarero tatuado. Podría entrar y tomar algo, pero me gusta imaginarme que la avispa sigue colgada, y no lo quiero comprobar. Podría seguir paseando, quizá llegar al Retiro, apurar las últimas horas de sol. O mejor, meterme en el metro, subir hacia el norte y, tras un transbordo, llegar al hospital, fingir que no están su mujer, su hija. Sentarme delante de mi padre y mirarlo hasta que se despierte. Hablarle como si pudiera escucharme, responderme.

Pienso en la madre de la película, una mujer redonda de ojos suplicantes que se expresa sin hablar, una mujer mayor que se me quedó grabada la primera vez que la vi porque es capaz de desatar una guerra, de revolver el mundo, con tal de liberar a su hijo. Y pienso en mi madre, con Raúl de la mano, yo a rastras. Bajo del vagón de metro y me dirijo a otra vía para hacer transbordo en la línea circular. Regresa entonces la imagen del perro de la película, ese perro que anda sin descanso, sin saber adónde va y, como yo, sin parar de dar vueltas en un bucle infinito.

Las clases de don Ricardo te aburrían. Era tan plomazo que ni parpadeabas para no quedarte dormida encima del pupitre. Su voz era como un hechizo capaz de atontarte en medio segundo. Sara te daba codazos de rato en rato y ni por esas podías estar atenta. Ella no se dormía porque había empezado a beberse el dedito de café que su madre se dejaba en la taza al lado del fregadero. Se lo bebía cuando sus padres no miraban y luego te contaba que le latía el corazón tan rápido que le temblaba todo y que casi ni podía cerrar los ojos de la pandereta que se le ponía en el pecho.

Te daba miedo beber café por si tu madre te pillaba, por si el corazón te explotaba de tan rápido que iba, por si se te ennegrecían los dientes como a don Miguel, el de gimnasia, así que para aguantar despierta en clase decidiste ponerte a dibujar mientras don Ricardo hablaba y hablaba. Aquel día explicaba algo sobre cómo llevar un número en una suma. Llevo una, llevo dos, y era imposible concentrarse en lo que decía porque estabas dibujando mientras pensabas un plan para esa tarde. Dibujabas debajo de la libreta de sumas casi todos los días que tenías matemáticas y gracias a don Ricardo inventaste una superheroína que te encantaba y que seguro acabaría siendo protagonista de tebeos como Batman y Spider-Man. Se llamaba Chispa la Avispa. Era científica y trabajaba en el Museo de Historia Natural. Era superlista. Cada vez que se enteraba de que alguien estaba en peligro, se bebía una pócima que ella había creado en el laboratorio, se cambiaba la ropa y se ponía un mono antibalas de color amarillo y negro que era muy chulo y apretado y también la protegía del frío, del fuego, de las flechas. El pelo, que lo tenía pelirrojo y largo, se le ponía corto y de punta, y le cambiaba de color para volverse negro. Era capaz de picar como las avispas y cuando picaba a los malos los convertía en buenos y lelos enseguida.

Te inventaste un montón de historietas de Chispa la Avispa en clase de don Ricardo, y Sara te pedía que se las contaras en el recreo. Cuando terminabas, siempre te preguntaba por qué Chispa no tenía novio con lo guapa que era, y te tenía tan harta que habías decidido no contarle ni una historieta más. No entendía por qué Chispa era una avispa y no una abeja. Son más bonitas, decía la muy tonta, aunque le explicaste un montón de veces que las avispas son avispadas, que es una palabra que te enseñó Javier, y no se mueren cuando pican, pero las abejas, sí. A Sara también le aburría lo del laboratorio, aunque tú sabías que era lo mejor del tebeo. Hasta les ponías nombre a los ingredientes de sus pócimas: gotas invisibles, superaguijón, cera chula. Era lo más.

Pero ese día ni siquiera te podías concentrar en los dibujos. Estabas cansada, casi no habías dormido. Te habías enfadado un montón con tu madre porque se iba dos días a Sevilla por su trabajo, y en lugar de dejaros esa noche que os quedabais solos en casa de vuestros primos, os teníais que quedar en casa con el pesado de Javier. Aunque tu madre te había prometido traerte un regalo, tú habías llorado porque era una lata quedarte con él; casi como una pesadilla de las de miedo. Ella, en lugar de escucharte, se había enfadado. Tu madre se enfadaba mucho contigo esos días. Como cuando ganaste el concurso de pintura del colegio el año anterior, en primero de EGB, con un dibujo de una familia en la que el padre era un conejo y los dos hijos y la madre eran normales, aunque le habías dicho que ese dibujo era un regalo para ella, que siempre estaba diciéndoos que pensarais en Javier como en vuestro padre. A Javier, aunque a veces era un memo perdido, le gustaba el dibujo, decía que salía favorecido porque le habías puesto más pelo en la cabeza del que tenía en realidad. Lo decía para hacerse el gracioso, así que no te había quedado más remedio que sonreírle un poco y darle el dibujo para que lo guardara él. Tu madre también se había enfadado contigo el día que fuisteis a la Pedriza para bañaros y no querías bajar del coche para que la gente no pensara que Javier era tu padre. Te daba vergüenza que creyeran que eras su hija y no hija de tu padre de verdad. Pero tu madre te había obligado a bajar y te había dicho que te callaras de una vez. Aunque estabas triste, habías decidido que no ibas a hablar más en todo el

día y que ibas a comer mucha sandía y a tomar tanto el sol que por la noche se te iban a caer pielecitas de los hombros y de la nariz.

El día de antes, tu madre se había ido por la mañana y tú, al salir del colegio, te habías quedado jugando en casa de Sara hasta casi por la noche. Todo para no tener que andar hablando con Javier. Él y Raúl te habían ido a buscar, y antes de volver a casa para cenar habíais pasado por el supermercado porque Javier os quería comprar un postre rico y lo podíais elegir. Luego os había preparado pollo y patatas. La verdad es que estaba rico, pero te habías dejado la mitad sin terminar para que supiera que no te gustaba nada tener que quedarte con él. También había alquilado dos pelis de Disney en el videoclub para verlas después de cenar y, aunque te apetecía un montón ver *La Sirenita* y volver a ver *Peter Pan*, habías dicho que te quedaban muchos deberes por hacer. Aunque en realidad te habías metido en la habitación para dibujar cosas de Chispa la Avispa. Ningún dibujo te salía bien porque notabas que querías llorar, que una bola se te había puesto en la garganta, así que te habías metido en la cama, pero no podías dormir porque te había dado por pensar que a lo mejor tu padre había vuelto a casa y al ver por la ventana a Javier llenando su parte del armario, su mesilla de noche, su sitio en el sofá, sus estanterías con sus libros y sus películas y sus cajas de juegos demasiado difíciles para vosotros, se creería que ya le habíais cambiado por otro y se habría ido. Lo habías imaginado triste, enfadado contigo, con tu madre, también con Raúl, aunque ni lo conocía. Tanto que ahora sí que ya no iba a volver nunca.

De camino al colegio le habías dicho a Javier que volverías a ir a casa de Sara a jugar y que luego ya te iría a recoger tu madre, que volvía esa tarde de Sevilla. Así que mientras don Ricardo explicaba cómo llevar un número en una suma, tú dibujabas y pensabas sin parar en el mejor plan del universo: al salir del colegio le dirías a Sara que no podías quedarte a jugar con ella, te tenías que ir a casa porque tu madre ya estaría de vuelta de su viaje. Después, te subirías a un autobús que te llevaría hasta el centro, irías a la policía y les dirías que estabas buscando a tu padre, que tenía que ir a por ti al colegio, pero no había ido. Te preguntarían su nombre y tú dirías Roberto Soto, y como los policías saben

averiguar dónde está la gente, descubrirían en qué casa vivía, le llamarían y al verte se acordaría de lo mucho que te echaba de menos, te explicaría por qué se había tenido que ir y te pediría que fueras a vivir con él. Estabas pensando tanto en todo eso que ya ni te acordabas de que estabas en clase y Sara te tiró de la manga. Te tiró muy fuerte. Nuria, a la pizarra, oíste que decía don Ricardo. Y su voz sonaba a enfado, parecía que era por lo menos la quinta vez que te llamaba, y tú ni te habías enterado, concentrada como estabas en el plan del autobús y los policías y en cómo te iba a abrazar de fuerte tu padre cuando te viera, de tan contento. Te pusiste de pie y te agarró tal tembleque en las piernas, que casi te tropezaste andando hacia la pizarra. Miraste a don Ricardo, ya con la cara esa que ponía cuando sabía que no tenías ni idea de la respuesta, como si fuera a soltar un estornudo o tuviera algo importante que mirar en el techo. Escribió una suma en la pizarra y te dijo que era fácil, que seguro que sabías cómo resolverla. Ciento sesenta y cuatro más cuarenta y dos y no tenías ni idea de por dónde empezar. Cuatro más dos, seis, y escribiste el seis, y luego cuatro y seis daban diez, y no sabías si tenías que escribir el uno y el cero o solo el cero o solo el uno, o vete tú a saber. Te quedaste callada y le miraste y miraste a la pizarra y pusiste un cero y, al rato, un uno delante del cero. Oíste una risita y luego una risa fuerte. Supiste que ese uno no estaba bien y que esa risa era de Nicolás Osorio. Porque Nicolás Osorio era tan tonto que te habría gustado que se le hubieran partido todos los dientes de delante el día que se cayó en la piscina, y no solo uno como le pasó, porque así no abriría la boca para soltar todas esas tonterías que soltaba el idiota integral.

Vaya, vaya, dijo don Ricardo, parece que Nuria estaba un poquito despistada. ¡Nuria, cenutria!, oíste que gritaba Nicolás Osorio con ese tono de tonto que ponía cuando se burlaba de ti y de tus amigas, y te dieron ganas de pegarle y sacarle todos los dientes, aunque de lo que más te dieron ganas fue de llorar, salir corriendo, no volver nunca más a la clase de matemáticas. Te diste la vuelta y borraste el uno y volviste a mirar a don Ricardo. Eso está mejor, dijo, sigue. ¡Nuria, cenutria!, volvió a gritar Nicolás Osorio. Se rio toda la clase, menos tus amigos, claro, y don Ricardo se dio la vuelta y gritó ¡Silencio! con tanta fuerza que todos se callaron de golpe y se oía

hasta cómo los lápices escribían encima del folio. Don Ricardo dijo que si escuchaba algo más mientras una compañera estaba en la pizarra, nos castigaría a todos a quedarnos sin recreo y a hacer por lo menos ochocientas sumas. Te volvió a mirar y te pidió que siguieras. No sé, le dijiste, me hago un lío con llevar los números. Y casi, casi te pusiste a llorar ahí delante de todos. Él, serio, te explicó cómo tenías que subir el uno para arriba y sumarlo después. Sonó la sirena y te pidió que esperaras. De fondo oíste la risita de Nicolás Osorio y de su amigo Juan Clemente, los dos idiotas más rematados que habías conocido en tu vida entera. Don Ricardo te explicó cómo llevar los números y le prometiste que no se te iba a olvidar nunca, aunque seguías sin tener ni idea de cómo se hacía. Te dijo que o dejabas de pintarrapear y prestabas atención en clase, o no te iba a ir nada bien en la vida. Sin saber sumar y restar a uno le engañan todo el tiempo, te dijo como si fuera un secreto superimportante. Tú no quieres que te roben, ¿verdad? Hiciste que no con la cabeza, porque si hablabas te ponías a llorar casi seguro. Estudia más, Nuria, que no eres tonta, y luego ya te pidió que fueras al recreo a comerte el bocadillo.

Corriste al baño y te lavaste la cara un montón de veces para no ponerte a llorar como los pequeños. Entre lo que te había pasado con don Ricardo y pensar en el plan, estabas tan nerviosa que en el recreo te pasaste todo el tiempo yendo a hacer pis. Sara te dijo que eras la amiga más meona que tenía y que se iba a buscar otra que dejara de dibujar tanto y a la que le gustara hacer coreografías. Otro día te habrías enfadado un poco, pero ese día estabas tan concentrada pensando en el plan, que preferiste no decirle nada y te pasaste cambiando cromos con ella y las otras de clase lo que quedaba del recreo. Decidiste que estudiarías muchas matemáticas en el colegio al que te llevaría tu padre, y dibujarías menos. No querías que te robara todo el mundo.

La clase de plástica se pasó muy rápido. Había que pintar con ceras de colores y cubrirlo todo de cera negra, luego pasar un punzón que pinchaba y con el que Juan Clemente una vez se hizo sangre porque se lo clavó en el dedo pequeño, de lo rematadamente idiota que era. Cuando sonó la sirena, no habías mirado el reloj ni una sola vez. Le dijiste a Sara que Javier no te



dejaba ir a jugar esa tarde a su casa. Ella puso la cara de besugo que ponía cuando se enfadaba contigo: sacaba morros y abría mucho los ojos y se volvía fea, con lo guapa que era de normal. Sabías que te perdonaría cuando le contaras todo lo que había pasado y podríais mandaros cartas. Y sabías que jugaría a las Barbies contando tu historia cuando tuviera una mejor amiga nueva. El Ken del pelo pintado con tñpex sería tu padre. De eso estabas segura.

Te colgaste la mochila y te fuiste corriendo. Javier estaría en la salida de los pequeños esperando a Raúl y no querías que te pillara. Así que, en lugar de ir por la calle de delante del colegio, giraste por el parque de al lado y corraste sin parar hasta la parada del autobús. Tenías veinte duros en el bolsillo, te los había dado Javier por si querías comprar merienda y no andar comiendo el bocadillo de la madre de Sara, y creías que con eso podrías montarte en el bus, pero tampoco lo tenías tan claro. Nunca habías viajado sola, siempre habías ido con Raúl y con tu madre, o con Javier, o con los abuelos, así que rezaste un Jesusito de mi vida para poder subir, aunque nunca, nunca, nunca rezabas para conseguir nada importante porque no entendías muy bien de qué servía rezar a Jesús como si fuera un niño, si ya era mayor y, además, ya se había muerto en una cruz y todo eso. A veces intentabas entenderlo, y si lo pensabas mucho rato notabas que se te calentaba la cabeza. Por eso ya no rezabas nunca.

El autobús tardaba y te pusiste nerviosa por si Javier pasaba por allí cerca y te descubría, o por si cualquier vecina te preguntaba adónde ibas tú sola, así que te pusiste la capucha del chándal y agachaste la cabeza. El tiempo se te hizo tan largo como la clase de don Ricardo. Al pensar en su cara de patata, apretaste los puños de la rabia por lo que te había ocurrido y durante un rato ni se te pasó por la cabeza el plan o el miedo que te daba que tu padre no se acordara de ti ni un poquito. Llegó el treinta y ocho y te montaste. Era el bus en el que ibas con mamá a El Corte Inglés, y al lado de El Corte Inglés había una oficina de policía, eso seguro. Te encantaba comprar allí porque las escaleras subían solas para que tú no tuvieras que moverte ni un poquito, y las cosas olían superbién y

querías comprarlas todas y siempre, antes de irte de allí, te comías un sándwich mixto con una Coca-Cola en el bar de la última planta.

Cuando el autobús se puso en marcha y ya estabas subida, viste que venía el ochenta y tres por detrás y, de repente, ya no te acordabas de cuál de los dos era el que cogías con tu madre. No te podías bajar, así que volviste a rezar el Jesusito de mi vida rogando no haberte equivocado. Empezaste a pasar por calles llenas de parques donde un montón de niños jugaban, gritaban, se reían, montaban en bici, en patines. Pasaste también por una carretera larga que nunca terminaba, con puentes por los que cruzaba un río medio seco. Por un jardín que parecía un bosque de los árboles tan altos que tenía, y viste un montón de cruces y pensaste que por la noche darían miedo. Ninguna de las casas y las calles que veías por la ventana te sonaban ni un poquito y supiste que sí, que te habías equivocado de autobús. No querías llorar porque había una señora que te miraba todo el tiempo de reojo, a lo mejor porque pensaba que eras demasiado pequeña para ir sola. Aunque claro, ella cómo iba a entender lo que era que tu padre viviera a saber dónde. Le podrías preguntar si el autobús iba a El Corte Inglés, pero se bajó en la siguiente parada enfrente de una churrería y, al verla, te dio un hambre superfuerte porque a esa hora por las tardes ya habías merendado un bocadillo más grande que tu mochila. Tanto pensar en el plan y ni se te había ocurrido coger un Bollycao de la despensa. No podías ser más melón.

Después de un montón de rato, el autobús se vació y solo quedaron un chico con una gorra de colores y las gafas de sol puestas, que parecía un idiota rematado porque había muchísimas nubes en el cielo, y un señor con una guitarra colgada a la espalda, que olía raro y tenía el pelo pegajoso y un pañuelo que le salía de un bolsillo de la chaqueta. Los dos se bajaron en la parada siguiente y, al mirar por la ventana, solo viste pisos y pisos. Ni una oficina de policía, ni una tienda, ni nada que sirviera para ayudarte en tu plan. Niña, la próxima parada es la última, te dijo el conductor. Vale, y tu voz debió de sonar medio rara porque él enseguida se dio la vuelta y te miró y te preguntó por tu madre. Eres muy pequeña para ir sola, te dijo. Y le respondiste que eras bajita, porque eras de las más bajitas de la clase, pero eras mayor. ¿Adónde vas?, quería saber el

metomentodo. A casa de mi padre, pero creo que me he equivocado de autobús. ¿Sabes dónde está tu casa?, te preguntó. ¿Sabes cuál es la parada? Y dijiste que sí, aunque te callaste muy rápido sin dar la dirección, por si te llevaba de vuelta con tu madre y con el pesado de Javier. Pero me he olvidado, mentiste. ¿Me podría usted parar cerca de El Corte Inglés? Y ahora sí que el conductor te miró raro. Tenía un bigote con los pelos muy tiesos y muy blancos, y pensaste que se le quedarían pegados los mocos y la nata blanda de encima de las tartas, el chocolate de en medio del roscón, y viste que por las orejas le salían pelos igual de blancos, como si estuvieran conectados por dentro de su cabeza. ¿Cuántos años tienes? Te estabas hartando, porque si te llevaba a una oficina de policías allí podrían encontrar a tu padre sin hacerte tantas preguntas ni darle tantas vueltas. Ocho, respondiste, casi, casi nueve, dijiste enseguida, aunque aún faltaban más de siete meses para tu cumpleaños. Vamos a hacer una cosa, ¿cómo te llamas? Nuria. Nuria, repitió, te bajas ahora aquí conmigo, ¿vale? Y con mi mujer, que me está esperando, te llevamos de vuelta con tus padres, ¿te parece? Mi padre no vive donde mi madre, dijiste. Prefiero ir a la policía. ¿De dónde vienes?, preguntó otra vez. ¿Te ha pasado algo? Vengo de la escuela, señor, pero me he equivocado de autobús, quiero ir donde El Corte Inglés, le respondiste, solo para que te contara de una vez en qué número te tenías que subir. Y ya.

Te dijo que se llamaba Zacarías y paró el bus. Vaya risa te dio ese nombre tan feo, pero te callaste. Al bajaros en la parada, había un hombre vestido como él que se subió a conducir el autobús después de chocarle la mano. Zacarías también saludó a una mujer que le esperaba. Tenía el pelo corto y rubio y con algunos pelos tan blancos como los de él, y llevaba unos pendientes muy largos. Esta es Rosa. Esta es Nuria, os presentó. Nuria se ha perdido y no sabe volver a casa. Hablaron en voz baja y Rosa te preguntó si querías ir a la comisaría. Donde la policía, sí, para que me lleven con mi padre. Volvieron a decirse cosas en voz baja y Rosa, que al parecer le gustaba más hablar que a Zacarías, te preguntó cuál era tu colegio. Hermanos Pinzón, dijiste. Ella le susurró en voz baja que ese estaba por el sur, que a lo mejor te podían llevar allí y preguntar al conserje. Y tú dijiste que no, que no pasaba nada, que mejor ir a

la policía. Rosa no quería que te preocuparas y te agarró de la mano. Te sentiste medio tonta porque ya hacía tiempo que no te gustaba andar agarrada de la mano de nadie, ni siquiera de la de mamá. Menos mal que fue solo un ratito, hasta que llegasteis delante de un coche pequeño, blanco y sucio y con pegatinas. Conducía Rosa. ¿No te acuerdas de dónde está tu casa, entonces?, volvió a preguntarte Zacarías. Quiero ir a casa de Roberto Soto, mi padre. Rosa, que ya te habías dado cuenta de que era una marimandona integral, le dijo en voz baja que lo mejor era llevarte al colegio y preguntar allí. Vamos a la policía, por favor, ellos saben dónde vive toda la gente. Zacarías te pidió que te abrocharas el cinturón y volviste a tener ganas de llorar, sentada en el asiento de atrás de ese coche que olía a naranjas, con un hombre y una mujer que hablaban bajito para que no pudieras escucharlos y a veces se daban la vuelta para decirte que no pasaba nada. ¿Y ellos cómo iban a saber lo que pasaba? Te acordaste de Nicolás Osorio llamándote Nuria cenutria, y pensaste que sí, que eras una cenutria. Que no podías ser más rematadamente mema, tenías que haberte ido corriendo y no quedarte con Zacarías, el conductor de autobús que no iba a El Corte Inglés, con esos pelos tan raros y tan blancos.

El cole estará cerrado, les dijiste a ver si te hacían caso de una vez. Querías que se dieran cuenta de que no eras ni tan tonta ni tan pequeña. No te preocupes, dijo Zacarías, vamos a hablar con el conserje a ver si nos puede ayudar. Pensaste en la cara de don Emilio, siempre enfadándose con todos los niños por pisar el césped que tenía enfrente de su casa. Si fueras más valiente, abrirías la puerta y saltarías a lo loco, pero seguro que te atropellaba un coche o un camión o el treinta y ocho volviendo al parque. Llegasteis enseguida al colegio, con el rato tan largo que había tardado el autobús. Rosa se quedó en el coche y puso la radio superalta con cosas de fútbol. Zacarías te acompañó a casa de Emilio y su mujer, Mercedes, que fue la que os abrió la puerta. ¡Nuria, mi niña! Y Zacarías le contó que andabas en el autobús que él conducía y, al decirlo, señaló las letras de la camiseta: EMT. Mercedes os dijo que Javier y tu madre habían pasado a preguntar si te habías quedado en el colegio, porque habían ido a casa de Sara y no estabas allí. Tus padres te están buscando, Nuria, te dijo. Y tú pensaste que por

qué esa señora decía que Javier era tu padre, o por qué te llamaba «mi niña» si casi ni te conocía, más que por una vez que os persiguió a Sara y a ti con el mocho por haber tirado cáscaras de pipas en las amapolas. Gracias, le dijo a Zacarías, ay, esta criatura, ¿en qué estaría pensando? Ya la llevo yo a casa. Pero Zacarías contestó que, ya que estaba allí, no le importaba acercarme. Vale, respondió Mercedes y se metió para dentro. Tardó un rato en salir con una carpeta en la que estaba la dirección de tu casa. Mercedes le dio la mano a Zacarías, emocionada, como si tú fueras su propia hija y nunca te hubiera gritado por lo de las amapolas. Volviendo al coche estuviste a punto de irte corriendo porque pensaste que tu madre estaría tan enfadada contigo que ya nunca más tendrías regalos de Reyes, ni de cumpleaños, ni de nada.

Apenas tardasteis un minuto en llegar a tu casa, con el partido de fútbol de fondo en la radio y Rosa gritando cada dos por tres porque creía que iba a marcar el Atleti. Le dijiste a Zacarías que no hacía falta que subiera contigo, pero él quería dejarte sana y salva con tu madre. Llamaste al timbre, y al responder con un yo al quién es, tu madre gritó tanto que te pareció que el telefonillo temblaba. En el ascensor, Zacarías quería saber por qué te habías subido a un autobús si vivías tan cerca del colegio, y tú le respondiste que qué le importaba a él, menudo metomentodo más integral. Tu madre casi te ahoga cuando abrió la puerta porque te abrazó tan, tan fuerte que no podías ni respirar. Sin soltarte ni un poquito, le dio las gracias con efusividad a Zacarías, que decía que no era nada, pero sonreía porque seguro que se creía Superman. ¿Quiere un café?, le ofreció. ¿O agua? ¿O una copita? Y Zacarías le dijo que nada, nada, que su mujer le estaba esperando abajo. ¿Dónde te habías metido, Nuria?, quiso saber tu madre. Estaba yendo a casa de su padre y se ha equivocado de autobús, contestó Zacarías, metomentodo rematado, como si alguien le hubiera preguntado a él. Tu madre contrajo la cara, hasta que la nariz, los ojos y la boca parecía que estuvieran juntos y te soltó un bofetón que no te esperabas. Te quedaste parada, sin poder ni llorar del susto que te había dado. Y solo quisiste que el bigote blanco de Zacarías fuera más largo y se le atara arriba y abajo de la boca y no le dejara hablar nunca jamás. Tu madre no paraba de decirle que la perdonara por el bofetón, como si

se lo hubiera dado a él, que había estado muy nerviosa toda la tarde sin saber nada de la niña. Zacarías le dijo que una hostia a tiempo es lo mejor. Tanto remilgo. Tu madre se quedó callada al oírle decir eso. Zacarías se despidió rápido con la historia de que su mujer le esperaba en el coche. Tu madre le dio las gracias otra vez y cerró la puerta y te abrazó con más fuerza que antes.

Perdóname, te decía, perdóname, cariño. Y tú empezaste a llorar. No me vuelvas a dar un susto así, repetía tu madre. Tu padre no vive en Madrid, Nuria, no sé ni dónde vive. Un día intentaremos hablar con él, te lo prometo. Pero, por favor, cariño, no me vuelvas a hacer esto. La voz de tu madre sonaba rara. A ver cómo avisamos a Javier de que ya has vuelto, lleva dos horas buscándote por el barrio. A Raúl le hemos dejado en casa de los primos, y empezó a reírse de repente. Entonces te diste cuenta de que te habías portado mal. No llores más, boba, dijo tu madre, ya estás en casa, todo va bien. Pero no podías parar. No sé llevar números en una suma, le dijiste, porque te habías puesto a pensar en eso, ahí, ahogándote con las lágrimas saladas, con los mocos, con la respiración que iba tan rápida como si hubieras tomado café igual que Sara. Entonces tu madre te agarró en brazos, aunque le llegabas ya por la cintura, y te llenó la cara pegajosa de besos. Te voy a preparar un bocadillo de jamón bueno, bueno, y te ayudo con los deberes, que con lo lista que es mi niña, ¿cómo no va a saber sumar? Entonces fuiste tú quien abrazó a tu madre mientras pensabas que hasta que volvieran Javier y Raúl la podías tener para ti sola. Aunque fuera un ratito.

El esqueleto flota sobre mi cabeza. Me asusta estar parada bajo el gigantesco cráneo, la caja torácica, pero no quiero moverme por si al fin llega Raúl, por si no me encuentra. Es la una menos cuarto y empiezo a ponerme nerviosa, hemos quedado hace más de media hora y no aparece, no responde al teléfono. Cada vez que miro al techo temo que los huesos de la ballena caigan, enormes, que me aplasten, que acaben conmigo; mi pequeño cuerpo desangrándose sobre el parqué encerado, bajo el peso de uno de los animales más grandes del mundo. Alegórico y bello, al menos.

Ayer llamé a Raúl para quedar a tomar un café. Le propuse ir al bar de Sergio o que se viniera a casa, pero prefería que nos viéramos aquí, en el Museo de Ciencias Naturales. Quiero hablar contigo, Raúl, le insistí. Paseamos por allí y hablamos, ¿qué más da un sitio que otro? Tengo ganas de ver la ballena, y colgó sin darme tiempo a responder. Pero yo solo quiero contarle que tenemos una hermana, un sobrino. Quiero contarle que hace dos días, en el hospital, el enfermero me dio una caja que Laura había dejado para mí. Una caja con retazos de nuestro padre, con objetos, fotos, papeles que imagino serían su manera de recordarnos. O de guardarnos para conservarnos en un aparte, como los fósiles que se exhiben aquí cuando se apaga la luz y se cierran las puertas.

Si Raúl no aparece en cinco minutos, me voy a ir, le voy a dejar un mensaje, cabreada, insultándole, pidiéndole explicaciones de camino a mi piso y, cuando llegue, apagaré el móvil. Que le jodan.

Es una ballena rorcual, oigo la voz de mi hermano, que se planta junto a mí, tan tranquilo. Joder, Raúl, ¿dónde estabas? Aquí, me dice, como si nada. ¡Llevo una hora esperándote! Shh, el ruido puede romper el equilibrio con el que están colocados los huesos, fíjate, me señala unos cadáveres de perro, sus cráneos sonrientes, y solo me dan ganas de golpear el cráneo de mi hermano mientras él se ríe de mí. Llevo una puta hora esperándote, Raúl, repito en voz

baja, con más mala hostia que antes. He llegado supertemprano, me dice, y me he puesto a dar una vuelta por aquí. Lo siento, he perdido la noción del tiempo. Eres subnormal. Y mi hermano señala el esqueleto de la ballena como única respuesta a mi insulto. Impresiona, ¿verdad? Imagina cuando la encontraron, Nuria, parecería un barco varado en la playa. Madre mía, piensas que es mucho cuando lees veinte metros, pero hasta que no ves que ocupa casi toda la sala, no entiendes lo enorme que es. Sí, es la hostia el cadáver, asiento. ¿Nos vamos? Y Raúl se ríe porque recuerda que en ese mismo museo llamaba cadáver a todos los esqueletos cuando éramos niños. Ya eras una morbosilla de pequeña, me suelta, acariciándome el brazo con cariño, aunque no sea muy dado a las muestras de afecto. Si ya llevas un rato por aquí, mejor tomamos un café, ¿no?, le digo. ¿Ya te quieres ir? Espera un poco, te quiero enseñar algo, me dice mi hermano, las gafas a la altura de la nariz, sus manos jugueteando con un tríptico del museo, y se pone a leer la información expuesta en una columna luminosa. ¿Qué me quieres enseñar ahora? Lo he visto todo mil veces. Y ya me sé la ballena de memoria, ¡vámonos! Nuria, nos van a echar, no grites, y mira otra vez al techo, como abducido por los huesos enormes, por el peso del esqueleto, y veo que le asoma una cana, solo una, entre el pelo del mismo color rojo que el de mi madre, que el mío, y siento que es absurdo llamar hermano pequeño a ese hombre que se da la vuelta y me mira, sus bonitos ojos verdes con patas de gallo asomando en los bordes. Tienes una cana, le digo. Quería ver la ballena, desde que la tienen expuesta no había podido venir, me dice sin mirarme, volviendo los ojos hacia el esqueleto. Y has pensado: si tengo que parar de escribir la tesis un rato para ver a mi hermana, mejor quedo con ella allí y mato dos pájaros de un tiro, respondo, molesta. Equilicuá, reconoce, vamos a la parte de los dinosaurios, va, que te quiero enseñar algo. Luego nos largamos. Prometido, dice, y me pone nerviosa con su insistencia. ¿Qué te hace pensar que quiero ver los dinosaurios, Raúl? Lo que quiero es hablar contigo, ponernos al día, saber cómo estás. Eres una rancia, me responde y tira de mi vestido de florecillas lleno de bolas. Yo me planto a la sombra de la ballena con los dos pies firmemente agarrados al suelo, igual que hacía nuestro perro *Néstor*, el pequeño



chucho de color marrón y morro alargado, cuando lo llevábamos a pasear y se quedaba quieto de golpe, dando un frenazo porque quería mear en la rueda de cualquier coche. Venga, Nuria, no seas niña. Resoplo y le sigo, tirada por su mano, que sigue deformando mi vestido ya de por sí hecho polvo.

¿Has visto a mamá últimamente?, me pregunta mientras me arrastra a la otra sala. No. Iba a quedar con ella, pero se me complicó, le digo. Raúl asiente con la comisura del labio torcida en mueca. Odio ese gesto. Vete a la mierda, anda, le digo al oído para no espantar a un anciano venerable que pasa cerca de nosotros con un niño y una niña cogidos de la mano, bajitos, cabezudos, con el uniforme del colegio lleno de lamparones. Les adelantamos y mi hermano camina rápido, sin dirigirme la palabra. ¿No íbamos a pasear mientras charlábamos?, le pregunto. Claro, cuéntame, pero ni siquiera me mira mientras sigue andando con fijación, hasta que llegamos a la sala donde se exponen los dinosaurios.

¡Alucina con el tamaño del diplodocus!, señala el esqueleto que parece de plástico, macizo y oscuro. Esta monstruosidad se paseaba por aquí mientras nosotros éramos nada. Nada, insiste mi hermano, emocionado. ¿No te da que pensar, Nuria? Es una réplica, señalo el cartel, odio cuando se pone intenso, pero mi hermano me ignora, los ojitos encendidos. ¡Vámonos, Raúl! Solo quiero sacarle de allí, hablarle de otros dinosaurios, los que hay en la caja que me dio el enfermero en el hospital, gafas a lo Lennon, de nuevo camisa hawaiana, de nuevo bata abierta. Mis dos dinosaurios de goma, los dos dinosaurios de goma que mi padre me regaló un domingo de Rastro en el que yo, una mocosa que apenas le llegaba a las rodillas, paseé por la calle Ribera de Curtidores entera subida a sus hombros, una reina, la suya, viendo las coronillas de la gente desde arriba, tanta gente, viendo las lonas de los puestos grises y azules, los bolsos colgados, las camisetas, las fajas, los calcetines tres por el precio de dos. Recuerdo el olor a encurtidos, a calamares fritos, el vocerío de la gente, el calor sólido, los gritos de los vendedores.

Laura ha dejado esto para ti, no estaba segura de si vendrías, aunque imaginaba que sí, la voz del enfermero con un deje de misterio, como si disfrutara de esa historia ajena que se desplegaba ante sus ojos. Pero insistió en que si venías te lo diera, el enfermero

me tendió una caja de cartón que antes había contenido un robot de cocina y ahora, sin abrirla, imaginé llena de papeles, de recuerdos, fotos, dobles vidas. Le pregunté, mientras sostenía la caja entre mis manos y supe que dolería abrirla, si podía ver a mi padre, aunque al decirlo me sentí incapaz de entrar, de verle, de ver la mancha, y me respondió que mejor esperara un poco. La esposa del paciente está dentro, me dijo, y que mejor más tarde o quizá mañana a mediodía, el segundo turno de visitas, y quise verla a través del cristal, ver cómo era la mujer de mi padre, pero recordé la habitación, el ruido de las máquinas que respiraban por él, el rostro cetrino, la mancha alargada en el brazo que crecía y le ocupaba el torso, la cara, la cama, la mancha que se derramaba por el suelo, trepaba por mi cuerpo y se enroscaba en mi cuello, con fuerza, ahogándome, y no quise insistir más y agarré la caja que pesaba, que imaginé llena de secretos, y me fui, el yodoformo pegajoso cerrando mi garganta.

Mira, dice Raúl y señala una vitrina de la sala de evolución humana, ¿crees que esos dientes les servían para morder la carne? Con lo tiosa que se quedaría sin nevera ni nada, mi hermano sigue con sus ocurrencias. Y yo me cabreo porque solo quiero hablarle de la caja, de las cartas, las fotos, el olor a mentiras, a cerrado. Joder, me dice, ya tenían monedas en esa época, y observa unas láminas de metal con forma ovalada. Y podría ser un buen momento para hablarle, para contarle que en la caja hay un colgante de plata con el nombre de mi madre grabado, el nombre de mi padre grabado y una fecha de un día lejano, antes de que yo existiera. Quizá un pincel como el que usan para limpiar los fósiles debería bailar sobre esos recuerdos para eliminar los años polvorientos que los cubren, las capas de mierda. Y hay fotos nuestras: Raúl dormido en la cuna del hospital, yo disfrazada de Wilma Picapiedra, yo con papá y un bollo de chocolate repartido entre mi mano y mi cara. Y hay folios, cubiertos por la letra de mamá, algunos carcomidos, encerrados en sobres que, a pesar de estar escritos por ella, nunca responden al mismo remitente, nunca muestran su nombre. Folios en los que le escribe a mi padre que le esperará el tiempo que haga falta, y luego que ya no puede esperar más, y luego que entiende la enfermedad de su hija y que necesita estar con ella, y luego que esperará hasta que se recupere y pueda divorciarse, volver con nosotros. Folios en

los que le manda ánimos por la salud delicada de sus padres, nuestros abuelos, folios en los que le cuenta que Raúl ha nacido, folios llenos de una caligrafía cada vez más ansiosa en los que anuncia que está harta de esperarle a pesar de las promesas que se intuye que asoman en cada carta de respuesta, unas respuestas que se adivinan cada vez más frías, más lejanas, en las que parece que le pedía a mi madre que dejara de escribirle, en las que le pedía distancia. Folios en los que empieza a faltar hueco para una contestación que ha dejado de llegar y, en su lugar, está la petición de explicaciones, más tarde de ayuda económica, y más tarde solo el grito rabioso de quien se declara autosuficiente, de quien le pide a mi padre que nunca intente conocer a su hijo, a Raúl, que nunca se acerque a su hija, a mí, que cuando quiera verles ya será demasiado tarde.

Nuria, te estoy aburriendo, ¿verdad? Mi hermano me devuelve al museo, a la sala iluminada, llena de pasado. Pues un poco, le respondo, cortante. ¿Te pasa algo?, pregunta. Joder, es que parece que tengo que pedir audiencia para hablar contigo, Raúl. Él solo sonrío, condescendiente. Vámonos, pesada, me dice, yo solo quería ver la ballena, y que nos emocionáramos con los dinosaurios, como cuando éramos pequeños. El otro día fui al hospital, interrumpo a mi hermano, harta ya de la milonga del museo. Él se pone serio, se detiene y posa la vista sobre un cartel cualquiera. No quiero hablar de él, no quiero hablar de nada relacionado con esta historia, me responde esquivando mis ojos. Vale, le digo. Me mira de reojo, le miro de reojo, no quiero decir nada, pero no puedo callarme: ¿Por qué me has traído aquí? ¿Para no hablar de esto?, y sueno molesta, y me doy cuenta de que lo estoy. Estoy enfadada. ¿Por qué siempre evitas hablar de esto?, le grito. Porque no tiene nada que ver conmigo, responde mi hermano mientras finge leer, pero sus ojos solo bailan a lo largo del texto. Ya te lo he dicho. Porque un señor que dejó tirada a nuestra madre esté a punto de morir, ¿tengo que volverme loco, estar triste, fingir que me importa, que estoy dolido porque está enfermo? Pues mira, la verdad, mi vecino del quinto acaba de estar en el quirófano y qué quieres que te diga, me ha tenido más en vilo que lo de nuestro padre. ¿Y por qué? Porque con ese señor me he cruzado en el rellano muchas veces y le he

dado las buenas noches y los buenos días y ha recibido mis paquetes cuando yo no estaba en casa y a papá nunca le he visto, más que un segundo, entubado en una habitación como si fuera un mueble. Raúl, tenemos una hermana. Y ahora sí me mira, se da la vuelta y me mira, me agarra por los hombros y clava sus ojos en los míos. Está serio tras las gafas empañadas. ¿Una? Seguramente tengamos más, pero ¿sabes qué? ¡Me la suda! Ese hombre no es nada mío. Y tuyo tampoco. Anda hacia una vitrina con pasos decididos, pero se da la vuelta y me mira de nuevo. Deberías parar de darle vueltas a esta historia, Nuria. No quiso saber nada de nosotros. Deja de perder energía en mierdas. Ahora soy yo la que aparto la vista. Lo digo por tu bien, insiste, engolando la voz, para que parezca más profunda, más seria. Cuando me habla así me hace pensar en la cantidad de conversaciones que imagino habrán tenido mi madre y él sobre que me haya quedado sin trabajo, sin Juan, sobre mi obsesión con mi padre, sobre mí. ¡Hace solo un mes que me despidieron, quiero respirar! Le suelto sin más, y bajo la voz al ver que a nuestro lado el vigilante de la sala empieza a sacar pecho. ¿De qué hablas?, pregunta mi hermano, extrañado. De que estoy harta de que mamá y tú me miréis así, grito, ¡con pena, como si fuera un jodido gato abandonado! A lo que el vigilante se pone de pie y me hace un gesto para que me calle. Nuria, ¿qué coño me cuentas de gatos abandonados?, noto la sorpresa en su voz. Siento cómo se me bloquea la mandíbula, cómo me pongo roja, cómo crecen las ganas de romper las vitrinas, lanzarle los fósiles al vigilante, lanzárselos a mi hermano. Ando hacia el pasillo que conecta con otras salas porque el vigilante se pone en pie y viene hacia nosotros. Raúl me sigue y nos metemos en el ascensor, quiero gritarle, pero dentro hay dos mujeres elegantes, cuyo olor a laca me marea, así que me quedo callada. Mi hermano, al ver que el cabreo ni me permite mirarlo, me agarra del codo. Venga, nos tomamos ese café, aunque ya me hayas soltado tu perorata y sé que era lo único que querías. Eres imbécil, le digo. Pagas tú. Y mejor invítame a comer, porque la hora que es, tú me dirás. Raúl, riéndose, me hace un corte de manga y las señoras nos miran de reojo con media sonrisa mientras salimos del ascensor.

No sé qué paranoias te entran, Nuria, pero nadie te mira con pena. Nunca nadie te ha mirado con pena. Evito levantar la cabeza, seguir con la conversación. A lo mejor es la manera esa de arrugar los ojos de mamá, pero eso es porque le han aumentado las dioptrías y no quiere ponerse gafas, la muy absurda, por si liga menos en los encuentros esos con jubilados a los que va los viernes cuando sale del curro, dice buscando que me ría. Aprovecha tu talento, haz algo con todas esas avispa que dibujas. Un cómic. Un cuento. Algo. Un máster de arte en el extranjero. No sé, esas cosas que hace la gente talentosa. Deja de estar enganchada al pasado. Sigue agarrado a mi brazo mientras me habla, como intentando sacarme de algún lugar en el que piensa que he caído. Imagino que tus años con papá fueron la hostia, pero ahora eres como una ex obsesiva. Fue una época buena, aunque permítame que dude de tu capacidad de juicio con cuatro años. ¿Dónde estaba después? Después nunca estuvo, como los padres de las pelis yanquis que no llegan al partido de béisbol de sus hijos. La que sí está es mamá. Asiento, queriendo cortar la conversación. ¿Vamos a comer, entonces?, le insisto. Espera, mi hermano me retiene, solo una última cosa. Mi cara debe de ser de hartura porque me da un beso en la mejilla. Tranquila, te invito a comer. Prometido. Solo una cosita más. Eres muy pesado, le digo, pero ya me he rendido a los encantos de mi hermano, que me lleva hacia el sótano del museo sin que yo pueda oponer ninguna resistencia. Hasta hace poco venía bastante, me dice. Me recuerda mucho a ti. A cuando veníamos de niños los fines de semana y nos pasábamos horas mirando los sapos en formol. Me hace gracia la manera en que Raúl consigue que entierre el hacha de guerra. Siempre sin rodeos.

Llegamos a una sala circular, las paredes de color granate, las estanterías repletas de anfibios blanquecinos, sumergidos en líquido. Esto es lo que te quería enseñar, dice y se detiene frente a una cajonera enorme, de madera vieja, cajones abiertos, cajas de madera acolchadas que exponen insectos clavados con agujas y cubiertos por un cristal desde hace más de trescientos años. ¡Las causantes de la mutación de Chispa la Avispa!, exclama. Y me río. Aunque el cabrón de Stan Lee había creado a *Wasp* y yo sin saberlo, le suelto. A lo mejor me plagió. Se ríe conmigo, y yo no

puedo evitar admirarlo, porque se acuerda de todo, porque mientras me señala las avispas disecadas, recuerdo cómo me adoraba de pequeño. Me dan ganas de pasar el dedo sobre ellas como sobre una cuchilla. ¿A que te ha hecho un poquito de ilusión?, pregunta, y yo le sonrío a modo de respuesta, asiento. Venga, vamos a comer por ahí, me dice sin soltar mi brazo, pero yo no respondo, solo miro a la avispa clavada en el acolchado de la caja de cristal, bajo la etiqueta HIMENÓPTERA, y me sorprende su cuerpo, casi plástico, sin cambios en la especie, sus antenas casi invisibles, me sorprenden sus alas, que a pesar de sus más de trescientos años siguen enteras, pergaminos transparentes. Inmóviles al fin tras tanto aleteo.

Mi madre en blanco y negro. Mi madre, el pelo largo, rojo, porque distingo el rojo a pesar de que el negativo no escupa ese color. Mi madre, las manos en las caderas, ¿algún problema?, parece preguntarle a quien atrapa la imagen. Y no tiene miedo, solo ganas. La camiseta anudada deja ver una cintura fina y fibrosa, los brazos fuertes, delicados.

Mi madre y mi padre en blanco y negro. Al fondo, el mar, ellos sobre una roca. La mirada de mi padre, serena, inquieta la de mi madre. Mi madre, la tripa inflada, el ombligo fuera y yo comiendo dentro, en sus entrañas; su melena le tapa la mitad de la cara y el viento la congela en la imagen. Mi padre, las gafas de sol, el pelo largo, la barba eterna, un cigarrillo en una mano mientras con la otra agarra a mi madre, firme, abrazándola, como si nunca fuera a empujarla fuera de la foto.

La caja está abierta y hay más fotos de mi madre desperdigadas por el suelo de mi salón. Y más fotos de mi padre, más de los dos juntos. Solo una de Raúl, acaba de nacer y está rojo y deforme y llora en la cuna de un hospital. Y hay cuatro fotos más. En una, disfrazada de Wilma Picapiedra, un hueso de pollo adorna mi coleta. En otra, agarrada a la pernera de mi padre, los dos con gafas de sol; yo con el gesto serio, él se aguanta la risa. En la foto me sorprende distinguir la mancha alargada en su brazo, la mancha que antes del hospital nunca vi. En otra, estoy subida en sus hombros y le muerdo la cabeza, también ríe en esta foto, ríe en todas las fotos. Incluso en la que estoy sentada en la falda de mi madre, pero me lanzo a sus brazos, los de mi padre, que me mira, fascinado. Detrás, las fechas borrosas escritas en bolígrafo: 1985, 1988, 1989. Después de 1989 ya no hay más fotos en la caja.

La caja también esconde el día en el Rastro; los dos dinosaurios que mi padre me regaló contienen el ruido, el calor, la emoción de ver la calle llena de gente desde sus hombros. Están las

cartas de mi madre. Quererse a veces no basta. Releo la frase varias veces. Y su letra, torcida, infantil, redonda, se expande por los folios como un grito y explota para extinguirse folio tras folio en un adiós lánguido y tembloroso.

Busco el colgante. Está ennegrecido. De nuevo, el nombre de mis padres grabado, y soy incapaz de contar las veces que he sacado hoy de esta caja cada uno de los recuerdos. También hay un diente, intuyo que es mi primer diente de leche, aunque podría ser el de Laura. Cuando lo he cogido del saquito de tela ha caído al suelo y ha rebotado sin romperse. Y da grima, redondo y blanco, amarilleado por los bordes, duro, aunque parezca blando cuando lo miras.

Extiendo en el suelo junto a las fotos el resto de las cosas que hay en la caja y lo observo, expuesto como si conformara un jeroglífico. También hay documentos. El contrato de venta de su mitad de la casa de la playa. La compradora de esa mitad es mi madre, se la queda toda. ¿Con qué dinero? ¿Compraste una casa con tu amante, papá, para luego encasquetársela, o de verdad pensabas dejar a tu familia? Unos papeles de divorcio con su nombre, Roberto Soto, y el de una tal Laura Jiménez, la madre de Laura, intuyo. Documentos dentro de un sobre, sin firmar. Son fotocopias. ¿Por qué las dejaría Laura? ¿Querría que yo las viera? ¿No querría verlas? ¿Qué pasó por tu cabeza, papá, para pensar en el divorcio, para olvidarlo después? Hay una libreta con poemas o frases copiadas de un libro de superación personal. El hoy no me pertenece, quizá el mañana. Rasgo cada minuto y tras él solo hay vacío. Sigo regando, pero recojo rastrojos. ¿Por qué escribía mi padre esas frases de autoayuda barata? ¿Por qué con esa caligrafía antigua y pomposa?

He dejado abierto el balcón. Una salida a la calle que oxigena mi piso, asfixiante, tan pequeño. Las avispas del mural me miran mientras mordisqueo los pellejos alrededor de mis uñas, el esmalte descascarillado. Una de las solapas que cierran la caja de cartón está hinchada, podría ser la humedad, pero creo que debajo de ella hay algo escondido. Intento levantarla, rasco las capas de cinta adhesiva, cavo como un perro, y siento que el fondo está lleno de astillas que se me clavan en la punta de los dedos.



Consigo levantar la solapa y descubro que esconde más sobres. Cartas cuyo destinatario es mi padre, los remitentes distintos, Ramón Ramírez, Jesús Gutiérrez, Iñaki Crespo... Abro una al azar. Ramón Ramírez dentro del sobre es Arantxa. Qué derroche de inventiva, qué sistema tan sofisticado, papá, como el que usabas con mamá, y parecía no fallarte nunca. Arantxa escribió su carta en 1994. En 1994 parece que mi padre no viajaba al norte para cerrar ventas de bombillas. O quizá el viaje le servía para varias cosas; despejarse de Laura, que estaría pesada en su adolescencia, pasar unos días en Getxo con Arantxa y vender bombillas. Bombillas como las que quedaron olvidadas en el armario del garaje. Bombillas que mi madre terminó por regalar a los vecinos tras haber roto algunas con rabia, haberlas barrido, habernos obligado a andar siempre con zapatos por la casa porque había cristallitos que seguían apareciendo meses después, por mucho que mi madre pasara el aspirador.

Parece que Arantxa (bueno, la empresa para la que Arantxa trabajaba) le compraba bombillas a mi padre; parece que Arantxa sabía, en ese 1994 en que data la carta, que mi padre estaba casado. Quizá no sabía que mi padre era padre, que tenía una hija, o tres hijos. Quizá más. En lo que insistía Arantxa es en que ellos tenían algo especial. En esos paseos mirándose a los ojos. En esas cenas. En esas cartas que él le mandaba. En la complicidad. No te sientas tan especial, Arantxa, había un club en el que Ramón Ramírez no era el único miembro. También leo en la carta referencias a un sexo pleno y desenfrenado. Metáforas que me dan vergüenza y me obligan a detener la lectura, a olvidar que el destinatario es mi padre. Hay más cartas de Arantxa. Las últimas dejan de lado la pasión para pasar al enfado. Y empiezo a reírme cuando descubro que también hay cartas de Ana y sus días en Plasencia. De Lucía y lo bien que lo pasaron en Alicante. De Loli y las playas de Huelva. Mi padre y su *Un país en la mochila* versión turismo sexual. Quiero enfadarme, pero me empiezo a reír. Aunque me falta el aire. ¿Laura sabrá esto? ¿Y su madre? A la mía ya le debe dar igual.

Quiero fumarme un cigarro. Quiero ahogarme, gritar con rabia hasta despertar a los vecinos, hasta que los cristales vibren y

estallen y dejen de devolverme el reflejo que acabo de ver en la ventana: yo en bragas, tan delgada, la camiseta hecha un guiñapo, las ojeras. Que estallen y dejen cristalitas en el salón, entre los cojines del sofá, entre las sábanas, entre los cómics, mis dibujos. Cristalitas entre las cosas de mi padre.

Levanto la cabeza consciente de que las avispas del mural no son las únicas que me miran. Mi vecino, oculto en la penumbra, me observa desde la ventana. Mi vecino, que parece ser testigo de mi vida. Y aunque me da igual que me vea medio desnuda cuando bailo *Centro di gravità permanente* de Battiato con el volumen al máximo o que me vea entrar en la ducha; aunque incluso me dio igual que me viera cuando Juan y yo nos metimos mano en el sofá y le descubrimos oculto tras la persiana, hoy no. Hoy no me da igual que me mire desde detrás de la cortina. Hoy me jode. Me siento vulnerable, como si al llegar a casa descubriera que un ladrón ha estado revolviendo entre mis cosas.

Cierro la persiana. Me avergüenza que me haya visto en el momento en que yo descubría quién era mi padre. Que me haya visto al encontrarme con el seductor que escribía versos, con el hortera de las frases inspiradas, con su sonrisa en las fotos, con la solapa secreta. Imagino a mi padre fumando Ducados mientras escribía esas cartas, mientras hablaba con todas esas mujeres; su tono tranquilo y seguro, encantador. Y esto me hace pensar en una vez que Juan me regaló un dibujo, lo saqué del sobre con ansia, esperaba el retrato que me hizo un día que se despertó antes que yo y me dibujó dormida. Pero al abrirlo encontré un autorretrato, Juan y su barba, su camisa a cuadros, sus ojos separados. Su puta boca entreabierta porque siempre tiene algo que decir. Y me irritó del mismo modo que hoy me irritan las cartas de mi padre, sus frases ridículas de superación personal.

Ahí, sentada en el suelo, empiezo a dibujar con compulsión. Me sorprende no estar dibujando una avispa (hace tiempo que no sé dibujar otra cosa) sino algo que es redondo, y al poco se convierte en una mujer que abraza un fardo y es un dibujo bueno y estúpido y ridículo y buenrollista y *new age*. Lo extiendo al lado del resto de las cosas y las miro, sentada en el suelo, pero las cartas, los objetos siguen inertes junto a mi dibujo, sin responder a nada.

Aún necesito ese cigarro. Salgo al balcón y me agarro a la barandilla, parece un filo cortante. Me acuerdo de los lemmings suicidas de la película de Disney a punto de abocarse al mar. Veo sombras en la ventana del vecino, parece, por el movimiento tras la cortina blanca, que aún me espía. Le miro y, aunque le mire, sigue ahí, sin apartarse. Nunca había aguantado tanto tiempo. Nos medimos, fijo la mirada en él, oculto tras la cortina. Distingo su gorra, sus gafas. Pienso en *American Beauty*, en la bolsa que flota hinchada por el viento, que es arte y es belleza. Pienso en las vitrinas del padre militar que exhiben armas. Apoyo el pitillo en una de las plantas del balcón, apenas le quedan hojas y las que le quedan son marrones, quebradizas. La planta que aún riego porque no quiero asumir que hace tiempo que está muerta. Me agarro a la baranda de puntillas, como intentando acercarme más a mi vecino, hablarle sin apartar mis ojos de los suyos. Preguntarle si ha visto en esa caja algo que a mí se me escapa. Sigue oculto, sin moverse. ¿Me está retando? Le saludo con la mano, pero no hay respuesta, solo permanece quieto tras la cortina. Recupero el pitillo y fumo sin apartar la mirada de la ventana. Él se acerca al centro del cristal, como si hubiera perdido la vergüenza, aunque intuyo sus hombros tensos. Sin apartar los ojos de mi vecino, doy la última calada, apago la colilla en el abono, agarro mi camiseta y me la subo hasta que me tapa la cara, hasta que deja ver mis tetas. Se las muestro sin rodeos, pequeñas y firmes, mientras aguanto la respiración. Se oye un estruendo, un persianazo. Mi vecino desaparece tras la ventana que se ha cerrado de golpe. Seguro que ni se hace una paja de la impresión.

Y me quedo ahí: las tetas al aire, la caja abierta con los retazos de mi padre, los trozos extendidos en el suelo. La autopsia de una vida que es difícil de descifrar porque su examen no conduce a ningún diagnóstico. Por un momento, soy la colilla ahogada en el abono. Pero entro en casa y en medio de esos retazos veo a mi madre, que me mira desde el suelo, las manos en las caderas. Su mentón levantado, que es mi mentón. Su boca fina, que es la mía. El cigarrillo en los labios. Segura de sí misma, de sus decisiones. Y aunque está seria, hay algo en sus ojos que me sonrío.

Era invierno, pero aun así fuisteis a la casa de la playa. Te gustaba ir, aunque no te pudieras bañar porque hacía frío, aunque no estuvieran tus amigos y las heladerías cerraran. Te gustaba porque Raúl y tú jugabais en chándal al lado del mar, y no había casi gente y encontrabais las conchas y las piedras más bonitas. Te gustaba porque el olor de la arena y del agua salada te recordaban al verano. Porque metías la nariz en el cajón donde tu madre guardaba las cremas para el sol y si cerrabas los ojos podías oír el ruido de la gente en el chiringuito, bajo la sombrilla, el ruido del mes de agosto, del paseo lleno de familias, de novios que se daban besos, de puestecitos que vendían llaveros, colchonetas, pendientes, postales. Podías oler el cloro de la piscina que a veces te tragabas sin querer y te salía por la nariz y te daba dolor de tripa. Jugabais en la arena y, aunque llevarais los cordones de las zapatillas superbién atados, se os colaba por la suela o por algún sitio que no conseguáis cerrar y al quitaros los calcetines salía lisita, haciendo un montón, y, aunque llevarais el anorak gordo, el aire del mar se os metía en la ropa y llegabais a casa con el frío muy dentro del cuerpo. Mucho frío. Muy adentro. En los huesos, decía tu madre, este frío se mete en los huesos.

Tu madre os había ido a buscar el viernes a la salida del colegio y ni siquiera era la hora porque aún te quedaba la clase de sociales con la seño Gema, y Raúl, que iba a una clase de pequeños, aún tenía que acabar de pintar los recortables. Pero tu madre tenía prisa y había hablado con la seño Gema y con la maestra de Raúl para que os dejaran salir porque quería llegar a la playa antes de que se fuera el sol y corría tanto con el coche que a veces temblaba el asiento. Durante el camino estaba seria, casi triste, y había puesto el casete de canciones que le gustaban y las cantaba moviendo los labios sin que se le oyera la voz ni un poquito. Raúl iba en el asiento de delante y, como tú te habías sentado detrás, para no aburrirse

porque tu madre no tenía ganas de hablar, se daba la vuelta y te fastidiaba tirándote de los cordones de las zapatillas. Estaba tan y tan pesado, que le habías dado una colleja. Entonces tu madre os había pegado un grito para que os estuvierais quietos. Pero no un grito normal como los que os daba a veces, no, un grito de verdad. Un grito que os había dejado tan planchados que no habíais abierto la boca en todo el camino. Así de seria, triste y enfadada estaba tu madre.

Hacía tres o cinco días que Javier se había ido y se había llevado todas las cosas de casa. A pesar de que tu deseo máximo y secreto y súper de verdad era que ese señor se fuera, te dio por pensar que te habías equivocado un poquito y que a veces era un padre bastante normal, como el de tus amigas, aunque fuera un raro, un pesado y tuviera una cara de conejo que no se podía aguantar. Había sido todo muy parecido a los capítulos de la telenovela que a veces veías con Sara en la tele de su abuela, y ella te volvía a contar en el recreo hasta que te dolía la cabeza. Porque Sara era tu mejor amiga, sí, pero cómo hablaba la pesada. Tu madre había estado callada los días antes de que Javier se fuera de vuestra casa después de haber estado allí todo tu primero, todo tu segundo y hasta casi todo tu tercero de EGB. Había pasado algo y te enteraste de menos de la mitad, como si ser pequeña fuera igual que ser tonta, que eso, la verdad, ya te tenía un poco harta. Solo tenías claro que se separaban. Y tú no podías ni creerlo después de la que armaron para casarse, que te habías tenido que vestir de rosa y había venido una orquesta y llevabas una corona de flores en la cabeza y todos lloraban de contentos y decían: ay, ahora sí, ahora sí, qué guapos están, qué suerte han tenido estos niños.

Por la mañana tu madre se había ido a trabajar, pero antes, había abrazado a Javier y se habían puesto los dos a hacer pucheros. Tanto que parecían niños de preescolar. Incluso se habían dado un beso en la boca. Que tú no entendías por qué se iban a separar si tenían tantas ganas de darse besos e iban a estar tristes todo el rato. Tu madre se había ido a trabajar y Javier os había dejado en el colegio para despedirse de vosotros, con los ojos de pena, y os había dicho que os quería como a sus hijos, que podíais contar con él si le necesitabais y que podíais ir a verle

cuando quisierais y no sé cuántas cosas más. También había repetido muchas veces que Raúl y tú siempre seríais sus mejores compañeros para ir al cine, para jugar a las películas. Raúl, que tú creías que nunca se enteraba de nada, te había contado antes de salir de casa que Javier quería que tuvierais hermanos, pero tu madre ya tenía bastante con vosotros dos. Te había dicho que los había oído hablar un montón de veces, que tú parecías sorda o algo. Mientras Javier se estaba despidiendo de vosotros, tu hermano le había interrumpido para preguntarle por qué quería hijos nuevos, por qué no estaba contento con vosotros dos y ya. Javier os había vuelto a decir que os quería mucho y también quería mucho a vuestra madre, por eso tenía tantas ganas de tener un bebé con ella, pero había cosas que eran muy complicadas y ya las entenderíais cuando fuerais más mayores. Y luego os había dado un abrazo del que os tuvisteis que soltar porque sonó la sirena y no podíais llegar tarde a la escuela.

Habías entrado en la clase tan seria que Sara te había preguntado qué te pasaba y le dijiste que Javier se iba. Ella te había contestado que no entendía nada, tendrías que estar contenta porque era lo que más habías deseado todo este tiempo, que se fuera el pesado. Menuda amiga más rara tenía. Y sí, la verdad es que eras rara, o al menos te sentías rara en la casa de la playa en invierno, con el frío dentro del cuerpo que no se iba ni echándote encima todas las mantas que encontrabas por la casa, con tu madre callada y viendo la tele sin enterarse de lo que ponían.

Desde que llegasteis a la playa para pasar ese fin de semana, te estabas acordando de aquel día de verano de hace un montón de años. Se te había quedado casi todo bien grabado en la cabeza, como un vídeo, aunque había pasado muchísimo tiempo y eras pequeña. Tenías cuatro años o menos y habías ido a comer al chiringuito con tu primo Marcos, con los tíos, con tus padres cuando aún estaban juntos y erais una familia normal y corriente, como la de tus amigas, y te cabían los juguetes en el armario porque Raúl aún estaba en la tripa de tu madre y no había que guardar sus Máster del Universo en ningún sitio. El chiringuito era lo más porque comprabas un helado y a veces te tocaba otro de regalo, estaba escrito en el palo de madera cuando acababas de chupar todo el

chocolate. Tus padres nunca querían que te comieras dos helados seguidos y tenías que guardar el palo para otro día, pero cuando estabais en el chiringuito y estaban tan contentos bebiendo vino y hablando con los tíos ni se enteraban, porque tu tío nunca cerraba la boca, siempre estaba hablando de los metros que tenía el apartamento que se había comprado, de los metros que tenía la barquita que se había comprado, de los metros que tenía el coche que se había comprado, de los metros que tenía la oficina que le habían puesto nueva en la empresa para la que trabajaba. Siempre hablaba de metros, tu tío, y cuando te acercabas a él, te daba veinte duros sin que se los pidieras. Por eso, cuando te tocaba un helado de regalo te lo comías seguido, sin darle ni un mordisco al primo Marcos, sin que tus padres se dieran cuenta, distraídos como estaban escuchando al tío, que hablaba más que ese señor de bigote que salía por la tele y no sabías cómo le daba tiempo a respirar de tantas cosas que decía.

Pero ese día de verano, no. Ese día te acordabas de que habías ido a recoger el segundo helado y tu madre se había dado cuenta enseguida. Tu padre había dicho que te lo podías comer, pero ella le había respondido que no y le había dado tu helado a la tía Lola, que se volvía loca con el chocolate, casi más que tú. Te habías enfadado muchísimo, y tu padre había dicho que tampoco pasaba nada por que un día te comieras dos helados, tu madre le había gritado algo seguramente sobre que te malcriaba, pero no lo recordabas bien. Esa noche papá se fue para siempre. No sabías por qué no parabas de acordarte de eso. De esos días en los que reñían todo el rato, hablaban en voz baja todo el rato, estaban serios todo el rato, te miraban con pena todo el rato.

Esos días aún eras pequeña y te daba miedo dormir en la casa de la playa y a veces te escondías detrás del sofá y veías las películas de mayores que veían tus padres, ahí, aguantando la respiración tras la montaña de cojines. Otras veces te quedabas en la habitación y jugabas con la luz encendida hasta que tu madre iba a verte y le pedías un cuento porque tenías miedo del ruido del mar por la noche, de las formas raras que había en la pared, del Cristo muerto que tu abuelo había colgado en el pasillo, de la risa de la vecina, que parecía una bruja. Y al final te dormías. Esa noche, la

noche en que tu padre se fue, era una de las que jugabas en la habitación sin poder cerrar los ojos. Tus padres te habían dado la cena, pero ellos ni siquiera habían cenado, solo hablaban bajo, hablaban mucho. Y había una maleta en la puerta, y te acordaste de que unos días antes, cuando os fuisteis de vuestra casa de Madrid, había más maletas, había cajas y otras cosas de papá desordenadas por el salón. Tu padre a veces se iba unos días para vender bombillas, hasta una semana, pero siempre volvía y te decía que cuando fueras mayor, podrías acompañarle. Pero luego supiste que todo era mentira. Porque esa vez se fue sin más, a lo mejor porque tu madre siempre estaba enfadándose con él, la regañona rematada, y no le acompañaste a ningún sitio, con la de veces que te lo había dicho.

Te acordabas de que aquella noche, al oír que la puerta se cerraba, te habías asomado al pasillo. En la entrada ya no había cajas, ya no había maletas. Habías corrido por toda la casa sin ver a tu padre, sin ver a tu madre. Habías oído el coche que se iba y habías salido al jardín. Era de noche y viste cómo las luces se alejaban por la calle, que el coche de tu padre no estaba enfrente de la casa, que algo asomaba en la piscina. Al acercarte tu madre estaba en el agua, se hacía la muerta con los ojos cerrados, la tripa que salía como la espalda de una ballena, como tu pelota hinchable de Nivea que nunca se hundía. Mamá, la llamabas, mamá, pero ella estaba dormida o se hacía la dormida y no te escuchaba. Al volver adentro, habías decidido quedarte en el sofá. Y seguramente te habías dormido y tu madre te había llevado en brazos a tu habitación porque a la mañana siguiente te despertaste en tu cama. Luego te preparó el desayuno y os fuisteis a la playa. Y cuando le preguntabas dónde estaba papá, ella te decía algo de que había ido a poner lámparas por el mundo o no sé qué mentira. Pero sabías que tu padre se había largado, harto de tu madre y de que le riñera todo el tiempo, y vete tú a saber adónde y vete tú a saber cuándo volvería.

No entendías por qué te estabas acordando tanto de todo eso. A lo mejor porque tu madre tenía la misma cara de mono que aquella vez, del mono serio que a tu hermano y a ti os daba risa y miedo en el Museo de Ciencias Naturales. A lo mejor porque Javier



se llevó cajas y maletas y dejó algunas estanterías vacías. O porque, aunque era invierno y hacía frío, te encontraste a tu madre de nuevo en la piscina, estirada, como las estrellas de mar que Javier te había enseñado en un programa de La 2, flotando en el agua helada llena de hojas, de avispas muertas. Avispas que te daban asco y miedo, que quizá estaban dormidas y al despertarse te picarían mientras tu madre estaba ahí, haciéndose la muerta. Esta vez sin tripa, sin la pelota gorda que sobresalía en el agua. Tan flaca, tan guapa, tu madre flotando entre las avispas dormidas. Se te empezó a hacer grande la bola en la garganta, esa que a veces te hacía llorar, la bola que hacía que te doliera la tripa y te metiste en casa.

Al entrar, viste a Raúl subido al banco de la cocina, intentando agarrar las galletas del armario, lanzando paquetes de arroz al suelo, paquetes de sal al suelo, todo lo que encontraba en el armario por delante de las galletas, al suelo. Le reñiste. Le gritaste. Le dijiste que se estuviera quieto. Eras su hermana mayor. Él se puso a lloriquear porque no sabía bajar de ahí arriba y solo quería comerse las galletas. Tú agarraste una silla y la acercaste y la pusiste justo debajo del banco de la cocina y le tendiste la mano para que bajara. Pero seguía diciendo que no podía, que le daba miedo y gritaba. Tú sabías que tu madre ya tenía bastante con estar en la piscina calentándose la cabeza, que no podía estar ayudando a Raúl o recogiendo la cocina, así que te impacientaste y tiraste un poco del brazo de tu hermano para que bajara cuanto antes y tu madre no lo viera. Solo tiraste un poco, pero él se cayó, no sabes cómo, pero se cayó. Se cayó sobre la silla, y de la silla fue a parar al suelo. Toda su cara al suelo, y no querías mirar, solo oías cómo lloraba y lloraba y gritaba. Y al mirar viste la sangre que le salía de la boca. Paquetes de arroz, arroz por el suelo, harina por el suelo, azúcar por el suelo, aceite, sal. Las galletas aún en lo alto del armario. Y tu hermano gritando. Y la sangre. Y tú sin saber si ir a llamar a tu madre, porque tu madre ya tenía bastante con estar en la piscina, porque tu madre no tenía ganas de hablar, y aún menos, pensaste, de recoger todo eso. Pero no hizo falta ir a llamarla, porque entró por la puerta, con prisa, con susto, mojada, con la piel roja y morada y con frío. Y al ver el arroz y la harina y la sal y la

sangre y a tu hermano gritó, te gritó. Te gritó a ti. Gritó que no podía estar tranquila ni un momento, que no podía dejarte sola con tu hermano tú que eras la mayor, que no podía confiar en ti, que por qué no podíais estar sin ella ni cinco minutos, que cómo habías dejado que pasara todo eso. Y no sabías si lo decía por el desastre de la cocina y tu hermano o lo decía por Javier. Porque, aunque era tu secreto, tu madre lo sabía, sabía que querías que Javier se fuera, que habías hecho un montón de cosas para que se fuera. Y por eso, seguro, estaba enfadada contigo.

Levantó a tu hermano y lo llevó al baño y tú fuiste detrás de ellos, sin decir nada. Y mientras tu madre le limpiaba la boca a tu hermano, encontró un corte en el labio y lo curó con esa cosa naranja y salada que a Raúl y a ti os daba tanto asco. Cada vez había menos sangre, cada vez menos. Los mirabas desde la puerta sin atreverte a entrar. Raúl ya no lloraba y tu madre lo abrazó. Mientras se abrazaban, te fuiste a la cocina y empezaste a barrer la sal y el azúcar y todo se hacía un lío con el aceite que había caído también al suelo, con la escoba, y no sabías barrer y pasaste papel de cocina por el desastre y el papel se llenaba rápido de aceite y tú solo querías decirle a tu madre que no habías hecho nada, que solo querías ayudar a Raúl. Ella entró en la cocina y se puso a limpiar, te dijo que lo dejaras, que lo haría ella. Le pediste perdón, bajito, aunque lo dijiste solo para que no estuviera enfadada contigo, porque todo eso lo había hecho Raúl. Ella te respondió que no pasaba nada, que te fueras con tu hermano a ver la tele, que estuvierais un rato callados, por favor. Estaba tan seria, que supiste que en realidad sí que era todo culpa tuya: lo de la sangre, lo de la comida tirada por el suelo, lo del batacazo de Raúl, lo de Javier. Sobre todo, lo de Javier. Te fuiste al salón y tu madre te miró con una cara que no se te iba a olvidar nunca. Nunca. Porque te miró y notaste que lo sabía, que por dentro te habías vuelto mala. Y vete tú a saber cómo ibas a arreglarlo.

Apenas siento el olor a yodoformo. Jamás pensé que mi nariz se acostumbraría a lo pegajoso, lo aséptico, como si tras varios días hubiera dejado de ser el olor extraño, el olor a muerte, para pasarme desapercibido. Tampoco creí posible que la mancha en su brazo se volviera familiar. Poder mirarla sin recibir una descarga. Ni ver a ese hombre acostado en la cama. Y llamarlo ese, y llamarlo hombre.

He venido al hospital cada día durante la última semana. Lo que me impulsó a hacerlo fue traer la caja de mi padre, devolvérsela al enfermero. Dejarla aquí. Pero cada vez que paso por la UCI me llevo algo de vuelta. Las fotos. Los dinosaurios. El colgante. Mi diente de leche. Llego a casa con cosas en los bolsillos y las pongo sobre el escritorio. Las veo desordenadas junto a mis dibujos cuando me siento frente al ordenador, como esos paquetes de mudanza que se apilan y nunca nadie vuelve a abrir. No quiero meterlas en un cajón o colocarlas en la estantería, sería reconocerlas como propias, pero me siento incapaz de desprenderme de ellas. Cada mañana intento cocinar o salir a dar un paseo, buscar trabajo, entintar alguna de mis viñetas inacabadas, pero termino por meter las cosas de mi padre en el bolsillo y subirme al coche camino del hospital con la idea de devolvérselas durante esa franja de visita en la que nadie más se acerca a verle.

Laura me ha mandado un mensaje para decirme que a su padre, así lo ha escrito, a mi padre, le queda poco tiempo de vida. Y yo lo sé. Sé que está grave. Pero ella ignora que he pasado los últimos mediodías aquí en la UCI, en la sala de espera bebiendo café quemado de máquina hasta que se abre la puerta de visitas. Ignora que Alberto, el enfermero de camisa hawaiana bajo la bata, me ha contado la evolución de mi padre, aunque no considera que yo sea familia familia. Le caigo bien. Se nota. Quizá porque imagina culebrones extraños detrás de mis ojeras. Porque se aburre en cuidados intensivos donde los pacientes no hablan, donde las visitas

lloran. En cambio, yo llego con cosas de mi padre en los bolsillos y le pido que las deje en la caja junto al resto, que se la devuelva a Laura y, a la salida, le digo que me deje rebuscar en la caja otra vez, que no se la dé aún. Supongo que le entretiene mi sensación de alerta constante, mis saludos urgentes, inseguros, angustiados cada vez que entro por la puerta de la UCI.

Pensé que no iba a ser capaz de pisar nunca más esta habitación. Luminosa y marciana. Pero he venido varios días seguidos, me he acercado a mi padre y, sentada a su lado, le he hecho preguntas como si sus ojos cerrados, su cara conectada a un respirador, pudieran entenderme. Mientras le hablo, no hay cambios en sus constantes vitales. Siempre creí que cuando un paciente en coma distinguía la voz de un ser querido sufría alteraciones en su estado. El corazón le latía más fuerte. Mostraba signos de conciencia. Aunque supongo que mi padre no oye mi voz, que ya no está. O quizá la oye, pero cómo va a reconocerla.

Aquí, a su lado, le he hablado sobre las cartas que le escribía y deslizaba por debajo de la puerta de casa de los tíos. Tras dejarlas, me iba sin llamar y no paraba de correr hasta que estaba a tres manzanas del edificio en el que vivían, donde ya nunca íbamos de visita. Le he hablado de las canciones que le dediqué en el programa de radio que presentábamos varios amigos durante el último año de colegio en la emisora del barrio, segura de que él podía escucharme. También le he contado lo de los dibujos. Por qué elegí la carrera de Bellas Artes. Cómo conseguí mi primer premio en un concurso de pintura. Los trabajos de mierda.

Le he contado qué pasó cuando comprendí que se había ido. El día en que mamá estaba rara, pero me preparó el desayuno y bajamos a la playa y le pregunté dónde estaba mi padre, cuándo volvía. Y ella, gorda, embarazada de Raúl, me dijo que papá se iba de viaje. Que tenía que llevar bombillas a países donde no había luz, que iba a ayudar a que todo el mundo pudiera tener lámparas encendidas en sus casas. Que quizá volvería pronto o que quizá cuando pudiera volver yo ya sería mayor. Por primera vez he pensado en mi madre ese día. Su sonrisa esforzada. Su insistencia en ayudarme a construir un castillo de arena, aunque con su tripa enorme apenas podía arrodillarse. Me acuerdo de que me compró

un helado de camino a casa y vimos una película de dibujos acostadas en el sofá, y yo se la narré plano por plano a la tripa de mi madre, como si Raúl pudiera oírme, aunque yo quería que mi hermano fuera una niña y le llamaba Isabel.

Ahora, de pie junto a la cama, toco el rostro grisáceo de mi padre. La palma extendida, suave. Le toco el brazo. La mancha. Mis dedos la recorren varias veces. Al acariciarla me sorprende que ese mapa marrón resulte igual al tacto que el resto de la piel. Una forma ajena, como las calcomanías que él me pegaba de pequeña, calcomanías de superhéroes a los que mi madre exterminaba con agua que ardía, con una esponja que me dejaba la piel roja y caliente. Yo también empiezo a frotar su brazo. Lo froto porque esa mancha de nacimiento no tendría que estar ahí. Me quedo pegada a la caricia mientras le hablo. Me fijo en su cara, y la cara que recuerdo de cuando era joven, de cuando era él, mi padre, se superpone, abre los ojos, me mira. Y doy un salto, aterrada. Parpadeo y veo de nuevo su cara de ahora, la que desconozco, los ojos cerrados, la nariz, antes chata, cada vez más puntiaguda; las arrugas que cuarteán sus mejillas marcadas, la comisura de sus ojos, de su boca, el pelo blanquecino y ralo. Y mi mano se pega de nuevo a la mancha, como si yo fuera una niña que descubre una textura por primera vez.

Mi cabeza va de un lado a otro sin darme tiempo de aferrarme a ningún pensamiento. Antes de venir, Lucas me ha pedido que le llevara al trabajo después de tomarnos un café. Necesitaba hablar conmigo, desahogarse, contarme que estaba harto de la revista, de dibujar cada vez menos para encargarse de todas las mierdas de diseño y redacción. Hacía tiempo que no nos sentábamos a hablar de algo que no fuera yo. Durante el café no le he contado mis visitas al hospital, ni le he hablado de la caja, solo me he divertido con las historias de sus últimos amantes, absurdas, locas, parecidas a las del consultorio de una revista para adolescentes. Y, claro, también le he escuchado despotricar sobre mi exjefe.

Al llevarlo a la oficina me ha pedido que subiera a la azotea a fumar con él. Por los viejos tiempos, Nuria. Y nada me apetecía menos, pero he accedido. Nunca he sabido decirle que no. Hemos subido en el montacargas para no ver a nadie, ese cubículo gris de

luz metálica. Insistencia mía. Por la pereza de cruzarnos a la gente en el ascensor, las miradas de lástima, ¿y ahora en qué andas?, la condescendencia. Lucas ha liado un porro y nos lo hemos fumado al sol, en la escalerilla de la azotea donde siempre nos escondíamos de los demás. Echaba de menos las antenas, la grava por la que asoman las malas hierbas, las colillas aplastadas por todos lados, las vistas. Apenas un par de caladas y me he relajado, la brisa en la cara, las piedrecillas en el suelo, agarrarlas y tirarlas una a una contra la pared, estar en el edificio sin tener que entrar a trabajar, sin la presión de las entregas, los marrones de última hora.

Al bajar en el montacargas hemos coincidido con mi exjefe. Inevitable, nunca está quieto en el despacho. Con él y con la responsable de marketing; desmejorada, como si hubiera estado abusando de los carajillos. O de la cocaína. Eso sí, el maquillaje perfecto, el peinado impecable, el mismo movimiento espasmódico mientras masca su chicle de nicotina. Ella, más que saludar, me ha gruñido. Mi exjefe, en cambio, me ha abrazado con fuerza, asfixiándome. Me ha parecido que tenía los ojos llorosos. Le he preguntado cómo se encontraba después de la última vez. Mejor que nunca, Nuria, rejuvenecido por lo que me pasó. Tomándome las cosas con calma. Qué bien te sienta no currar, me ha dicho. Como si yo estuviera de baja voluntaria en las Bahamas y no fuera él quien me hubiera despedido. Entra, entra a saludar a todos, la mano puesta en el sensor del montacargas para que no se cerrara la puerta. Y le he respondido que no, que tenía prisa. ¿Dónde tienes que ir tan rápido si estás en el paro?, y luego ha insistido en que le mande el currículum y le he recordado que ya lo tiene de la última vez. Algo habrás hecho después, me ha dicho. Claro que sí, no han pasado ni dos meses desde que me echaste, me ha dado tiempo de hacerme tres másteres y de aprender un idioma nuevo, él se ha reído y ha insinuado que quizá contraten a alguien, que me podría entrevistar. Sin dar crédito, le he preguntado que cómo es eso, si la revista no tiene dinero. Se ha puesto rojo y ha hablado de los flujos de la economía, de la crisis, las mentiras y la publicidad, claro, de cómo las revistas dependen de la publicidad y esta fluctúa. También de sus hijas. Tengo que irme, de verdad, he insistido. Él ha vuelto a abrazarme y no me soltaba. Una llave de judo con la que quizá

pretendía ponerme a sus pies, hasta que he logrado zafarme, salir corriendo escaleras abajo gritando algo para disculpar mi prisa, despidiéndome a gritos de Lucas. Al salir me he prometido a mí misma que ni con la cuenta en números rojos, ni desesperada, harta, ni sumida en la precariedad más absoluta volvería a trabajar para la revista.

Se lo cuento a mi padre. Lo de cómo me despidieron, lo del montacargas. Se lo cuento todo como si conociera a mi jefe, como si conociera a Lucas, mientras mi mano parece un ser independiente que acaricia su mancha, mientras el THC lo vuelve todo lento, denso, brillante, más claro. El abrazo nudoso de mi jefe aún late en mi espalda. Mi jefe, papá, le digo, bueno, mi jefe, es un tipo único. Podría demandarlo y luego invitarlo a una cena familiar. Me despidió hace un mes y sigue enviándome emails para pedirme opinión sobre sus ilustraciones, invitándome a las fiestas de cumpleaños de sus hijas. Creo que le odio. Pero me cae bien. Te haría gracia, y al acabar de decirlo me doy cuenta de que quizá no. De que no sé si le haría gracia. Ni sé si le haría gracia el modo compulsivo en que acaricio la mancha en su brazo, tratando de borrarla.

Escrueto sus ojos cerrados, espero que los abra. Su cara se difumina y es la cara de Raúl y no puedo creer que Raúl esté ahí, en ese rostro que nunca le miró. Se parecen. Y cuanto más se parece a mi hermano, menos me recuerda a mi padre. De hecho, siento al mirarlo de nuevo que ni siquiera es mi padre, y se despega de las fotos, se borra de los recuerdos. Y he olvidado cómo era su voz. Quizá sea el momento de irme a casa. Sus cosas me pesan en el bolsillo. Me planteo dejarlas en la entrada, de nuevo rebuscar en la caja que dejé en la sala de enfermería.

Alberto entra como si lo hubiera invocado. Laura y su madre están aquí, me dice. Y me pilla de improviso. ¿Qué quieres hacer?, pregunta. Laura me dijo que podía venir a mediodía, me definiendo, aunque mi primer impulso es irme. Saben que estás aquí, las acabo de avisar, responde. ¿Van a entrar?, jugueteo con los pellejos de los dedos, los muerdo. Han preguntado si te importa que pasen. Yo creo que ya sabían que estabas aquí, y guiña el ojo. Me clavo la uña en el brazo hasta que empieza a doler. Aprieto los dientes con

fuerza, me cruje la mandíbula. Alberto me mira, impaciente. Claro, que pasen si quieren, le digo. Y cuando sale de la habitación mis piernas se convierten en ramas quebradizas y debo agarrarme al borde de la cama para no romperme.

Me arrepiento de mi respuesta, pero antes de que me dé tiempo a salir corriendo, entra Laura. Sigo inmóvil, agarrada a la cama. Una niña mala pillada en falta. Me sonrío. ¿Cómo estás, Nuria?, y me da dos besos. Tiene más ojeras, y aunque sus besos ni siquiera rozan mis mejillas, siento que se esfuerza por ser cálida. Más cálida que la última vez.

Su madre entra y se queda en la puerta hasta que mis ojos se cruzan con los suyos. Es una mujer refinada, guapa. Apenas se parece a Laura. Su pelo, de un rubio casi ceniza, se enrosca en un moño. Maquillada con sutileza, viste un chaquetón grueso, aunque hoy hace calor. Tiene la expresión congelada, una de esas caras que siempre aparentan estar sorprendidas por algo. Al verme, sus ojos se achican. Esta es Nuria, mamá, dice Laura. Claro, ¿quién va a ser si no?, musita ella, desganada. Su voz ronca no se corresponde con la delicadeza de su cuerpo, la finura de su cara. Me hace un gesto con la cabeza y se aparta antes de que pueda darle dos besos. Se acerca a la cama. Rober, amor, menudo estropicio estás hecho, le acaricia la cabeza a pesar de la mascarilla, de los aparatos, con la naturalidad con la me gustaría acercarme a él. Poco a poco ando hacia la puerta. Bueno, digo, un placer, yo ya me iba. La madre de Laura abre mucho los ojos, los clava en mí. Ah, no, ah, no, por nosotras no lo hagas, quédate, habla con él si quieres, que tendrás mucho que decirle de todos estos años, se aparta de la cama y me dice que me acerque. Su elegancia se evapora cada vez que habla. Yo ya me iba, digo y aprieto tanto los dientes que se oye un crac, como si mi mandíbula se hubiera desencajado. ¡Que te quedés!, grita la madre de Laura. Le brilla la cara por el sudor, el chaquetón puesto. Yo me acerco a la cama, me siento ridícula, tengo unas ganas horribles de echarme a reír. De reírme a carcajadas. Me muerdo los carrillos para aguantarme la risa, esa risa incómoda que amenaza con desequilibrarlo todo. Mientras ella me escruta, Laura, en una



esquina de la habitación, nos observa, incómoda, apoyada ahora en un pie, ahora en el otro. Las tres en silencio.

Vienes aquí a soltarle todo lo que te pasa por la cabeza, ¿no?, de nuevo la madre de Laura, su voz áspera. Te entiendo, chica, te habrán dicho en terapia que lo hagas. Yo sigo tensa al lado de la cama, se me escapa una carcajada que amortiguo como puedo. La madre de Laura me amonesta con la mirada mientras mi padre, supongo, está perdido en algún lugar de su inconsciente. Mamá, déjalo, anda, la reprende Laura. Si yo no digo nada. Yo, chitón, dice su madre y se dibuja una cruz en los labios. Miro la cama, la máquina que mantiene a mi padre con vida. No será eso muy bueno, insiste la madre de Laura. ¿El qué?, la miro, interrogante. Lo de los reproches cuando uno se va a morir, suelta. Que yo entiendo que tendrás cosas que decirle, pero mira, él nos eligió a nosotras, que somos su familia. ¡Mamá!, Laura intenta callarla. Alguien tendrá que defender al desgraciado de tu padre, dice, y siento que me falta el aire, que el yodoformo vuelve a ser pegajoso, denso, se enreda en mi garganta. Ando decidida hacia la puerta. Yo solo pasaba a despedirme de él, pero ya me iba, digo. ¡No le entierres tan pronto!, me suelta con brusquedad. ¡Mamá! ¿Puedes callarte? Para mí tampoco es fácil, dice Laura, y su madre se quita el chaquetón. ¿Sabes lo que no es fácil, hija? Volver a casa y tener que comerme el cabecero de lomo que tu padre dejó entero en la nevera. Porque tu padre solo piensa en él y no hace más que comprar cochinas que me ponen como la vaca de los quesitos y a él le falla el corazón y me deja toda esa comida grasienta en la nevera. ¿Y yo qué hago? Pues me la como. Me la como toda y me pongo a ver la tele y me voy a dormir sola. La madre de Laura se calla, Laura y yo la miramos. Y empieza a llorar, flojito, sorbiendo las lágrimas hacia dentro primero, dejándolas estallar después en un llanto afónico, explosivo, que hace temblar la habitación. Laura, sorprendida, se acerca, la abraza. Tranquila, mamá, no pasa nada. Las dos fundidas en un abrazo. Con confianza. Creo que Laura también llora.

Las imagino dentro de poco tirando las cosas de mi padre. Decidiendo a quién donar las bolsas con su ropa. Repartiéndose sus libros. Cancelando su número de teléfono, sus cuentas bancarias. Como hicimos mamá y yo con las cosas del abuelo.

Recojo el chaquetón del suelo y lo coloco sobre una silla. Las miro, siguen abrazadas. Susurro un adiós imperceptible y salgo de la habitación sin que se den cuenta. Antes de salir, miro a mi padre, las mejillas transparentes, los ojos hundidos. Su rostro marchito sin ser su rostro.

Frente al mostrador de enfermería le pido a Alberto que me dé la caja. Me tienes loco con la dichosa cajita. Ya me contarás qué ha pasado, y mueve la cabeza hacia la habitación. Nada, le digo, tensiones acumuladas. Y respondo con un adiós a su hasta luego.

En el aparcamiento tardo un rato, como siempre, en ubicar mi coche entre las capotas brillantes. Dejo la caja en el asiento del copiloto y me enciendo un pitillo que aspiro con ganas de que su olor impregne mi ropa, mi nariz. Arranco y el hospital empequeñece a medida que me alejo. En la carretera, tomo una salida al azar, entro en un barrio cualquiera, me pierdo entre las callejas hasta que paro junto a unos contenedores. Me bajo del coche y saco la caja. La abro con cuidado, separo los documentos y las cartas y los echo al contenedor azul. Lanzo los dinosaurios al amarillo, y luego tiro el colgante, las fotos y el diente al contenedor marrón. Trato de desmontar la caja a tirones para meterla en el contenedor de papel. Trato de partirla. Tiro de ambos lados con fuerza, pero no consigo romperla, tampoco despegar la cinta adhesiva por mucho que use las uñas o la llave del coche para rasparla. Dejo la caja en el suelo, la piso, tiro de ella. Intento aplanarla para que quepa por la rendija del contenedor, aunque las esquinas son duras y apenas se deforman con mis pisotones. Le doy patadas con fuerza, con rabia, con impotencia. Y empiezo a llorar. A llorar mientras golpeo la caja vacía. A llorar de verdad, en silencio, como lloran los niños cuando sus padres no los ven. A llorar todas las lágrimas acumuladas que desatan poco a poco el nudo en mi garganta. Entre moles de edificios de ladrillo rojo, entre bajos comerciales y contenedores lloro sin parar frente a la caja vacía.

Abro los ojos y me sorprende ver que solo son las ocho y media. Hace tiempo que no me despierto tan temprano. Que no me despierto con tantas ganas de ver a mi madre. Con la inmensa necesidad de ver a mi madre.

Me levanto y la llamo, aún somnolienta, mientras pongo la cafetera, las tostadas, un huevo a hervir. Tarda en responder. Hola, mamá, ¿a qué hora sales del trabajo hoy? Nuria, cariño, estoy en la playa. Me he venido, me dice. ¿Cómo no avisas? Pero ella asegura que me avisó. Te lo dije hace una semana, hija, pero no te enteras de nada. Me he cogido unos días libres y he venido a desconectar, me cuenta, según ella, por segunda vez. Tras despedirnos, me doy una ducha que termina de despertarme porque la caldera ya no me regala agua caliente, meto un par de bragas en la mochila, el pijama, una sudadera, el cuaderno, los rotuladores, *Watchmen* para releer hasta que me aburra, y un tinto Utiel-Requena que no vale ni dos euros, pero me gusta porque no da dolor de cabeza por la mañana y, si se bebe después de un rato en la nevera, hasta parece un vino bueno. Trucos de mi madre, o de los que no sabemos nada de vinos.

Me meto en el coche y conduzco hasta la primera gasolinera que encuentro para llenar el depósito y comprobar la presión de las ruedas. Salgo de allí con una tableta de chocolate negro con almendras, los rotuladores cargados y ningún plan sobre qué voy a decir cuando llegue. Realmente ningún plan. Al menos, conducir me tranquiliza. Me aleja de casa, de ayer, de esa habitación marciana y sus pitidos, del respirar de las máquinas. Me acerca a las montañas que, azules, apenas se distinguen entre ellas, apenas se distinguen del cielo. Me adelanta un coche en el que dos niños, atados a sus sillitas, miran las pantallas clavadas en la parte de atrás del asiento de sus padres, ajenos al trayecto, a los campos que bordean la carretera, al sol que ciega cuando rebota contra el retrovisor, cuando

golpea el agua de los arrozales. Me adelanta otro coche en el que apenas distingo al conductor, oculto por maletas y cajas apiladas en el asiento del copiloto. Y yo me dejo adelantar, conduzco despacio. Sé adónde voy, no tengo prisa.

Al llegar a la casa, escondida entre campos de naranjos, veo que la verja está entreabierta, la cadena en el suelo, veo que el Ford de mi madre no está aparcado en la entrada. No está su coche lleno de polvo, ese que a veces amanece con un «*Límpiame, guarro*» escrito en la luna trasera. Bajo para abrir y, como siempre, me cuesta mover la cancela, sus goznes hinchados. Mientras aparco pienso en qué cara pondrá mi madre al verme, pienso que seguramente no le haga gracia que venga a molestarla en sus días de relax. Que quizá no haya sido una buena idea haber venido. Que ni siquiera sé por qué he venido.

El césped artificial está lleno de hojas por rastrillar. En la piscina también hay hojas, moscas, avispas muertas, pero el agua se intuye limpia. Se oye el ruido de la depuradora que mi madre se empeña en tener encendida todo el año, aunque nadie se bañe más allá de un par de días buenos en primavera, un par de semanas durante los meses de verano. La casa de nuestra vecina Pura está cerrada, el viento golpea las mosquiteras contra los marcos de las ventanas, la lona que cubre su piscina tiembla, las hojas se arremolinan sobre ella, en cuyo centro se ha formado un charquito, caldo primitivo donde mueren y nacen mosquitos.

Abro la puerta con solo una vuelta de llave. Mamá, grito al entrar, ¡mamá! Nadie en el salón. Abro la nevera. Unas acelgas, un yogur, un cartón de leche de anacardos, una botella de agua, la agarro y bebo a morro. Tiene un sabor extraño. El agua siempre sabe así en la playa por mucho que mi madre se empeñe en filtrarla. ¡Mamá!, pero nadie responde. Habrá salido a hacer la compra. Solo hay un plátano verde en el frutero. Me repelen tan verdes, pero a mi madre le encantan, apenas maduran un poco ya no los quiere y se los da a Raúl o a su vecino. Solo los come así, verdes y ásperos, indigestos, insanos. Al ir hacia mi habitación para dejar la mochila busco con la mirada el crucifijo del pasillo, medio descolgado, dejando ver una sombra parduzca, un pedazo de gotelé

descascarillado, feo, color crema. ¡Mamá! Pero ni rastro de mi madre.

Me pongo la sudadera y bajo a la playa paseando entre los naranjos, por caminos de tierra. Es un día nublado, primaveral sin serlo, no hace frío, pero la humedad se abre paso debajo del jersey y se mete en los huesos. Paseo junto a las urbanizaciones, apenas un par de coches en la calle, ciudad fantasma, balcones cerrados, toldos recogidos, algunos hechos polvo, cuarteados por el sol, la brisa del mar. Las heladerías, los restaurantes, los recreativos, las tiendas de suvenires del paseo marítimo tienen las persianas cerradas, solo hay un bar abierto en el que beben dos parroquianos. Llego a la playa, me gusta el olor a sal, pisar la arena con las zapatillas de deporte. Es como andar sobre la nieve, ese contacto mullido que se endurece tras la pisada. Cruzo por la zona del bar, el chiringuito donde siempre íbamos de pequeños. Se desmonta al final del verano hasta la temporada siguiente y el mar y el viento borran cualquier rastro, solo queda arena. Como si no existiera, como si no hubiera existido nunca, a pesar de reaparecer cada junio, lleno de gente, de ruido, de jarras de cerveza, de sangría, de canciones del verano con fecha de caducidad.

Me siento delante del mar y cojo aire, a bocanadas. Es una sensación nueva la de poder respirar sin ahogarme, sin angustiarme. Poder respirar. El mar se ve revuelto, las olas llegan a la mitad de la playa, la marea está alta y sigo teniendo frío, pero estoy a gusto porque el sol me acaricia. El mar me recuerda al de los cómics viejos del *Corto Maltés* que coleccionaba mi madre, los cómics que me leía de pequeña, explicándome cada viñeta, dejándome inventar lo que ocurría cuando aún no sabía leer. Ese mar revuelto que nunca se parecía a este: casi siempre apacible, caliente, seguro para una niña a pesar de las medusas.

Cuando vuelvo a casa, el frío dentro del cuerpo, veo que el coche de mi madre ya está ahí, y ella sentada frente a la piscina, una taza de café en la mano, su jersey azul, desgastado, el que se pone para estar cómoda, el pelo despeinado por la brisa. Está guapa, está tranquila. Siempre habla de cuántas arrugas le han salido, de que ya no tiene definida la cintura, pero es bellísima, mi madre. El pelo teñido más claro de lo que lo tuvo, los ojos grandes,

preguntones, los dientes de delante un poco salidos, una sonrisa joven, traviesa. Te estaba llamando, me dice, y yo me doy cuenta de que he olvidado el móvil dentro de la mochila. He visto tu coche y no lo podía creer, se ríe, nunca me dejáis en paz. Una no puede venir ni dos días a despejarse. Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla. Hace años que no le daba un beso. ¿Cómo es que has venido? ¿Ha pasado algo?, pregunta. Me conoce y es incapaz de imaginar que vengo a verla simplemente porque me apetece estar con ella. Sigue en la UCI, le digo, sin cambios. Y su mirada flota sobre el agua de la piscina, sobre las hojas secas. Me siento a su lado, apoyo la cabeza en su hombro, como solía hacer de niña cuando al salir de la piscina, ya con el sol bajo, me pegaba a ella para que me arropara con la toalla, para que me quitara el frío. Hay café hecho, ¿te traigo?, va a levantarse, quizá ya desacostumbrada a tenerme tan cerca. Voy yo, mamá, no te preocupes, y la retengo un poco más a mi lado. Me doy cuenta de que está atardeciendo, de que deberíamos encender las luces del jardín. He traído una botella de vino, ¿prefieres una copita que nos calentará más el cuerpo?, pregunto. ¿A las siete de la tarde, con el estómago vacío?, me riñe. Se frota los brazos, la piel de gallina, y da un trago al café. Mamá, si te apetece un vino, ¿qué más da la hora? Sonríe. Trae dos copas, venga, que estamos de vacaciones. Y no sé si estamos de vacaciones, pero tengo ganas de verano o, al menos, de tomarme ese vino mirando las hojas secas de la piscina, la puesta de sol.

Al volver de la cocina, una manta sobre mis hombros, dos copas de vino en las manos, mi madre tiene sujeta la red e intenta sacar las hojas secas del agua, los cadáveres de avispas, hormigas, mosquitos, moscas. Es el que nos gusta, le digo, y le paso la copa. Quemé los avisperos, dice, tras dar un sorbo al vino. En los árboles había muchos. Las avispas estaban todas muertas, creo. Ha helado estos días. Y yo le cubro los hombros con la manta.

¡Ahí hay una!, grita mi madre, y señala una avispa que se retuerce en la piscina. ¡Nuria, vete dentro! ¡Vete dentro! Que como te pique, a ver adónde vamos aquí en medio de la nada. Y empieza a golpear el agua con, torpeza, dando bandazos, con una fuerza innecesaria. Mamá, es tarde, hace frío, es la única, está moribunda. ¡Que te vayas dentro, Nuria! No te vuelvas loca, déjalo, en serio,

que no pasa nada, insisto. Mi madre no me escucha y me aleja de la piscina con una mano, como si fuera un escudo protector, mientras con la otra hunde la avispa con la red, pero a pesar de estar debajo del agua, el insecto sigue moviéndose, sigue respirando. Qué resistente, la muy bicha, dice, apretando los dientes, mientras la mantiene hundida. Hasta que, al levantar el palo, la avispa flota por fin hecha una bola amarilla y negra, las alas pegadas, las antenas gachas, sin vida.

    Mi madre me sonrío, sonrío con esa calidez en la mirada que hace tiempo que no veía, que no quería ver, y satisfecha por su pequeña victoria, levanta su copa para brindar conmigo.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a Tusquets Editores por sus libros, porque han sido parte fundamental de mi amor por la literatura, y agradecer también, al jurado de este premio, la confianza en mi novela, el empujón, lo que supuso esa llamada que convirtió un día rutinario en luminoso y feliz.

La ayuda de mucha gente ha sido imprescindible para el nacimiento de *Temporada de avispa*, gente como Horacio Castellanos Moya; gracias, Horacio, por creer en este libro más de lo que yo nunca creí. Gracias a Luis Muñoz, por su luz, porque en sus talleres de poesía me convertí en mejor escritora. A Ana Merino, por su generosidad, sus ganas, por transmitirme su pasión por los cómics. A Eduardo Halfon, porque con él aprendí a leerme con otros ojos. A Lolita Copacabana, por el título, la astrología, por estar siempre a una cuadra, aunque esté lejos. A Natalia, por la sororidad, las bichas, la mat, los menús deliciosos del 18 N Dodge. A Cyn, por los talleres paralelos, urgentes, revolucionarios, por las charlas literarias de sofá y picada. A Nico, por los viajes al supermercado, el cine, el futuro, el vino del John's. A Arnau, Carles y Nina, por ser la mejor inspiración para escribir sobre la infancia. A Miguel, por las conversaciones eternas de vuelta a casa, dedos amarillos y blanco de la nieve. A Sam, por enamorarse de Nuria, por su apasionamiento. A Angela, por creer siempre en mis avispa, por el cariño. A Oriette, por las risas, las ganas, la poesía. A Laura, comiquera empedernida, por hacerme sentir que Nuria era de carne y hueso. A José, porque hablar con él zarandea, porque es como abrir un libro. A Sebas, por leer siempre entre líneas, porque sé que un día me llevará a un bar pollería limeño. A Ollin, por sus cartas increíbles, por aquella noche madrileña. A Javier, por las risas, el Popov, sus cuentos. A Hillary, por ser la heroína que me salvó de una tormenta de nieve, de un verano de tornados. A Gabriel, por hacerme ver que, a veces, hay que esconder las costuras. A Rómar,



a Belén y a Mario, porque en esas tardes literarias empezó todo. A mis queridos trofollos de Madrid y Valencia, a las habitantes de la calle Gasómetro, por confiar en mis cuentos, por sus ansias de leerme, por ser fuente de inspiración incansable. A Vicent, porque sabe que hace falta mucha paciencia y cuidar la masa madre para conseguir un buen pan. Al comité de lectura, por impulsarme, obligarme, estar ahí siempre. A mis secas queridas, porque en el Aiò me hicieron ver que si quería, podía. A Mariana, por empujar el cochón hasta arriba, por el terror compartido. A Pachon, por las risas, las *happy hours* en Quinton's. A Allana, por las horas de Foxhead con chelas y charlas, por sus bellas traducciones. A Nieves, por atreverse a convertir mis avispas en *wasps*, entrar en mi mundo. A Balbo, por el sofá del High Ground. A Helena, a Kelsi, a Violeta, porque con ellas llegar al Medio Oeste fue llegar a casa. Y a Iowa City, claro, por la nieve, la magia, por la literatura.

*Temporada de avispas*

Elisa Ferrer

XV Premio Tusquets Editores de Novela 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Archivo fotográfico de la familia Ferrer Molina

© Elisa Ferrer Molina, 2019

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara.

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-9066-764-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!

